GABRIELA

EXILART

PULSIÓN

SUDAMERICANA

GABRIELA

EXILART

PULSIÓN

SUDAMERICANA

A la memoria de las víctimas de violencia en grupo,
y a sus seres queridos.

ADA

1

“Quiero que los metan presos y les rompan bien el culo”. Era la frase que me venía a la mente cuando veía por televisión esos casos horribles en que un grupo de chicos mataba a otro, a un par, a otro chico como ellos, y me ponía en el lugar de la madre. La madre de la víctima. Pocas veces pensaba en las madres de esas bestias, algo inconsciente me protegía de ese pensamiento, quizá porque ya habría tiempo para eso. Mi cabeza me llevaba de inmediato a mis propios hijos, que bien podrían haber sido víctimas de semejante barbarie. Pero mis hijos casi no salían de noche y cuando lo hacían siempre era con amigos como ellos, bien educados, de buenas familias, chicos estudiosos que hacían deporte.

Algo hizo clic en mí cuando supe que los agresores eran deportistas. No pertenecían a un club o equipo determinado, al parecer algunos jugaban al rugby, otros al fútbol y algunos al básquet, como los míos. No eran turistas, eran de acá, de mi ciudad, una ciudad balnearia como cualquier otra que en verano se llenaba de todo. Al principio venían mucho de la Capital, gente que tenía sus departamentos o casas de veraneo; luego, cuando fue más fácil irse a vacacionar afuera, eligieron otros destinos, como Punta del Este, Colonia, Brasil, y mi ciudad fue recibiendo turismo de menor categoría, mucho jubilado o gente de fin de semana. Juventud, poca, preferían irse a otras playas más al norte. “La Feliz” se llenaba de los marginados que vomitaba la Capital, marginados que buscaban hacerse la temporada acá, limpiando vidrios, cuidando autos y robando. En eso se había convertido mi ciudad, que luego del verano quedaba sucia y maltrecha y con pocas ganancias para los que la trabajamos durante todo el año.

Pero los asesinos eran de mi ciudad, no habían venido de ningún

lado a hacerse la temporada ese verano. Eran chicos como los míos, incluso uno había ido al mismo colegio que mi hijo mayor, al Santa Ignacia de la Buena Estrella, colegio católico, estricto y de una calidad académica de excelencia. Quizá Ramiro lo conocía, decían que uno de los chicos acusados —no entendía cómo podían seguir diciendo que era un chico cuando era una bestia— tenía diecisiete, como mi Damián.

Cuando me enteré, esa mañana de domingo mientras tomaba mate, maldije la hora en que adquirí la costumbre de ver las noticias mientras comía. Nunca eran buenas, siempre había desgracias, muertes, guerras o, como en este caso, un asesinato brutal. En mi ciudad. En el balneario al que solía ir. Con chicos de la edad de los míos.

Las imágenes eran espantosas y esa madrugada se me quedó grabada en la retina. Me quedé sin aire y empecé a temblar. Mis hijos no habían salido esa noche, pero ninguno estaba en casa. En verano preferían juntarse en algún chalet y organizar fiestas privadas, total para lo que ellos buscaban, tomar y arrimarse a alguna chica, daba igual si era un boliche, un garaje o un parque poco iluminado.

La noche anterior Ramiro me había dicho que se juntaban en el quincho de una de las chicas del grupo de la secundaria, con el cual se seguía viendo pese a haber terminado hacía dos años, y que luego se iba a dormir a lo de Iván, uno de sus amigos. No me había mandado mensaje cuando llegaron, pero yo había controlado —un hábito que no me podía sacar— las conexiones de su WhatsApp, y la última había sido a las seis cuarenta, casi en simultáneo con la de Iván, de modo que deduje que habían llegado bien, habían revisado sus teléfonos y se habían acostado.

Damián se había ido a dormir a la casa de Manuel, un compañero de colegio y de básquet, madre ama de casa pendiente de su único hijo, padre dueño de un supermercado que tenía tres sucursales, gente responsable. Se habían quedado jugando a la Play hasta las seis de la mañana, hora de su última conexión. Le había mandado un “buenas noches, que duermas bien”, y típico adolescente me había clavado el visto sin responderme. Imaginé que le daría vergüenza que su amigo se diera cuenta de que la mamá, pesada como yo, le mandaba

mensajes de buenas noches. Así son los adolescentes.

Los había aleccionado bien. Me había cansado de repetirles que, si alguna vez se iban de boliche, nunca anduvieran solos, ni siquiera para ir al baño. Y así me tuve que aguantar sus quejas, "*ma, eso lo hacen las minas, nosotros vamos de a uno*". Pero yo solía ser tan insistente que terminaban diciéndome que sí, y yo me creía, al menos para dormir tranquila, que me hacían caso.

Mis hijos no compartían amigos, tampoco salidas, así que cada fin de semana para mí era un calvario. Si bien confiaba en ellos, dormía de a ratos, siempre mirando el celular, porque en los primeros años de sus estrenadas libertades les pedía que me enviaran un mensaje diciéndome si ya habían llegado, si iba todo bien y que me avisaran cuando venían para casa. Me obedecían, sé que les daba vergüenza por sus amigos y los imaginaba mandando mensajes a escondidas para no aguantar las cargadas. El mayor lo hizo durante un tiempo, hasta que cumplió veinte y un día me dijo que ya era un hombre, que confiara en él, que tenía que dejarlo volar. Volar, pensé yo, si todavía estás estudiando y viviendo en casa, y por más que mi hijo mayor trabajaba desde los quince durante las temporadas, el invierno era largo y dependía de mí. Pero lo dejé en paz. Me quedaba el menor, de diecisiete, siempre más retobado para todo. Damián todavía cumplía con su obligación de darme aviso de dónde estaba las pocas veces que salía.

Fui a cambiar la yerba y cuando volví me quedé petrificada frente al televisor, todos los canales hablaban de lo mismo: el chico al que le habían partido la cabeza a patadas. En el balneario. En mi ciudad. Un chico como mi Damián, estudiante, deportista, un chico como los míos. Un chico al que habían matado delante de la novia, una rubiecita que aparecía en las cámaras llorando, custodiada por dos amigas que también lloraban, hasta que unos agentes de policía se las llevaron de allí.

Las imágenes se repetían una y otra vez, las mismas, y se me metían en el cerebro, lastimándome. La cámara impiadosa se acercaba al cuerpo que estaba tendido en el suelo, tapado con una lona que no llegaba a cubrir la mancha de sangre todavía fresca, que se agrandaba sobre el cemento.

Apagué el televisor y dejé de contener las lágrimas. Quería ver a mis hijos, abrazarlos, pero seguro estarían durmiendo. Les mandé mensaje, vengan para casa por favor. Así, sin explicaciones, seguramente cuando se levantaran se enterarían. Lloré hasta que me quedé seca, como si ese chico al que le habían roto la cabeza y las ilusiones fuera mío. Lloré por él, por su madre, por su novia, y por todo eso que uno no llora en su momento.

Después vino la bronca y fue cuando dejé de pensar en las víctimas y dirigí mi atención a los victimarios. Pensé en ellos y en sus madres, qué clase de madres habían sido para que sus hijos cometieran semejante salvajada. Y fue ahí cuando pensé que si alguno de mis hijos hubiera hecho algo así querría que lo metieran preso y le rompieran bien el culo.

2

A las once sonó mi teléfono. Para olvidarme del tema me había puesto a limpiar el horno, cosa odiosa que nunca hacía, pero en vista de que no podía sacarme de la mente la imagen del cadáver tapado con una lona y la novia llorando, me castigué con eso a la espera de que mis hijos volvieran a casa.

Tardé en quitarme los guantes y cuando agarré el celular vi que era mi ex. Se me disparó una alarma en la cabeza, un dolor punzante en las sienes. No nos hablábamos más que lo estrictamente necesario y desde que los chicos eran grandes casi no hacía falta, cada uno arreglaba con él directamente el tema de dinero, que poco aportaba, dicho sea de paso.

Ya había sonado varias veces y si no cortaba debía ser importante. Lo atendí. Sus palabras fueron un disparo al pecho, me quedé sin aire y tuve que sentarme. El temblor deslizó el teléfono de mis manos, que cayó sobre la mesa.

—Ada, ¿estás ahí? —lo escuché decir entre el zumbido que martilleaba mis sienes—. ¡Ada! Voy para casa.

No sé cómo le abrí la puerta cuando minutos después estaba prendido al timbre. Creo que me zamarreó para que reaccionara, no sé, ese tiempo se me perdió, como hubiera querido que se me perdiera la vida. Me hubiera gustado tener un arma para poder pegarme un tiro, pero en el divorcio él se la había llevado.

Cuando volví en mí ya no era la misma, mi vida, como la conocía, se había acabado. La mía y la de mi familia.

—Ada, tenemos que resolver esto. Vos tenías un amigo abogado, no me acuerdo el nombre —decía mi ex—. El que sacó al corredor de autos.

Negué con la cabeza, no podía hablar.

—¿No qué, Ada? ¡Tenemos que sacarlo de ahí!

—Él no fue —logré articular—, él no fue.

Se levantó de golpe y empezó a caminar por mi cocina mientras hablaba y me decía cosas que yo entendía tarde: que no lo podíamos ver, que había testigos, algo de su celular y no sé cuántas cosas más.

—¡Basta! —le grité—. Mi hijo no es un asesino.

Me levanté y agarré el teléfono, lo llamé, pero daba apagado. Entonces llamé a la madre de Manuel, sonó varias veces, pero ella tampoco me atendió.

Un ruido en la cerradura indicó que alguien entraba y salí corriendo para la puerta. Me abracé a Ramiro, a juzgar por su cara ya sabía todo; después supe que su padre lo había llamado. Con su torpeza de hombre recién estrenado me acarició la espalda y me dijo que todo iba a estar bien.

Le pregunté si él sabía algo y negó con la cabeza, pero yo lo conocía más que nadie, mentía. Insistí. Sé que anoche salieron, me dijo.

—¿Sabés si fueron… ahí? —Ni siquiera me atreví a mencionar ese boliche. Asintió.

—Siempre van ahí —me dijo.

—Vuelvo a la comisaría —interrumpió mi ex.

—Vamos —dijo Ramiro.

Como un autómata subí al auto de Ramiro y no pude dejar de llorar durante todo el viaje. Mi hijo me tocaba la pierna de vez en cuando, no sabía qué hacer para contenerme.

Al llegar a la comisaría tuve miedo. Estaba lleno de cámaras y gente que reclamaba justicia, con esos típicos carteles que se ven en la televisión y que resultan tan ajenos. Ahora me tocaba a mí estar ahí, deslizándome entre todas esas víctimas del dolor, sintiéndome una delincuente, ocultando mi rostro, ese que tantas veces había salido en diarios y revistas.

Entramos a los empujones, todavía no sabían quiénes éramos, pero lo suponían, porque en el último instante antes de atravesar la puerta escuché el grito: *¡tu hijo es un asesino!*

La recepción estaba llena de padres, lo supe por los rostros, atónitos unos, enojados otros, llorosos los de las madres. Nos miramos. Con

vergüenza nos miramos algunas. Otras, altaneras, negaban la realidad. Yo no sabía qué pensar, estaba segura de que todo era un error, que Damián había quedado mezclado en eso —no podía ponerle un nombre— por haber estado en el sitio y momento equivocados, como en las películas.

No podía negar que mi hijo era rebelde, que le gustaba destacar, quizá producto de sus inseguridades, pero de ahí a matar a alguien... no, eso nunca. De eso estaba más que segura. Era un chico bueno, siempre me había ocupado de darles buenos ejemplos de generosidad y solidaridad, incluso desde chicos los había llevado conmigo al comedor Brazos Abiertos, el que está frente al basural, para colaborar en las meriendas, días del niño y fin de año. Pasamos sábados de lluvia allí, ellos jugando con los nenes, yo ayudando en lo poco que me dejaban, porque Inés se desvivía por atenderme ella a mí. Vengo a ayudar, le decía yo, y descargaba lo poco que había podido juntar para esos chicos abandonados a la buena de Dios, ese Dios al que ella le predicaba y les metía en las cabezas y en las bocas para sacarlos adelante. No, Damián no era un asesino.

No sabía qué había que hacer, pero por algo todos los padres estábamos ahí. Eran siete los detenidos, entre ellos mi hijo. Me pregunté quiénes serían los otros, busqué entre los rostros de las madres, no conocía a ninguna, hasta que di con la mamá de Manuel. Ella tenía la cabeza gacha, como vencida, y estrujaba un pañuelo a todas luces mojado. A su lado estaba el marido, con gesto furioso.

Me abrí paso entre el gentío, Ramiro vino detrás, fiel guardián, y me acerqué a ella.

—Gabi —le dije. Me miró sin ver, tenía los ojos vidriosos. Cuando me reconoció, me tiró los brazos y nos abrazamos.

3

Los gritos desde afuera se transformaron en golpes y las puertas de la comisaría se abrieron con violencia. Una horda enfurecida arremetió y empezó a golpear aquí y allá a quien encontrara a su paso. Mi ex recibió una piña en pleno rostro y Ramiro, por cubrirme, una en la espalda. Los pocos policías que estaban en el recinto no sabían qué hacer para contener a toda esa gente y repartieron palos y gritos hasta que pudieron imponer algo de calma.

Las cámaras habían ingresado y filmaban a las madres que estábamos ahí, agazapadas y llorosas. No atiné a cubrirme, no pude, no quise. No tenía de qué avergonzarme, mi hijo era inocente, ponía las manos en el fuego por él. No me importó que me vieran sin pintura, mal peinada y con ropa de entrecasa, creo que incluso tenía las pantuflas puestas. No pensé que luego aprovecharían eso para comparar con antiguas fotos mías, para poner en evidencia mi decrepitud de cincuenta años. Tampoco me afectaba.

Cuando lograron desalojar la comisaría quedamos otra vez los padres, asustados, reclamando ver a nuestros hijos. Voces. Miradas. Llantos. Confusión y palabras que en ese momento no entendía, pese a que en mi juventud había estudiado dos años de la carrera de abogacía. Instrucción, sumario, pruebas, fiscalía, cámaras… Alguien mencionó los teléfonos, pero todo lo que escuchaba se me perdía en una nebulosa de mi cerebro. Yo solo quería ver a mi hijo.

—No podemos verlo —me dijo mi ex—, están incomunicados.

—¿Cómo que incomunicados?

Desde los fondos salió un policía acompañado de un hombre vestido de domingo, dijeron que era el fiscal del caso, y nos fueron empujando hacia la salida, nos lanzaron a la boca del lobo, porque afuera seguían

reclamando justicia.

Armaron un cordón policial y nos sacaron de allí, dispersando al gentío enardecido que tiraba piñas e insultos. Entre toda esa multitud identifiqué a la madre. Era la única que no gritaba. Se mantenía tiesa, con los ojos idos y el rostro empapado, como si una canilla estuviera abierta desde sus pestañas. Tenía entre las manos una foto. Una simple foto mediana, a color, donde se veía la cara del chico asesinado que los noticieros se habían encargado de difundir. La cara en vida, porque la otra, la de la cabeza partida, nunca la vimos, pero la que yo me había formado en mi imaginación me iba a acompañar día y noche hasta el fin de mis días. Unos pasos más atrás estaba el padre, con gesto furioso de mandíbulas apretadas y ojos en llamas. Él no lloraba. Mantenía firme un cartel que decía "*Justicia por Francisco*". Francisco.

Me dejé empujar por la marea humana de padres y policías, pero no despegué mis ojos de ella, de la madre. Su desgarro me desgarró a mí.

Las víctimas del dolor nos siguieron unos metros, pero la policía se interpuso formando una barrera para que nosotros, los padres de los chicos detenidos, pudiéramos irnos.

Ramiro me metió en el auto y me llevó a casa. Qué vamos a hacer, le pregunté, sabía que él había hablado con su padre; pese a que no tenían la mejor relación lo que había pasado superaba todo. No sé, me dijo, la vista fija en las calles de ese mediodía de domingo de verano, que empezaban a llenarse de gente con destino a la playa, ajena a la atrocidad que se había cernido sobre mi familia. Papá quiere que llames a ese conocido tuyo, el abogado que sacó al corredor de autos, repitió.

Cerré los ojos, me dolía la cabeza. Supe a quién se refería, un penalista reconocido en la ciudad que había sacado a varios delincuentes pesados. Muy pocas veces estaba del lado de las víctimas, su fortuna la había hecho a costa de su conciencia, si es que la tenía. Habíamos cursado algunas materias en la facultad y ya en esa época se veía como el ave rapaz que sería. Nunca nos llevamos bien, había algo en él que no me convencía, luego supe que era eso, su afán por la plata a cualquier precio. A él, sin embargo, yo le gustaba, además daba el perfil para estar con él. Era hermosa. No lo digo con altanería, en verdad lo era, gracias a la naturaleza, no tenía mérito alguno para

serlo. Mi belleza me había llevado a la Guardia del Mar y de ahí a las pasarelas. Fui una modelo reconocida y hasta tuve algunas escenas en películas. Y todo eso a él le gustaba y hubiera dado cualquier cosa con tal de tenerme en horizontal. Nunca ocurrió. Pese a ello, jamás dejó de saludarme y si no perdimos contacto fue por su insistencia.

—Papá dice que él lo puede sacar —dijo Ramiro.

Abrí los ojos y lo miré. Ah, sí, el abogado. Me había perdido en un pasado que resultaba mucho más acogedor que mi horrible presente. No lo quería para abogado de mi hijo. Él era abogado de delincuentes, y mi hijo no lo era.

4

No almorzamos. Ese domingo no almorzamos. Ramiro no me preguntó qué íbamos a comer, como siempre hacía, y al ver que la hora pasaba y yo seguía tirada en el sofá con un paño frío en la frente, se preparó algo con los restos del día anterior y comió solo en la cocina.

Hacía un calor acorde a un 20 de enero, la gente estaría en la playa y nosotros estábamos ahí, cada cual en su isla. Y Damián detenido. Incomunicado. Los siete estaban incomunicados y no podíamos hacer nada.

—¿Necesitás algo? —me dijo. Sabía que se iba. Lo miré, había vergüenza en su mirada. Estaba vestido de playa—. No gano nada quedándome acá, trabajo toda la semana…

—Andá.

Tenía razón. ¿Qué ganaba mirando mientras yo me desarmaba en el sillón? Trabajaba de lunes a sábado en una verdulería, era su quinta temporada. Con los ahorros se había comprado el auto que yo le mantenía en invierno.

Cuando lo sentí cerrar la puerta esperé a escuchar el motor del coche, no quería que me viera llorar. No sabía qué hacer. Agarré el celular, tenía varias llamadas perdidas de mi madre, pero no tenía fuerzas para hablar con ella, ni para escuchar el audio. Tenía que hablar con la mamá de Manuel, no había podido hacerlo en la comisaría. La llamé, sonó varias veces, no me respondió. No sabía quiénes eran los otros chicos detenidos, no había reconocido a ningún otro padre y me di cuenta de que no conocía a todos los amigos de mi hijo. ¿Serían sus amigos los que estaban ahí con él? Seguramente no, sería un error, él y Manuel no tenían nada que ver en eso. Estarían ahí en el momento del hecho y los agarraron por casualidad.

Manuel era un chico bueno, como Damián. Buenas notas, chico tranquilo en el colegio, Damián siempre decía que era un traga, que la madre lo tenía muy controlado. Tenía que hablar con Gabi, yo le había confiado a mi hijo en su casa, iban a comer pizzas y jugar a la Play. ¿Cómo habían terminado en un boliche?

Me enojé. Yo era muy cuidadosa cuando un chico venía a dormir a casa, nunca salían, y Gabi, en quien yo confiaba —habíamos compartido horas de charlas mientras nuestros hijos entrenaban básquet cuando eran más chiquitos—, les había permitido salir de noche sin siquiera avisarme.

Agarré de nuevo el celular y le mandé un mensaje. *Llamame, por favor, necesito que hablemos*.

Me quedé mirando la pantalla, las dos tildes azules se marcaron enseguida. Y mi teléfono sonó.

—Gabi...

—No vuelvas a molestar. —Era el marido, quedé descolocada—. Por tu culpa estamos así. —Y me cortó.

No entendía nada y mi enojo creció. Como no querían atenderme me iban a escuchar. Les mandé un audio que era más grito que otra cosa, les reclamé que hubieran dejado salir a los chicos, que no me hubieran avisado y no sé cuántas cosas más. Después tiré el teléfono en el sofá y empecé a llorar.

Cuando me calmé fui hasta la cocina y comí algo. Aunque tenía la garganta cerrada me sentía mareada. El teléfono sonó y corrí a buscarlo, quizá fueran noticias sobre Damián, habíamos firmado no sé qué cosa pidiendo verlo. Era un número desconocido, de esos que no solía atender, pero en vista de las circunstancias, lo hice.

—Hola, Ada, soy Augusto. —Me quedé dura. ¿Augusto? Ante mi silencio agregó—: Augusto Pérez Bulnes.

Cuando estudiábamos era Augusto Pérez, su trayectoria en los tribunales criminales le había abultado la billetera y el apellido.

—Me enteré de lo de tu hijo —dijo, y yo me pregunté cómo se había enterado, yo no estaba dispuesta a llamarlo.

Un temblor me recorrió la espalda y sentí frío. Caminé hacia el televisor y lo puse en el mismo canal donde había quedado esa mañana fatídica. Y sí, allí estaba. Una foto de mi hijo. Una foto de

Damián. De Damián y de los otros, esas bestias desconocidas que habían matado a ese chico. Los apellidos también estaban en pantalla. ¡Era menor! Mi hijo era menor, ¿cómo podían divulgar su imagen y su nombre?

—Sabés que podés contar conmigo, Ada, soy el mejor penalista de la ciudad —dijo Pérez Bulnes.

Le corté. Era un cuervo asqueroso, carroñero, aprovechándose de la muerte y el dolor ajeno. Grité y apagué el televisor. Aunque odiaba hablar con mi ex, lo llamé, él había dicho que se iba a encargar de los trámites para que pudiéramos ver a Damián.

—¿Llamaste a Pérez Bulnes? —fue lo primero que me dijo. Le contesté que no, que no lo quería cerca de mi hijo—. Es mi hijo también, y hay que sacarlo de ahí.

—Quiero verlo.

—Tienen que hacer unas pericias, para ver si los chicos estaban tomados o drogados.

—Damián no toma, y menos se droga —salté.

—Ada, ojalá que le encuentren droga en el cuerpo, o que esté bien en pedo, eso sería un atenuante. ¿No estudiaste derecho, vos?

—Quiero ver a mi hijo —le grité. Y corté.

5

El lunes tuve miedo de salir de casa. Todo el barrio se había enterado y la noche anterior había tenido que llamar a la policía. Un grupo de gente empezó a tirar piedras, rompieron persianas, marcaron la puerta y hasta quisieron entrar. Mi auto estaba en el garaje y el de Ramiro en una cochera, y por eso se salvaron.

Habían enviado a un patrullero que dispersó el gentío y nos hizo guardia durante la noche. No pegué un ojo. Lo único bueno fue que ese episodio evitó la visita de mis padres. Había hablado con mamá, no me quedó más opción que atenderla. Un breve intercambio, sí, mamá, claro que no fue él. Sí, le vamos a poner un buen abogado, ustedes tranquilos. Era falsa la tranquilidad que quería transmitirles.

Cuando Ramiro se fue a trabajar me levanté y encendí el televisor. Tenía miedo de lo que iba a ver. La cara del mismo hombre que había estado en la comisaría ocupaba casi todas las pantallas. Era el fiscal. Hablaba de secreto de sumario y pericias pendientes. No, todavía no podía asegurarse si los chicos detenidos habían sido los autores, pero sí que habían estado en el momento del hecho porque varios tenían sangre en las manos y en la ropa. Después del fiscal apareció un periodista que dijo que las cámaras del boliche habían filmado todo, aunque en otro programa, otro periodista decía que las cámaras solo habían podido captar cuando todos se dispersaron luego de la muerte de Francisco. Se hablaba de una estampida de jóvenes huyendo al amanecer, que habían sido aprehendidos a apenas unos metros a causa de un llamado anónimo. ¿Y el personal de seguridad del boliche? Ya se había ido, era de día, más de las siete de la mañana.

Apagué el televisor. Mi hijo a esa hora y en la costa. Y yo confiada en que estaba en casa de Manuel jugando a la Play. No tenía con quién

desquitarme e insistí con Gabi.

Agarré el teléfono y vi que tenía un audio de ella. Lo escuché con miedo. Yo le había gritado como una loca, la había insultado.

Entre hipos y llantos, Gabi me decía más o menos lo mismo que le había dicho yo, pero en otro tono. Que ella había confiado que su hijo estaba en mi casa, comiendo pizzas y jugando a la Play, que por eso se había enojado tanto. Que, en un primer momento, en la comisaría, se abrazó a mí porque estaba desolada, pero que luego se había puesto a pensar y todo era culpa mía. *Los chicos nos mintieron, Ada, y se juntaron en la casa de una chica, para luego salir*, concluía el mensaje.

Una chica. No le conocía muchas amigas a Damián, ellos iban a un colegio técnico, en su mayoría eran varones. Damián solía decir "mucho huevo" en el cole; se me escapó una sonrisa. ¿Cómo estaría? ¿Le habrían dado de comer? ¿Y si le habían pegado? Sabía que desde el día anterior había evitado pensar en todo eso, pero en ese momento se me caían las preguntas como en catarata.

No podía seguir llorando, tenía que actuar. Una chica. Solo conocía a Magda, había venido algunas veces a la playa y durante el invierno Damián había cocinado unas galletitas con ella por medio de una videollamada. La chica le había pasado la receta y la habían hecho a la par.

Busqué en mi teléfono a ver si la tenía, pero no, solo tenía a algunos de los varones. Recorrí el directorio buscando a todos los agendados como "amigo Damián" y llegué hasta "El Pitu". Era uno de los del grupo, había venido algunas veces a casa. Lo llamé y rogué para que me atendiera. Pero los adolescentes no atienden llamadas, ni siquiera tienen activado el sonido. Tuve que mandarle un mensaje, escrito, porque tampoco escuchan los audios. Soy la mamá de Damián, necesito el teléfono de Magda, ¿me lo pasás?

No sabía cómo reaccionarían los amigos de mi hijo. ¿Creerían en él? ¿Serían incondicionales como él solía decir? Mamá, con los chicos somos así, todos para uno y uno para todos. Habrá que ver cuando las papas quemen, le decía yo. Y las papas estaban quemándose.

Me quedé esperando que "El Pitu" respondiera mi mensaje, pero ni siquiera lo vio. Miré la hora, nueve de la mañana, estaría durmiendo.

Se hizo mediodía y Ramiro llegó del trabajo. Ni siquiera le había

hecho la comida, me había pasado toda la mañana pendiente de las llamadas. Lo había vuelto loco a mi ex, con preguntas sin respuestas. Yo solo quería ver a mi hijo, pero no me atrevía a volver sola a la comisaría donde estaba detenido. Él seguía insistiendo para que llamara a Pérez Bulnes.

—Llamemos mejor a Basualdo —le había dicho—, es excelente, aunque tiene menos prensa. —Mi ex había accedido y a la tarde teníamos cita.

Mientras comíamos, Ramiro dijo que quizá sería bueno mudarnos.

¿Mudarnos? No se animaba a decirme con todas las letras lo que había pasado y tuve que insistir. Con pena me dijo que habían pintado con aerosol todo el frente de la casa con palabras que no valía la pena repetir.

Lo que estaba tragando se convirtió en piedra. Perdón, debí decirte en otro momento, dijo. Está bien, fue mi respuesta. Podemos ir al departamento del puerto, ahí no nos conoce nadie.

Mi trabajo como modelo me había dado la posibilidad de abrir una escuela, que en ese momento estaba cerrada por vacaciones. Tampoco sabía que iba a tener que cerrarla porque ninguna madre iba a querer que sus hijas estuvieran cerca de mí. Pero mi trayectoria me había dado ciertos ingresos que yo había sabido administrar. Tenía la casa que había comprado luego del divorcio y dos departamentos, uno estaba alquilado por temporada, vista al mar, y el otro estaba vacío.

Ramiro descansó un poco y vuelta al trabajo. Yo me adecenté para ir a ver al abogado. No me animé a sacar el auto y cuando al fin me asomé a la calle lo hice con miedo. Espié a un lado y al otro y salí como si fuera una delincuente.

6

Estar en una misma sala con mi ex y en calidad de padres me resultaba extraño e incómodo. El divorcio había sido largo, y pese a que ya habían pasado diez años todavía había rencores mutuos. Pero ahora nos convocaba algo mucho más grande que el orgullo.

Basualdo nos explicó que los chicos seguían incomunicados, que el fiscal había pedido la prórroga de la incomunicación, que según el código de procedimientos penal era de cuarenta y ocho horas. Nos dijo que la situación era delicada, que Damián había sido detenido con sangre en las manos. ¡Seguro que quiso ayudar a ese chico!, salté, convencida de que mi hijo no había hecho nada malo.

—Cálmese, señora, no quiera matar al mensajero.

Nos puso al tanto de cómo seguiría el caso, las pericias, la declaración indagatoria y otras cuestiones que se me perdieron. Mi única pregunta era cuándo podría verlo, necesitaba saber que mi hijo estaba bien. Por más que trataba de no pensar se me metían en la cabeza imágenes horribles que incluso desplazaban la del cuerpo del chico muerto.

De pronto me vi hablando de derechos, exigiendo que se cumplieran los que tenía mi hijo. No me acordé de las veces que había protestado por tanto derecho garantista que tenían los delincuentes, que entraban por una puerta y salían por la misma dos días después, así estábamos, cada vez más violencia en las calles. Y en ese momento yo me encontraba reclamando por esos derechos, pronunciando frases como “mi hijo es inocente hasta que se demuestre lo contrario”.

Basualdo me dejó hablar, tenía cara de estar acostumbrado a todo eso, hasta que me cortó en seco y nos dijo la cifra de sus honorarios para que él se hiciera cargo del caso. Con mi ex nos miramos, era

mucho dinero y por un momento pensé que si él cobraba eso Pérez Bulnes debía cobrar el doble.

—¿Cómo lo podemos pagar? —preguntó mi ex.

—Por adelantado.

Salimos de ahí mareados, ninguno de los dos tenía ese dinero. No podíamos dejar a Damián en manos de un defensor oficial, ambos sabíamos que sería un caso más, y yo quería a mi hijo afuera.

—Habrá que vender aquello, Ada.

Del divorcio había quedado sin inscribir una casita de fin de semana que teníamos a unos kilómetros de la ciudad, para el lado de las sierras. No la habíamos incluido porque era parte de la infancia de los chicos, y habíamos pensado ponerla a nombre de ellos cuando Damián fuera mayor de edad.

Asentí, aunque sabía que no iba a ser fácil la venta, y el abogado quería el dinero de sus honorarios ya. Debatimos qué hacer, sacamos cuentas y entre los pocos ahorros que teníamos no llegábamos ni siquiera cerca.

—Yo mañana lo llamo, le ofrezco lo que tenemos y la casita —dijo mi ex.

Cuando al fin logré encerrarme de nuevo en mi casa me tiré sobre el sillón y cerré los ojos. El dolor de cabeza no se me iba desde el día anterior. El sonido del celular me indicó un mensaje. Era de “El Pitu”. No decía nada, solo me adjuntaba el número de Magda. Le di las gracias y llamé a la chica con la esperanza de que las adolescentes respondieran. Pero no tuve suerte. Tal vez era por el número desconocido. Le mandé un mensaje, escrito, que enseguida se marcó con las dos tildes azules. Pero no respondió. Volví a llamar y esta vez me atendió.

Sí, habían cenado en la casa de ella, Manuel, Damián y otros chicos amigos de la playa. Luego se habían ido para el boliche. No, no habían tomado, bueno, quizás una o dos cervezas entre varios, pero no eran de tomar. No, ella no sabía nada, se habían separado en el boliche, chicos por un lado, chicas por el otro.

Insistí, pero no logré nada más. Me pidió que no la volviera a llamar, la madre estaba enojada con ella y no quería tener problemas.

—Si llegás a enterarte de algo por favor avisame.

7

Los días pasaban más lentos de lo habitual, evitaba ver noticieros porque las pocas veces que lo había hecho lo único que se veía era a la madre de Francisco y a tantas otras madres de chicos muertos. Ya no lloraba, pero la pena se le veía en la cara. El padre seguía con esa furia en los ojos que daba miedo. Pensé que quería venganza y me puse en su lugar. Yo también querría venganza. Pero ahora yo estaba del otro lado, yo era madre de uno de los detenidos, y por más que estaba segura de que Damián no tenía nada que ver en eso, había que demostrarlo. Al parecer el sistema garantista no funcionaba como yo creía, porque mi hijo seguía incomunicado.

Me habían llamado de varios medios, todos querían una entrevista. Me negué, todas las veces me negué, hasta que un móvil de la televisión se detuvo frente a la casa y comenzó a hacer guardia. Era imposible entrar o salir sin ser filmados, ¿eso era legal? Lo llamé a Basualdo, pero no me atendió. Me sentía presa en mi propia casa y Ramiro estaba enojado. Yo no tengo nada que ver, me dijo, ¿por qué tengo que aguantar esto?

Salí echa una fiera y el remolino de periodistas me envolvió. Sentía los micrófonos muy cerca de mi cara, alientos, voces, pisotones. Me abrí pasó a los codazos y encaré al camarógrafo a los gritos. El tipo me estaba filmando, pero al ver mi grado de locura y ante la posibilidad de que le rompiera la cámara, la apagó. Solo queremos unas palabras, dijo el periodista. No tengo nada que decir, mi hijo es inocente. ¿Podemos filmar eso, aunque sea? Si se van de acá.

Así como estaba me hicieron una breve entrevista en la cual no dije nada, negué toda participación posible de Damián y me metí de nuevo a mi prisión. Al rato el móvil se fue.

No tuvimos que mudarnos, la agresión de los primeros días fue cediendo y más allá de algunos insultos cuando entrábamos o salíamos y las pintadas, la cosa no pasó a mayores.

Las pericias toxicológicas habían salido bien, o mal según se mirase. Ninguno de los detenidos tenía restos de alcohol o sustancias en la sangre, por lo cual, de haber participado en el crimen, estaban sobrios y en pleno uso de las facultades.

Las cámaras del boliche habían señalado a un montón de testigos, chicos y chicas que huían del lugar y se desparramaban como si un secador de pelo gigante los hubiera dispersado desde el cielo.

Estaban pidiendo que los testigos se acercaran a declarar, mientras terminaban de identificarlos.

De los teléfonos de los chicos —no podía decir detenidos— no habían obtenido nada. Ni una filmación, ni un audio de la pelea. Porque yo estaba segura de que había sido una pelea, un encontronazo a la salida del boliche. No sería la primera vez, yo también fui adolescente. No sé cómo me vi en el Mundial 86 corriendo por la peatonal junto a una compañera de secundaria. Nos habíamos separado del grupo a causa de una disputa entre bandas de colegio. Cuando encontramos a los varones estaban golpeados, uno tenía la nariz partida, otro el labio. No era nada nuevo, desde que el mundo es mundo los chicos se pelean, y más cuando hay mujeres presentes.

Basualdo había aceptado el dinero que teníamos y la casita. Esa casita de fin de semana que habíamos dejado para los chicos. Fuimos a un escribano e hicimos un boleto de compraventa a nombre de un tercero, él no quiso figurar en la operación.

Cuando salí de ahí me sentí tan mal que ni siquiera pude manejar y accedí a que mi ex me llevara a casa. Esa noche le conté a Ramiro y por su mirada supe que no estaba de acuerdo. No dijo nada, pero pude leerlo en sus ojos claros. Le dolía. No porque lo privábamos a él de parte del patrimonio, no venía por ahí el tema, pero me di cuenta de que había renacido en él el viejo resquemor hacia su hermano. Viajé hacia atrás, a los primeros años del divorcio, cuando ellos se transformaron en el botín de guerra de un matrimonio acabado.

—Era necesario —le dije, como si le debiera una explicación—, no podemos dejar a tu hermano en manos de un defensor oficial.

—Ustedes sabrán lo que hacen —me contestó.

El verano avanzaba pegajoso, pero a mí se me había acabado. Las amigas con las que compartía la carpa me devolvieron el dinero que había puesto para pagarla.

—Seguramente lo necesitarás para el abogado —me dijo Soledad, pero yo supe que no era ese el verdadero motivo. La realidad era que no querían verme por allí, todo el mundo me conocía y las conocía; no querían quedar pegadas.

Tomé la plata porque la necesitaba, aunque no hubiera estado en mis planes ir a la playa ese verano. Por mi mente solo pasaba una cosa y era ver a Damián, sacar a Damián de la cárcel a donde lo habían trasladado.

Como en los primeros tiempos del divorcio me vi sola de nuevo. En esa época la mayoría de mis amigas eran las esposas de los amigos de mi ex, habíamos compartido noviazgos, nacimientos y cumpleaños. Amigas mías exclusivas tenía dos, modelos como yo, pero ambas vivían en la Capital porque allá había más trabajo.

Con la separación, el grupo de matrimonios siguió funcionando, pero sin mí. Mis amigas me llamaron durante un tiempo, pero luego el trato se fue perdiendo y se cortó de golpe con la primera pareja estable de mi ex.

Yo me hice de nuevas compañeras por medio de cursos, la escuela de modelos y la vida misma. Cuando pasó lo de Damián, otra vez quedé fuera. Sola. Con Ramiro y mis padres, ambos jubilados y grandes.

Basualdo había hablado con Damián. Pese a que estaba incomunicado tenía derecho a ver a su abogado. Lo llené de preguntas para saber cómo estaba, no pude evitar que se me cayeran las lágrimas delante de él. Está bien, señora. No, cómo lo van a golpear, eso es un delito. No, no está con delincuentes comunes. Sí, le dan de comer y duerme en un catre. No se preocupe, su hijo está bien, algo nervioso y es normal, debe tener paciencia.

Me había asegurado de que pronto le levantarían la incomunicación y podría verlo. No me animaba a hacer la pregunta que me colgaba de los labios, pero Basualdo no necesitó que la hiciera. Dice que él no participó de la pelea, solo estaba ahí, como tantos otros.

—Fue una pelea —afirmé, buscando su confirmación.

—Sí, su hijo dice que fue una pelea entre bandas.

Me aflojé cuando me dijo eso, no entendía cómo Damián había quedado envuelto en toda esa confusión, pero confiaba en que las cámaras y los testigos mostrarían la verdad. Todo era una gran pesadilla.

Si yo sufría tanto no quería pensar en la madre de ese pobre chico muerto. María se llamaba, y pensé que su nombre la había predestinado, como a la madre de Jesús, pero este hijo no iba a resucitar. Me sentía extraña, lejana a ella y a la vez muy unida, ambas desgarradas por nuestros hijos. Al menos el mío estaba vivo. Preso, pero vivo.

No sé por qué en ese momento se me cruzó la discoteca, había responsabilidad ahí también. ¿Cómo podía ser que hubieran permitido el ingreso a menores? Damián era menor de edad, no debería haber estado ahí. Todos eran menores de edad.

Se lo planteé a Basualdo, pero él me dijo que eso era un asunto menor comparado con lo que había que resolver, que era la libertad de Damián. Esa es una cuestión civil, me dijo, y me recomendó otro abogado. No quiero más abogados, le dije, para eso le pagamos a usted. Levantó la mirada por sobre los anteojos y sentí vergüenza.

Basualdo continuó con su informe, nos dijo que al fiscal le llamaba la atención que de los celulares de los detenidos no habían logrado sacar nada.

—Por lo general los chicos filman esas grescas —dijo el abogado.

Yo no supe qué responder. Después nos preguntó si Damián tenía celular. Claro que sí, un MotoG 4 Plus, dije enseguida, se lo había comprado para su último cumpleaños. ¿Se lo habrían robado en la comisaría?

—¿Sabe si lo llevaba el día del incidente?

Su pregunta me pareció extraña. Por supuesto, le dije, ¿se imagina a un adolescente sin su celular? Es como si le amputaran una mano. Damián llevaba su celular incluso cuando iba al baño.

—No estaba entre sus pertenencias, por eso le pregunto —dijo el abogado—. Solo tienen seis celulares, falta el de su hijo.

Quizá se lo habían robado en el boliche, era una posibilidad, o se le

había caído en la estampida cuando ocurrió todo aquello y alguien se lo había llevado. Me acordé que yo había revisado su última conexión y se lo dije al abogado.

—Volveré a preguntarle —me dijo—, él asegura que no lo tenía encima.

8

Por consejo de Basualdo, Damián se había negado a declarar. Yo no estuve de acuerdo en esa decisión, pero él nos aseguró que era lo mejor en esos casos. ¿Qué quería decir con “en esos casos”? Mi hijo era inocente. Después me enteré de que ninguno de los chicos detenidos había declarado, asesorados por sus letrados todos se habían negado. Entre los defensores estaba Augusto Pérez Bulnes, contratado por el padre de uno de los chicos, un reconocido escribano de la ciudad, y por el padre de Manuel.

Mi ex, fiel a su estilo, intentó hacerme sentir culpable aduciendo que el amigo de Damián tenía al mejor abogado de la ciudad. Le retruqué que no creía que Pérez Bulnes se conformara con una casita en las afueras.

Algunos de los chicos fueron trasladados a una ciudad vecina. Damián por suerte fue a la cárcel local, aunque todavía no había podido verlo.

Las pruebas eran muchas y estaban siendo analizadas. Gracias a las cámaras de la calle habían logrado la detención de un chico más, que para mi preocupación también era amigo de Damián. Había ido a casa un día, antes del verano, se llamaba Pedro y era el primo de un amigo al que le decían Toto. En su casa habían encontrado prendas y zapatillas manchadas con sangre, que según nos dijo Basualdo habían sido enviadas para una prueba scopométrica, a fin de verificar si esas suelas habían impactado en la cabeza de Francisco.

Escuchar eso me dio escalofríos. No podía ser, tenía que salir negativo. Seguramente ese chico, Pedro, se había golpeado con algo, le había sangrado la nariz —a Damián de chiquito le pasaba seguido, sin motivo y sin causa le empezaba a caer sangre de la nariz—, o incluso

se había peleado con algún otro chico en la calle, pero nada tenía que ver con el caso.

Los celulares continuaban en peritaje y seguían indagando por el de Damián. Mi hijo aseveraba que ese día no lo tenía.

No pude evitar la visita de mis padres, mamá era un paño de lágrimas, papá le decía que así no ayudaba; yo quería desaparecer.

—Damiancito es bueno, no puede haber hecho una cosa así —decía mamá compungida.

—Claro que no, mamá, él no tiene nada que ver.

—¿Y Ramiro?

—Trabaja, mamá, viene tarde.

—Son buenos tus chicos, Ada.

Los medios se habían ensañado con el caso, era como si ese verano no hubiera otro tema. Se había instalado tanto que incluso en los programas de chimentos se hablaba de eso. Cualquiera opinaba, todos juzgaban, y la cara de mi hijo estaba en todos lados.

Fotos de Damián en la escuela, salidas con amigos, de partidos de básquet. ¿De dónde las habían sacado? Las redes. Las habían encontrado en Instagram, del de Damián y de sus amigos. Incluso había fotos que yo no había visto nunca. En una aparecía abrazado con una chica cuyo rostro se veía difuso. Ella sí tenía derecho a proteger su imagen, mi hijo no.

Le pedí al abogado que hiciera algo, Damián era menor y no había derecho para que lo ensuciaran de esa forma. Seguía sosteniendo que era inocente hasta que se demostrara lo contrario, así lo decía la Constitución. De repente me había vuelto garantista como nunca lo había sido, me había parado siempre en la vereda de enfrente. Pero esta vez era mi hijo el que estaba acusado.

Basualdo me dijo que había presentado un recurso y que ya se había notificado a los medios, pero las fotos que habían circulado estaban en la mente de todos. Mi hijo ahora era un ser deleznable, un asesino. Mi hijo y todos los demás detenidos, pero a mí solo me importaba Damián. Y Manuel, que era un buen chico, como él.

Había hablado con su madre, Gabi estaba igual que yo, deshecha,

rota. Entre líneas me di cuenta de que todo eso había resquebrajado su matrimonio, porque su marido por momentos dudaba de la inocencia de Manuel, en especial cuando habían detenido a Pedro, a quien ellos conocían más que yo, porque lo habían visto varias veces en su casa, incluso un día se había quedado a dormir. Me dio a entender que el chico no era tan sano como los nuestros.

—Jorge dice que Pedro tuvo algo que ver, no sé, Ada, creo que tiene información que no me dice.

—¿Qué información, Gabi? Contame, estamos juntas en esto.

—No sé, pero él asegura que Pedro tiene algo que ver… y está lo de la zapatilla.

Yo también esperaba el resultado de esa prueba. La autopsia del chico muerto —había decidido dejar de llamarlo por su nombre, quizá de esa manera le quitaba entidad— había arrojado una muerte traumática: "*paro cardíaco traumático por shock neurogénico producido por múltiples traumatismos de cráneo que generaron hemorragia masiva intracraneana intraparenquimatosa sin fractura ósea*". Para luego continuar con "*traumatismo cerrado de abdomen con laceración hepática y hematomas en intestino grueso producto de múltiples traumatismos cerrados. Además, presenta hemotórax izquierdo con infiltrado en ambos parénquimas pulmonares… múltiples escoriaciones y equimosis en región maxilar y cara lateral de cuello, entre las que se distinguen dos improntas de pie calzado*".

Lo que me dijo Gabi me quedó dando vueltas en la cabeza. Ramiro llegó de trabajar y me di cuenta de que durante todo ese tiempo casi no le había prestado atención. Había días en que ni siquiera le hacía de comer, y si bien ya era un hombre, como me decía mi ex desde que tenía doce años más o menos, a mí me gustaba atenderlo.

Pedí unas pizzas en el lugar que a él le gustaba y saqué unas cervezas para compartir. Hacía rato que no comía bien y menos bebía, ese día sentí que lo necesitaba.

No sé si por interés o por costumbre me preguntó si había alguna novedad. Le conté lo de Pedro y las sospechas de Gabi.

—Yo siempre te dije que lo tenías que controlar un poco más —me dijo.

Dejé los cubiertos con furia.

—¿Vos dudás de tu hermano?

—No, no es que dude de él, pero las juntas…

Ramiro siempre se había quejado de la libertad que yo le daba a Damián. A él, por ser el mayor, lo había tenido siempre más vigilado, pero con el segundo me había relajado y le había permitido más cosas que a Ramiro, pavadas, ir a dormir a lo de algún compañero que no era del colegio, empezar a andar en colectivo antes, ser más condescendiente con las materias que se llevaba, pero no dejaban de ser pavadas. Nunca sentí que Damián se me iba de las manos, pero la mirada de Ramiro me dijo todo lo contrario.

—Ramiro, tu hermano no tiene nada que ver con esto. Pongo las manos en el fuego por él, como haría con vos.

—Yo nunca estuve ni cerca de algo así.

—¡Ya lo sé! —Crucé los cubiertos, se me había ido el hambre. Ramiro sintió culpa y dejó de comer también.

—Tenés razón, mamá, es que esto me pone nervioso, estoy cansado y…

—Está bien. —Sabía que me mentía, sé cuándo mis hijos me mienten, pero también estaba angustiado y no quería agrandar la fisura que existía entre ellos y que durante unos años había parecido estar sellada. Me daba cuenta de que no era así. El divorcio los había marcado, habían quedado en bandos opuestos, Ramiro conmigo, Damián con el padre. Años de batallas judiciales, consejeros, prohibición de acercamiento, terapias individuales, de ex parejas, familiares. Ningún hijo sale ileso de esas guerras que lo único que logran es desgastar tanto a los contendientes, que terminan cediendo en sus pretensiones, como habíamos hecho nosotros.

A ambos nos habían costado unos cuantos pesos en honorarios y a mi ex una pareja. Una buena mujer, más joven que yo, tenía dos chicos de la edad de los míos. La pobre aguantó nuestros combates casi durante cuatro años, fue incluso mediadora entre nosotros y un poco madre de Damián cuando iba para la casa del padre y ellos vivían juntos. Hasta que se cansó, o descubrió que mi ex no brillaba tanto como creía.

A mí me costó la posibilidad de una pareja, porque incluso estando separados mi ex me celaba y controlaba tanto o más que cuando

estábamos casados. Cuando un hombre se acercaba a mí, con o sin intención de algo amoroso, él parecía tener un radar y se aparecía para armar lío. Con él o con Ramiro, frente a quien me acusaba de ser una puta. Todas las modelos son putas, dijo una vez cuando Ramiro tenía catorce años. Mi hijo, en ese entonces flaquito y de escasa altura, porque tuvo desarrollo tardío, me defendió con un palo que encontró en la vereda. Estábamos en la puerta del colegio, yo esperaba a que saliera Damián, y ahí se apareció mi ex para gritarme puta en la cara, todo porque él sospechaba del padre de una de mis alumnas en la escuela de modelos.

—Ma. —La voz de Ramiro me trajo al presente—. Me voy a dormir.

Se levantó de la mesa, me dio un beso en la cabeza y me dejó sola.

9

El día en que al fin iba a ver a Damián me desperté con el cuello duro. No podía moverme en la cama, parecía que me habían atravesado un caño por la columna, estaba rígida. Me moví con esfuerzo, giré apenas la cabeza, para un lado, para el otro. Respiré profundo e intenté levantarme. Dolía, un dolor agudo, filoso.

Cuando logré sentarme continué con mis esfuerzos para aflojar esa tensión que sentía en todo mi cuello, que impedía que me moviera con normalidad. Tardé mucho más de lo habitual en hacer todo, hasta que conseguí vestirme para ir a la cocina.

Calenté una almohadilla de semillas y me la puse sobre los hombros mientras buscaba algún relajante muscular, aunque sabía que era contraproducente si iba a manejar.

Basualdo me llamó para confirmar la cita, todavía faltaban algunas horas; me costaría controlar la ansiedad. Desayuné y miré las noticias. Del caso no había nada nuevo, ya me había acostumbrado a las imágenes de todos los días, las marchas, la madre doliente, el padre furioso, la novia rubiecita llorando. Estaba como anestesiada. Había días en que me molestaba todo ese circo que se había armado en los medios como si fuera la novela de la tarde. Habían buscado amigos —más bien enemigos— de los detenidos, que declaraban en todos los programas en contra de los chicos, seguramente a cambio de cinco minutos de fama y unos pocos pesos. Incluso apareció uno hablando de Damián, un chico al que jamás había visto y cuyo nombre desconocía. Decía que había sido compañero de la primaria de mi hijo, mencionaba el colegio y a la maestra, pero yo estaba segura de que ese chico jamás había sido compañero de Damián, ni en cuarto grado, como declaraba, ni en ninguno.

Al principio me enojaba y llamaba al pobre Basualdo, a quien volví loco para que hiciera algo. Pero había frentes en los que él no podía batallar, y me tranquilizaba diciéndome que haría hasta lo imposible para sacar a mi hijo de la cárcel. Había planteado la nulidad de la declaración de un testigo, entre otras cosas, porque el chico en un primer momento había dicho que no estaba en condiciones de identificar a nadie y luego había señalado a Damián en la rueda de reconocimiento. También había interpuesto otros artilugios procesales que según él llevarían a Damián a la libertad. Yo sabía que mi hijo era inocente, pero por momentos sentía que Basualdo no creía en él. Una vez se lo pregunté. Me dijo que eso no era importante, que él iba a cumplir con su trabajo para brindarle la mejor defensa. No me quedé muy tranquila.

La causa había avanzado, ahora los chicos estaban imputados. El juez de garantías había hecho lugar al pedido de la fiscalía y había dictado la prisión preventiva para todos. Todo iba para peor. Incluso la carátula del expediente se había modificado: de Homicidio en riña había pasado a Homicidio agravado con alevosía.

Pedro y otros que no conocía estaban imputados como autores, Damián, Manuel y otro chico más, como partícipes necesarios.

Había muchos testigos, demasiados. La cuestión había comenzado en el boliche, según lo que decía la gran mayoría. Un empujón, una mirada, unas palabras subidas de tono y se había armado un breve lío que no había pasado a mayores. Eso había sido ya cerca de la hora de cierre. La cosa se puso peor al salir, en la calle y sin el control de los adultos que vigilaban por la seguridad del local. Los chicos se habían peleado. Pensé que eran dos grupitos que querían llamar la atención de las chicas que los acompañaban, era normal que se hicieran los machitos frente a ellas. Fui joven, vi de esas cosas. Pero esa no era la versión de los testigos. Los testigos decían que el chico muerto estaba solo con su novia, la rubiecita que lloraba, y que los otros, donde incluían a Damián, lo habían empujado y forzado a la pelea. Siete contra uno, eso era lo que decían.

No quise seguir pensando en eso, tenía que poner mi mente en lo lindo de ese día, en que vería a Damián. Por suerte estaba nublado, ya estaba harta de los días de calor sofocante que tenía que pasar

encerrada en casa. El cuello no aflojaba, apenas podía girar la cabeza. Llamé a la masajista que siempre me atendía y le pedí un turno urgente. La escuché vacilar y temí que ella también se apartara como si tuviera lepra; a esa altura las únicas personas que todavía seguían a mi lado eran mis padres. Me dio hora para dentro de tres días.

—Por favor —le dije, aunque no me gusta pedir por favor—, no puedo mover el cuello.

—Está bien, venite ahora que tengo un hueco.

El consultorio estaba a unas cuadras y fui caminando. No me dio un beso como solía hacer, la noté distante, profesional. Lo pasé por alto, me dolía demasiado y quería estar mejor para ver a mi hijo.

Me acosté en la camilla, boca abajo, y cuando empezó a masajearme me dijo:

—Es tremendo, Ada, estás llena de nudos.

—Son los nudos de la tristeza.

10

Basualdo nos había dicho que los chicos estaban en una celda de la alcaidía de la cárcel, entre dos pabellones evangélicos, tenían cuchetas y un inodoro para compartir. Eran vigilados por un oficial de alto rango del Servicio Penitenciario. Los tenían separados de los presos comunes, ni siquiera se cruzaban con ellos para ir a las duchas. No era por privilegio, era el caso más mediático desde el inicio de año y no se podían correr riesgos en cuanto a la seguridad de los detenidos, porque el resto de la población carcelaria se las tenía jurada por cobardes y nenes de mamá.

Nadie los quería, ni afuera, porque la sociedad ya los había condenado, ni adentro.

La cárcel estaba inundaba de periodistas que se abrían paso a codazos para lograr una foto o un testimonio. Quisieron entrevistarme, pero me negué, llevaba anteojos oscuros y bajé la cabeza para evitar que captaran mi cara. Recordé tantas filmaciones así, vistas en los noticieros o programas de chimentos, nunca creí que llegaría a estar en ese sitio.

En la entrada del penal me encontré con mi ex. Me hubiera gustado ver a Damián sola, pero era la primera visita y el padre no había querido ceder su lugar. Tuve que aflojar, además a Damián seguro le haría bien vernos a los dos.

Hicimos la fila, había otros padres, entre ellos estaba Gabi, también junto a su marido; pude notar la tensión cuando nos saludamos con las cabezas, a distancia.

Nos habían dado un horario fuera del horario de visitas normal, no sé por qué. Le había llevado a Damián sus galletitas preferidas, unos chocolates y ropa. Estaba desesperada por verlo, pero también tenía

miedo. ¿Y si lo habían golpeado y Basualdo no me había dicho? Mis peores temores me habían acosado durante noches enteras. No quería pensar en eso que tanto había deseado yo para los asesinos, no quería que le hicieran "eso" a mi hijo, un chico de diecisiete años, bueno, con sueños e ilusiones.

Damián siempre había tenido proyectos, algunos posibles, en su gran mayoría irrealizables. A veces deliraba, como solía decir Ramiro cuando su hermano contaba algún plan. Y sí, la mayoría eran cosas insostenibles, no porque no pudieran hacerse sino porque requerían de un capital que él no tenía y que nadie estaba dispuesto a poner por él. Mejor buscate un trabajo de temporada, como hice yo, le decía Ramiro, pero Damián no era de los que se esforzaban demasiado, y menos en verano, cuando su mejor plan era agarrar la bicicleta e irse a la playa con sus amigos. Confiaba en que cuando tuviera dieciocho el padre le iba a comprar un auto si no se llevaba ninguna materia, como le había prometido. Y en busca de eso, el año anterior Damián había terminado con todo aprobado, sí, en diciembre y con cuatro.

Sabía que a Ramiro eso le molestaba, a él nadie le había comprado el auto, se lo había pagado solito luego de sus temporadas en la verdulería. Y si mi ex finalmente le compraba uno a Damián, la brecha entre ellos continuaría agrandándose, tanto que temía que alguno de los dos se cayera dentro de ella.

Cuando nos tocó a nosotros nos hicieron pasar a salas separadas para revisarnos. Tuve miedo de que quisieran hurgar en mis partes íntimas. Le había preguntado a Basualdo, no sin vergüenza, y él me había asegurado que eso no iba a ocurrir, que había un protocolo de requisa a familiares y visitas donde expresamente se prohibía ese tipo de tratamiento. Pese a ello, cuando a mi ex se lo llevó un oficial a una salita y a mí una mujer policía me invitó a entrar a otra, tuve miedo.

No pasó nada, o lo que pasó no fue lo que yo temía. Me revisaron como en los aeropuertos y controlaron las cosas que le llevaba a Damián.

Y llegó el momento de verlo. Lo esperamos en un cuartito que solo tenía una ventana en lo alto por la que apenas filtraba la luz de la tarde. Una mesa, dos sillas de un lado, una del otro.

La puerta se abrió y lo vi caminar hacia nosotros. Se me hizo un

nudo en la garganta y empecé a llorar. Me había propuesto no hacerlo en su presencia, pero no pude. Corrí hacia él y lo atropellé. Lo abracé y sentí su espalda rígida, como siempre que lo abrazaba. Damián no era cariñoso, al menos no como Ramiro, más propenso a los abrazos. Siempre me repetía que él no era demostrativo, que no necesitaba estar todo el tiempo diciendo que me quería, que él era así. Y yo le retrucaba que no lo quería ver efusivo cuando tuviera una novia, porque le iba a hacer pasar vergüenza.

Tuve que soltarlo porque la presencia de mi ex reclamaba su espacio. Con él tampoco se aflojó y yo aproveché para mirarlo. Estaba bien, al menos físicamente no tenía marcas de golpes ni nada. Más flaco quizás, o eso me pareció, y más alto. Estaba en etapa de desarrollo todavía.

Fue él quien se soltó. Nos sentamos. Me quedé muda. Tantas cosas que quería decirle y de repente no me salía nada. Mi ex le preguntó cómo estaba, si necesitaba algo.

—Salir de acá —dijo.

Yo seguía con lágrimas en los ojos, no lograba recomponerme.

—¿Te tratan bien? —logré articular. Él asintió, elevó los hombros.

—¿Tuviste algo que ver? —disparó mi ex.

—¿Cómo le preguntás eso? —salté—. ¡Claro que no tuvo nada que ver! —Miré a Damián—. Quiero escucharte a vos. —Estiré las manos y agarré las de él antes de que me las quitara, estaban frías; como yo, él tiene mala circulación—. Quiero escuchar tu versión. No te voy a retar por haberme mentido y salido sin permiso.

Y su versión fue la que ya me había dicho el abogado. Estaban en el boliche, un empujón, una mirada, algunas palabras subidas de tono, nada importante. Después, cuando salieron, ellos se estaban yendo y el chico muerto les gritó que eran unos cagones, ellos se volvieron, se agarraron a las piñas y la cosa terminó como terminó.

—Pero el chico estaba solo con la novia —dijo mi ex—, y ustedes eran siete.

—No estaba solo, había más con él, que luego se borraron.

Le creí. Lo miré a los ojos, esos ojos casi transparentes que tiene, de un verde agua claro y límpido. No mentía. Yo sabía cuando mis hijos me mentían. Aunque de las pruebas recolectadas no surgieran amigos

del chico muerto, aunque en ninguno de los testimonios habían aparecido los compañeros de la víctima, yo le creí. Era mi hijo.

11

Todo avanzaba rápido. Siempre había escuchado que los juicios tardaban años y muchas veces morían por prescripciones o vencimiento de plazos, pero el juicio contra Damián parecía haber adquirido una velocidad extrema.

Cada día aparecía un nuevo testigo que complicaba más la situación de los chicos, más celulares con imágenes horrorosas, gritos, y el pedido de auxilio de la novia rubiecita. Ningún video incriminaba directamente a Damián y eso reforzaba su inocencia.

Nos permitían verlo dos veces a la semana y con mi ex nos turnábamos para no tener que ir juntos. Yo necesitaba ver a mi hijo a solas, no era amiga de mi ex por más que esa batalla la teníamos que pelear de a dos, porque no nos quedaba otra.

Cuando lo visitaba, Damián se ponía nervioso, no sabíamos de qué hablar y tuve que reconocer, no sin tristeza, que mi hijo era un extraño para mí. Le preguntaba cómo estaba, si necesitaba algo, y él repetía que necesitaba salir de ahí. ¿Te tratan bien? ¿De verdad te tratan bien? Mi miedo a que le hicieran algo tremendo que lo marcaría para siempre no se disipaba, pero él insistía en que sí, que los trataban bien.

No preguntaba por nada de lo que ocurría afuera y me di cuenta de que quería que pasara el verano. Damián amaba el verano, la playa, el surf, y estar encerrado con semejantes días debía ser una doble tortura. Le pregunté cómo estaba Manuel, siempre me había parecido un chico débil de carácter y quizá la estaba pasando mal. Manuel va a salir, me dijo, y noté resentimiento en su mirada. Vos también vas a salir, le dije, y estiré la mano para tocar la suya, siempre esquiva. Él va a salir ahora, masticó. ¿Cómo que ahora? Entonces vos también vas a salir. Negó con la cabeza. La puerta se abrió para indicar que había

terminado el horario de visita. ¿Cómo que Manuel va a salir ahora?, repetí. Damián se levantó y caminó hacia la puerta, apenas giró la cabeza para decir: él tiene un buen abogado. Y se fue. Sin un beso, sin un abrazo.

Salí de ahí confundida, él lo había dicho con mucha certeza. Manuel iba a salir. En la calle lo llamé a Basualdo, y él me tranquilizó diciéndome que había pedido la prisión domiciliaria para Damián, dado que el procesamiento y la prisión preventiva no estaban firmes. Había apelado la prisión preventiva en base a la nulidad de una declaración testimonial y una rueda de reconocimiento. ¿Por qué le darían la prisión domiciliaria? Él no está enfermo ni es viejo, dije. Basualdo me explicó que había argumentado que Damián corría peligro en la cárcel debido a las amenazas de los otros presos, porque el caso era demasiado mediático y las presiones venían de todos lados. Al escuchar sus palabras empecé a transpirar y le grité, sin importarme que la gente en la calle me mirara, que cómo no me había dicho antes que mi hijo corría peligro. Me escuchó sin interrumpirme, seguramente estaba acostumbrado a las madres desbordadas, y cuando terminé mi diatriba me dijo que era una argumentación legal, que mi hijo estaba y estaría bien.

Caminé en dirección a mi casa y al intentar cruzar el centro vi la marcha. La marcha de todas las semanas. La madre sufriente, el padre furioso, la noviecita rubia bañada en lágrimas. Los carteles en blanco y negro pidiendo justicia. Noté, no sin culpa, que ya no me conmovía tanto como al principio. Uno se acostumbra, y a mí me dolía mi hijo.

Llegué y le hice de comer a Ramiro. Cuando vino, cenamos en silencio. Su negativa para visitar a su hermano había abierto una herida entre los dos. Le había dicho cosas feas y por más que luego le había pedido disculpas, él todavía estaba dolido. Y yo también. No me gustó cuando me dijo que yo no conocía a mi propio hijo. ¿Qué querés decir?, le había preguntado. Nada, mamá, no hay más ciego que el que no quiere ver.

Me sentía sola, mi único bastón se había quebrado. No tenía hermanos y a mis padres los prefería lejos. Cada vez que llamaban para venir a vernos yo les ponía una excusa. Ellos tampoco quisieron ir a visitar a Damián a la cárcel, mamá decía que no podría parar de

llorar y que eso no le haría bien a su nieto, y papá renegaba de todo lo que tuviera uniforme. Pero le mandaban cosas. Mamá le preparaba galletitas con chocolate o le compraba golosinas, como si todavía fuera un chico.

Arrancó el mes de marzo y lo recibí con alivio. El calor empezaría a menguar y yo comenzaría con la reinscripción de mis alumnas en la escuela de modelos, al menos tendría la cabeza ocupada en otra cosa.

12

La pericia scopométrica indicaba que la zapatilla de Pedro había impactado en la cabeza del chico muerto. Más pericias realizadas en los laboratorios del Ministerio Público complicaban a los detenidos. Los resultados del ADN sobre la camisa de uno de los chicos decían que había sangre de la víctima mezclada con la sangre del imputado. Por suerte no había nada directo que señalara a Damián en la escena, excepto esas declaraciones testimoniales y la rueda de reconocimiento que Basualdo había impugnado.

Ahora venían las pericias psicológicas y psiquiátricas, que yo sabía que iban a salir bien, porque Damián era normal. Aunque Basualdo decía que era mejor que salieran mal, así tenía algún tipo de atenuante. Sus palabras confirmaban que él no creía en la inocencia de mi hijo y eso me llenaba de bronca. Por momentos dudaba de si había hecho bien, quizá debería haber aceptado la ayuda de Augusto Pérez Bulnes.

Dormir era una pesadilla, no lograba conciliar el sueño y tuve que recurrir a las pastillas. Necesitaba estar lúcida para poder trabajar, necesitaba trabajar, ver gente linda, como mis modelos, y olvidarme un poco de todo aquello.

Llegó el día de la apertura de mi escuela y fui para allá con una ilusión. Por lo general el movimiento arrancaba temprano, las chicas llegaban en grupos, mostrando sus bellezas y sonrisas perfectas. Algunas iban con las madres, que querían saber sobre el mundo del modelaje. Y a mí me encantaba contarles, me hubiera gustado tener una hija que siguiera mis pasos. El curso abarca desde el desarrollo de la personalidad para poder proyectar la imagen, hasta el mejoramiento de la actitud y postura corporal para fortalecer la confianza, les decía a

las madres. Cuando preguntaban por el contenido, yo enumeraba: postura, pasarela, formas y estilos, despliegue en escena, técnicas de modelaje, tipos de pasada, prácticas de desfile, buenos modales, armado de book, automaquillaje y peinado, nutrición y alimentación adecuada, participación en el desfile de fin de año de la escuela. Notaba que las madres se tranquilizaban cuando les mencionaba lo de la nutrición y buena alimentación, el fantasma de la anorexia sobrevolaba a las aspirantes a modelo.

Pero ese día no ocurrió nada de eso. El teléfono permaneció mudo y el timbre nunca sonó. Varias veces verifiqué la línea, incluso llamé desde el celular. Nada. Había hecho la publicidad de rigor, aunque no hacía falta porque era la única escuela de modelos de la ciudad y cada año se llenaban los cupos en el primer día de inscripción.

Me quedé durante horas allí, incluso más allá del horario estipulado. No fue nadie.

Volví a casa desinflada. Ramiro ya había llegado y debió verme muy mal, porque sin palabras se acercó y me abrazó. Ese gesto fue suficiente para que me largara a llorar como una nena. Ya va a pasar, me dijo, y le agradecí la tregua, aunque cada día sentía que todo iba para peor.

Al día siguiente era día de visita y me tocaba a mí. Armé un paquetito de cosas ricas para llevarle a Damián, lo veía muy flaco, y fui para la cárcel. Ya conocía la rutina y el protocolo de memoria, ni siquiera me molestaba pasar por todo eso. A veces me cruzaba con otros padres, nos saludábamos con la cabeza, incluso nos sonreíamos e intercambiábamos unas palabras. Estábamos unidos en esa desgracia.

Supe que Damián estaba enojado no bien vino hacia mí. Como siempre, me apresuré hacia él y abracé su espalda rígida. Lo solté enseguida. La clásica pregunta de cómo estaba no tenía sentido, estaba mal, no podía estar bien en el encierro. Le pregunté qué le pasaba. Pasa que Manuel salió, me dijo. En otro escenario eso debería haberlo puesto contento, Manuel era su amigo. Voy a hablar con Basualdo, le dije, él también pidió para vos la prisión domiciliaria. Manuel tiene un abogado con huevos, me dijo. No me gustó su mirada, pero me puse en su lugar. ¡Yo no hice nada, mamá!, dijo casi gritando. ¡Tengo que salir de acá! Quise ser fuerte, pero las lágrimas salieron solas. Me

levanté, rodeé la mesa y lo abracé. Él se aflojó y hundió la cabeza en mi estómago. Damián no lloraba, nunca lo hacía, ni siquiera de chiquito. Mi hijo se estaba ahogando por dentro y supe que haría cualquier cosa para sacarlo de ahí.

13

Me fui de la cárcel con un nudo en la garganta, no podía ver a Damián en ese estado. Manejé ausente y cuando llegué a la ciudad estacioné frente a una plaza. Bajé y me senté en uno de los bancos. Había otros bancos, y otras madres. Ellas eran felices, sonreían y miraban a sus hijos jugar en las hamacas y en el sube y baja. Me pregunté si por sus cabezas habría pasado alguna vez la posibilidad de que uno de sus hijos estuviera preso. Preso por matar a otro. Pensé en la madre del chico muerto, cuya imagen doliente seguía en los medios y en las redes. Seguramente ella nunca se había imaginado a su hijo muerto. Muerto asesinado por otros chicos de su misma edad.

Me acordé de cuando mis hijos eran chiquitos e íbamos a la plaza. En esa época vivíamos en un barrio residencial, con casas amplias, enormes ventanales con vista al parque, árboles y veredas verdes. Éramos una familia todavía. A dos cuadras había una plaza que ocupaba cuatro manzanas. Tenía un espacio para juegos, canchas de básquet y hasta un enorme pelotero para que los chicos subieran a saltar. En una de las esquinas alquilaban caballos y ponis y a Damián había que atarlo para que no se escapara para meterse entre sus patas. Le encantaban los caballos. Ramiro prefería el aro de básquet y aunque la altura no lo favorecía él lanzaba la pelota, que nunca embocaba.

Los fines de semana con mi ex nos dividíamos a los chicos, en esos tiempos yo me iba detrás de Damián y le alquilaba un caballo y él se iba con Ramiro a tirar al aro. Después nos juntábamos en la zona de hamacas y mientras ellos jugaban nosotros aprovechábamos para ponernos al día con charlas atrasadas, cuentas y proyectos.

Me pregunté en qué momento había perdido la conexión con mis

hijos. La adolescencia había sido una etapa difícil, de carencias para ellos y de exigencias por mi parte, las que se habían agudizado al estar sola. Me había respaldado en ellos, quizá demasiado, en especial en Ramiro. Y Damián se había alejado más todavía.

Pero nada de eso tenía que ver con lo que estábamos viviendo en ese momento.

Damián era un chico bueno, ambos lo eran. Distintos, sí, pero buenos.

El caso del chico muerto no era el primero, hubo otros antes. Yo siempre me resistía a interiorizarme, me causaba terror pensar en que a alguno de mis hijos le pudiera pasar algo así. Pero hablamos del tema, era necesario. Siempre les aconsejé tomar distancia de las peleas. Y ellos prometían que lo harían. Me había cansado de hacerles repetir que, aunque quedaran como cobardes, se alejaran de las zonas de violencia. Y ellos lo habían repetido. Quise creer que no era un discurso para conformarme. Quise creer que lo habían cumplido.

Los nenes en la plaza se habían ido tras sus madres. El cielo empezaba a oscurecerse y me vi sola. Un viento frío anticipaba el otoño.

Me puse de pie y volví al refugio de mi auto. Tomé el celular y llamé a Basualdo para enrostrarle que Manuel estaba libre. No está libre, Ada, me explicó, está excarcelado, pero sigue procesado por el cargo de participación necesaria. Le reclamé lo mismo para Damián, bajo la figura que fuera, ya no me importaba. Él me prometió que lo conseguiría. Ya pedí su excarcelación, Ada, pero hay algunas pruebas que lo involucran un poco más. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas?, pregunté. Testigos, me dijo, apareció uno nuevo. Los testigos brotaban como hongos día a día, y aunque Basualdo había pedido la nulidad de varias declaraciones no había avanzado nada. Ya no me importaba qué figura procesal utilizara, quería a Damián fuera del penal.

Llegué a casa, Ramiro no estaba. Me había dejado una nota, cenaba con amigos.

Me pareció extraño que no me hubiera mandado un mensaje.

Me tiré en el sillón y cerré los ojos. Me dolían la cabeza y el cuello, tendría que volver a la masajista.

14

Llamé a Gabi, pero no me atendió. Era lógico, estaría disfrutando de su hijo luego de casi dos meses de separación. Meses que se me hacían eternos y que parecían no tener fin. Le mandé un mensaje. Me alegro de que Manuel ya esté de nuevo en casa, le dije. Se marcaron las dos tildes, pero no me respondió.

Temprano fui para la escuela de modelos, con la esperanza de que alguien se fuera a inscribir. Toda esa semana era de inscripciones, la próxima llegarían las aspirantes para el curso de ingreso, las profesoras y la secretaria, un despliegue de belleza y buenos modales. Pasé toda la mañana pegada al teléfono, verificando como el día anterior que la línea no estuviera descompuesta, que el timbre sonara. No fue nadie.

Recorrí el lugar, era un espacio luminoso, pero en ese momento una horrenda sombra se había posado sobre él. Empecé a pensar que quizás ese año no habría chicas que quisieran estudiar en mi escuela. El caso del chico muerto había sido una bomba expansiva que había llegado hasta mí, hasta mi nombre, y lo había ensuciado hasta dejarme en el barro. Nada quedaba de mi pasado de reina, mi corona se había estrellado.

Ya no importaba, pero sí me preocupaba mi futuro. La escuela de modelos era mi trabajo, de allí venían mis ingresos. Pensé en Ramiro, que dependía de mí durante el invierno, en la casa que había que mantener, los autos, la obra social, y un sudor helado me recorrió la espina dorsal. Me imaginé sin recursos, consumiéndome los pocos bienes que había logrado y viviendo de nuevo con mis padres. Eso sin pensar en Damián.

Al mediodía volví para casa, no tenía sentido permanecer allí a la espera de nada. Quizá si hiciera publicidad extra, algún paquete de

promoción, la gente suele engancharse con los dos por uno.

Ramiro me había enseñado a hacer *flyers* para la escuela, con tal de que no lo molestara pidiéndole cartelitos se había pasado toda una tarde de agosto acompañándome en el paso a paso. Yo había anotado todo en un cuaderno y al fin había aprendido.

Busqué algunas fotos, armé la promoción de 2x1 y saturé las redes. No hacía falta, como años anteriores, imprimir volantes, todo era a través de Instagram y Facebook. Postergué la inscripción una semana más y les mandé mensajes a la secretaria y a las profesoras para que estuvieran al tanto. Todas me contestaron con un seco ok. Caí en la cuenta de que desde que había pasado lo de Damián no me habían llamado, ni siquiera un mensaje para preguntarme cómo estaba. No éramos amigas, pero durante todo el año trabajábamos codo a codo, y creía que me consideraban una buena empleadora.

Traté de no pensar en ellas y de concentrarme en un plan B. Si la escuela de modelos se iba a pique yo debía tener una alternativa. Y fue en ese momento cuando recordé una frase que siempre repetía mamá: no hay que tener todos los huevos en la misma canasta. Y yo los tenía.

No sabía qué hacer, el tiempo se estiraba como chicle y no se me ocurría nada. No tenía ánimo para planificar nada. La casa vacía se me hacía insoportable y pensé en todas las veces que había deseado estar sola. Sin ruidos, sin puertas abriéndose y cerrándose todo el tiempo. Sin la típica frase ¿qué hay de comer? Ese silencio me parecía opresivo, incluso doloroso. Ansié las rutinas del verano anterior, Damián entrando y saliendo sin horario fijo, con su tabla de surf y su traje con arena, con su bicicleta y sus recurrentes pérdidas del candado. Sus mensajes sobre la hora, voy a comer con los chicos, o me quedo a dormir en lo de Manu. A veces hacía tantos planes para el mismo día que yo me perdía y no sabía dónde estaba. Tenía tanta energía que me abrumaba. Soy joven, mamá, ¿qué querés que haga? ¿Que me quede acá encerrado con este día? Era como un torbellino, un viento que arrasaba con todo. Tan distinto a Ramiro, siempre tan serio y con un plan por vez. Damián tenía amigos hasta debajo de las piedras, y yo le decía que era como Roberto Carlos. Él no entendía, claro, era de otra generación. Ramiro en cambio tenía uno o dos, era más estricto en el concepto de amistad. El resto eran compañeros, del

trabajo, de básquet, de la facultad.

El verano ya terminaba y Damián se había pasado la mitad de él encerrado. Me dolía a mí, para él debía ser terrible. Sin la playa, sin sus amigos, sin el grupito de chicas que se le pegaban como moscas y que él parecía no advertir. Porque Damián era hermoso, y no lo digo como madre, porque las madres vemos hermosos a nuestros hijos. Él era hermoso de verdad y lo reafirmaba el harén que lo rodeaba durante los veranos. Él no las traía a casa ni las invitaba a la playa; excepto a Magda, no le conocía amigas. Pero yo sabía porque todo el mundo me lo contaba. Lo vimos a Damián con un montón de chicas en tal balneario, o en la costa, o en el parque.

Recordé el día que había tenido esa charla con ellos. Con los dos. Una charla incómoda que debería haberles dado el padre y que preferí darles yo, porque mi ex, con su machismo, no les daba buenos consejos. Para él estaba bien que "la pusieran" en cualquier parte. Y a mí me preocupaba tanto un embarazo como una enfermedad. El sida y las venéreas seguían siendo un fantasma para mí.

Mi madre nunca había hablado conmigo de esos temas, yo había sido más bien autodidacta, pero no quería que mis hijos crecieran sin la charla y después tener que llorar sobre la leche derramada.

Me acuerdo que los senté a los dos un mediodía de verano, antes de que Damián empezara la escuela secundaria. Agarré un libro de biología y busqué la parte de reproducción sexual y enfermedades. Cuando empecé a hablar y vieron para dónde iba el tema se pusieron colorados. Yo seguí como si fuera lo más normal del mundo, aunque estaba muy nerviosa. Ya me había sido difícil comprar los preservativos, nunca lo había hecho antes. Primero les hablé de la cuestión biológica, cómo se hacían los bebés; después pasé a la parte de riesgos si no se cuidaban. Y ahí entró en escena el envase de desodorante que tenía a mano. Los chicos estaban muy incómodos, yo también, pero simulaba. Ninguno dijo nada, ni una pregunta, ni un comentario cuando agarré el paquete de profilácticos, saqué uno y lo deslicé sobre el tubo de Impulse que había puesto sobre la mesa. Le aprietan la punta para que no quede aire y se pone, les dije. Estaban rojos y sudados, mudos. ¿Alguna pregunta? Negaron. Bueno, cualquier duda, me avisan. Pero siempre deben tener tres en la billetera, les dije,

uno para perder, uno para prestar y uno para usar.

En el principio de sus adolescencias ese era mi mayor miedo. Jamás imaginé el escenario que estaba viviendo, con uno de mis hijos preso.

15

El llamado de mi ex me despertó temprano. Había logrado dormir gracias a las pastillas que estaba tomando, si no, no había manera de que pegara un ojo. Decime que hay buenas noticias, le dije sin siquiera saludarlo. No, me dijo, las noticias son que Basualdo no está haciendo nada y que quiero que hables con tu amigo. No es mi amigo, le dije mientras me sentaba en la cama y encendía el televisor; si él me llamaba así, tan exaltado, era porque algo había pasado.

Las placas en rojo con letras blancas se repetían en todos los canales de noticias: los resultados de las pericias psicológicas de dos de los detenidos decían que habían matado por placer. El abogado de la familia del chico muerto, el otro abogado de renombre de la ciudad, también estaba en los medios. Apagué y volví a concentrarme en lo que mi ex me decía. No escuché lo que dijiste, lo interrumpí. Que Basualdo es un pelotudo que no está haciendo nada. Y que vamos a contratar a Pérez Bulnes. Cortó. Apoyé la cabeza contra el respaldar y cerré los ojos. El dolor de cabeza y de cuello no me abandonaba.

Respiré hondo y prendí otra vez el televisor. Y ahí estaba, el otro abogado mediático de la ciudad, hablando de crimen en manada, de sadismo y de placer por matar. Había uno que estaba siempre grabando, decía, refiriéndose a los chicos detenidos, y ese es un extremo muy importante, porque además hay antecedentes, hay otros videos de estos mismos asesinos, de golpizas propinadas a otros y subidas a las redes, que habla de una deformación moral que hace de esta gente asesinos diferentes. Esto es calificante, decía el abogado querellante. Fue un asesinato inexplicable, matar por matar con una agresividad que a uno le llama la atención, continuaba diciendo, y que ya habían esgrimido en casos anteriores. Según los especialistas que

elaboraron el informe médico, los detenidos tienen rasgos psíquicos de personas que suelen recurrir a las agresiones físicas.

Apagué de nuevo. ¿Qué era eso de que había otros videos de otras agresiones? Seguramente eran pruebas inventadas, todo mentira. Damián no era violento, quizá machista y un poco xenófobo —eso se lo debía a su padre—, tenía que reconocerlo aunque no me gustara, pero de ahí a la violencia había una gran distancia.

Recordé, no sin malestar, que más de una vez le había llamado la atención por decir frases como negros de mierda, o judíos roñosos, o hablar mal de las mujeres. Tenés una madre, y una abuela, solía repetirle, y él se reía diciendo que era en broma. Todo eso le venía del padre, que amaba lo ario. Ese fue uno de los motivos de nuestras largas discusiones, su apoyo al nazismo y a las dictaduras. Incluso me enteré, años después de estar casada y ya con los chicos, que él me había elegido porque yo era rubia y de ojos claros, para asegurarse una descendencia igual. Un horror. Cuando me lo confesó creí que era un mal chiste, pero no, era verdad. Y todo eso se lo había inculcado a los chicos, que eran rubios y de ojos claros como él quería, y al parecer la idea había echado raíces en Damián. Sin embargo, a pesar de esto, mi hijo no era violento.

Además, él era carne y uña con Manuel, y Manuel había salido. ¿Por qué Damián estaba todavía ahí? Estaba convencida de que a ambos los habían agarrado por error. Error de estar en ese grupo, porque se había confirmado lo de Pedro y su patada, aunque a mí me costara creer eso. Sabía que Damián no había tocado a ese chico, al chico muerto cuyo nombre había desterrado de mi mente. La imagen de su madre ya no se veía en las redes, sí la del padre, enojado, furioso, con esa mirada de ganas de matar. Por un momento me puse en su lugar y pensé que si a mí me tocaban un hijo yo también tendría ganas de matar. No creo que anduviera por ahí llevando carteles y participando de marchas. Compraría un arma y haría justicia por mano propia. Y yo no era una persona violenta. ¿Qué diría una pericia psicológica en esa situación?

Llamé a Basualdo, no me atendió. Era la segunda vez que no me atendía. Tampoco escuchaba mis mensajes, o si lo hacía yo no me enteraba porque nunca se marcaban las dos tildes azules.

Necesitaba que alguien me explicara qué estaba pasando. Necesitaba hablar con Damián, verlo, abrazarlo y que me dijera que todo era mentira. No era día de visita, tendría que esperar.

Me levanté y puse agua a calentar. Ramiro dormía, había terminado ya su trabajo de temporada y aprovechaba para descansar antes de empezar la facultad. ¿Lo alcanzarían también a él los efectos del caso? Nuestra vida estaba deshecha, ya nada volvería a ser igual. Aunque me resistiera a admitirlo estábamos cada día más solos. Mis amigas no me llamaban, tampoco me enviaban mensajes. La escuela de modelos iba rumbo a desaparecer, nadie se había inscripto ni siquiera con la promoción de 2x1. Los vecinos habían dejado de saludarme, al menos los dos o tres con quienes antes me saludaba, aunque ni siquiera supiera sus nombres. Pero mi rostro y el de Damián en todos los noticieros habían hecho el trabajo.

Rogué para que Ramiro se salvara de todo eso, aunque su apellido no era común. En ese momento deseé que mi ex se hubiera llamado González, o Fernández, y no con ese apellido tan pomposo al que él le adjudicaba raíces arias. No quería ver a Ramiro hundido en el barro de un asesinato. Por más que yo tenía fe ciega en Damián y confiaba en lo que él me había dicho —yo no tengo nada que ver, mamá—, no quería que Ramiro sufriera los daños colaterales de ese error.

Mientras me preparaba el café por primera vez en mucho tiempo coincidí en algo con mi ex: había que recurrir a Pérez Bulnes.

16

Tomé coraje y lo llamé. Me había quedado registrada su llamada. Me atendió enseguida y pude sentir el regocijo en su voz, como si dijera "al fin viniste a mis pies". Al menos tuvo la deferencia de no humillarme y él mismo me invitó a su oficina para esa tarde. Allá estaremos, le dije, para que supiera que no iría sola. Corté con él y le avisé a mi ex. Después me preparé para el encuentro, no sería nada fácil estar en el mismo ámbito con dos seres que me resultaban desagradables.

Ramiro se levantó y nos sentamos a almorzar. Cuando vio las noticias —Ramiro siempre ponía el noticiero a la hora de la comida pese a que ya me había cansado de pedirle que no me hiciera ver esas cosas— me preguntó si eso era cierto. ¿A vos te parece que es cierto? ¿Vos creés que tu hermano es un asesino?, le grité. No lo digo yo, mamá, y cruzó los cubiertos en el plato, lo dicen todos los canales. Bajé la cabeza, cansada.

Necesitaba que alguien más que yo creyera en Damián. ¿Por qué no confiás en tu hermano? Porque lo conozco, mamá, conozco a sus amigos. ¿Y cómo conocés a sus amigos? Si vos no salís nunca con él, dije tratando de calmarme; no quería pelear. Porque los conozco, mamá, no hace falta que salga con ellos. La ciudad es chica, todo está en las redes. ¿Las redes? ¿Me vas a decir ahora que los chicos suben sus asesinatos a Instagram? Otra vez estaba exaltada. Me miró con gesto de hartazgo. No hay más ciego que el que no quiere ver, me repitió. Lo que pasa es que a vos te tiene bloqueada.

¿Bloqueada? Sí, mamá, y a mí también, pero mis amigos me cuentan. ¿Y por qué nunca me contaste nada? Levantó los hombros. ¿Para qué? Si no ibas a creerme. Pero… decime, Ramiro, ¿vos creés

que Damián es capaz de algo así? Solo no, pero en grupo… Se detuvo. Debió haber visto tal dolor en mi mirada que me tuvo piedad. Esperemos, me dijo y me tocó la mano, este caso es muy mediático, tampoco hay que creer todo lo que dicen los noticieros.

Pensé en mamá, mamá y sus dichos. Cuando el río suena, agua trae. Mis padres venían cada tanto, pero noté que les hacía mal verme, en especial a ella. Yo no era buena compañía para nadie, ni siquiera yo misma me aguantaba. Intenté ponerme en su lugar, lugar de abuela, pero el mío era más difícil, nada se compara con el lugar de una madre. Se me cruzó por la mente la madre del chico muerto y la aparté de inmediato. No quería verla, no quería saber de ella. Su desgarro era también mi desgarro.

Cuando me quedé sola fui en busca de una libretita donde antes anotaba los números de teléfono, cuando se usaban los teléfonos fijos. Estaba en el cajón de mi mesita de luz, de tapas negras y hojas amarillentas. Hacía mucho que no la usaba, allí estaba el pasado.

Busqué el teléfono de la psicóloga que nos había ayudado cuando mis hijos eran chiquitos, antes del divorcio, cuando mi ex decía que Ramiro tenía toda la pinta de ir para maricón. ¿Maricón?, le decía yo, ¡tiene cinco años! Pero él insistía en que había que llevarlo a un psicólogo, porque no era normal que a su edad no le interesara la pelota de fútbol y le gustaran los rompecabezas. Y si es maricón, ¿qué problema hay? No quiero un hijo así, decía, y cerraba toda posibilidad de diálogo.

Algunas hojas estaban pegadas, no me acordaba el apellido de la psicóloga, y no figuraba ni en la S ni en la P, de modo que tuve que mirar hoja por hoja hasta reconocer su nombre. Sin prestar atención a que era la hora de la siesta, agarré el celular y la llamé. Sí, claro que se acordaba de mí, y de Ramiro, cómo no, un chico tan inteligente. Me dio cita para la tarde siguiente, antes del horario de visitas para ver a Damián.

17

Me encontré con mi ex en la vereda del estudio jurídico de Pérez Bulnes. Dejame hablar a mí, me dijo mientras subíamos en el ascensor. Entonces para qué me hiciste venir, le pregunté. Porque el tipo siempre te tuvo ganas, al menos que te vea y nos haga un descuento. Me sentí un pedazo de carne al que llevaban ante una fiera. Voy a hablar lo que se me dé la gana, le dije.

Salimos del ascensor y nos recibió la secretaria. En contra de lo que había esperado era una mujer mayor de aspecto serio. El estudio también me sorprendió, imaginaba algo más ostentoso, y si bien tenía un mobiliario excelente, era sobrio.

Me pregunté si nos cobraría la consulta, no era el tipo de abogados que atiende gratis. Yo había llevado unos cuantos pesos y esperaba no tener que pasar por la vergüenza de que no nos alcanzara, porque suponía que mi ex también habría llevado dinero.

La secretaria nos preguntó el apellido, miró un cuaderno y nos hizo sentar. Si zafamos de la consulta es porque nos va a vacunar después, dijo mi ex por lo bajo. Suspiré ante su comentario inadecuado.

Aguardamos un rato hasta que la puerta se abrió y él mismo salió a recibirnos. Sonrisa perfecta, traje impecable de diseño exclusivo, ojos de lince. Nada había cambiado en él. Incluso las tenues canas en sus sienes lo hacían atractivo. Porque era atractivo, aunque a mí no me cayera bien.

Bienvenidos, dijo, y tendió su mano, primero a mí, luego a mi ex. Pasen, pónganse cómodos.

Nos sentamos y nos ofreció café, que ambos rechazamos. Me imagino por lo que están acá, dijo. Sonrió y me miró a mí, y en esa sonrisa parecía decirme: “tendrías que haber aceptado mi ayuda dos

meses atrás". Después miró a mi ex, para darle la palabra. Y mi ex habló. ¿El doctor Basualdo ya está al tanto de que quieren cambiar de letrado?, preguntó. No, esperábamos a que usted —mi ex lo trataba de usted— aceptara el caso. El caso lo acepto, claro que sí, ya estoy en él. Como sabrán, uno de los detenidos, que tengo entendido es amigo de su hijo, ya está en su casa. Y en breve será sobreseído. Presionaba, sabía que presionaba para que lo contratáramos. Lo sabemos, y por eso estamos acá, dijo mi ex, porque nuestro hijo está en igual situación que Manuel, partícipe necesario. Tenemos que hablar de mis honorarios, dijo Pérez Bulnes, y a mí se me contrajo el estómago. Si Basualdo se había quedado con la casa de fin de semana, ¿qué pretendería esta ave rapaz? Nos dijo la cifra. Inalcanzable. Ni siquiera vendiendo los dos departamentos que tenía podía llegar a pagarle. Mi ex se quedó sin palabras. Lo vamos a pensar, dije para salir del paso. ¿Tiene que ser en un pago? Sabía que mi pregunta era idiota, pero quizás había alguna posibilidad. No piensen en el dinero ahora, dijo con su mejor sonrisa, ahora piensen en su hijo. Se puso de pie y dio por finalizada la reunión. Cuando tomen una decisión, me avisan.

Salimos de ahí aturdidos. Era demasiado dinero el que pedía, dinero del que no disponíamos. Ni yo ni mi ex. Él tenía dos propiedades también, pero eran cosas menores. Pensé en mi escuela de modelos que iba camino al precipicio, en el alquiler que debía, el contrato a rescindir. En la secretaria y las profesoras que tendría que despedir e indemnizar y quise morir.

Nos separamos sin tomar ninguna decisión. Pensé que quizá Basualdo podría hacer algo, copiar la estrategia de Pérez Bulnes. Volví a llamarlo y esa vez me atendió. Le dije todo a borbotones, casi se lo vomité. ¿Cómo es que Manuel salió y mi hijo no? ¿Acaso no dijo usted que estaban en la misma situación procesal? ¡Haga algo! ¡Haga lo que hace Pérez Bulnes! Me dejó desahogarme, como lo había hecho la vez anterior. Cuando terminé de gritar me dijo: para hacer lo que hace Pérez Bulnes necesito dinero, dinero en efectivo. ¿O acaso cree que él va por la vía procesal?

18

Lo que me había dicho Basualdo me hizo reaccionar. No había artilugios procesales para sacar a los presos. Resultaba evidente cuál era el método de Pérez Bulnes. Me sentí idiota. Y tuve miedo. ¿Entonces Manuel no era inocente? Continúa procesado, me había dicho Basualdo cuando yo le había reclamado la libertad de Damián, solo que está excarcelado.

Tomé coraje y llamé a Pérez Bulnes. No me anduve con rodeos. Decime cuánto hay que pagar para que Damián salga ya, por el resto te puedo dar un departamento, le dije. ¿Qué tal si cenamos juntos y te explico bien?, fue su respuesta. ¿Cenar? Sí, Ada, cenar, soy un hombre que cena. Sé que no vas a querer que te busque por tu casa, te paso la dirección del restaurante por mensaje y te espero ahí a las nueve. No me dio tiempo a responder y cortó. No quería vender mi alma al diablo, no quería cenar con él. Pero ¿qué no hace una madre por un hijo?

Ni siquiera me tomé el trabajo de cambiarme, quería que él se diera cuenta de que no tenía ningún interés en esa cena, solo iba por mi hijo. Ramiro ya había llegado, seguramente esperaba que le hiciera de comer, pero no tenía ganas. ¿De qué me había servido ser la esposa ejemplar y la madre dedicada? Hay milanesas en la heladera, le dije, y si querés hacete un arroz para acompañar. Ni siquiera tenía iniciativa propia para hacerse de comer, ninguno de los dos. Las pocas veces que yo me declaraba en huelga de cocina ellos pedían algo por *delivery*. ¿Vas a salir?, me dijo con gesto de asombro al ver que agarraba las llaves del auto. Sí. ¿A esta hora?, continuó. Sí, voy a salir. Mi mirada de hartazgo fue más que elocuente, porque se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el partido de básquet que estaba viendo.

Ramiro siempre había sido protector, pero a veces sentía que me controlaba, como antes había hecho su padre. Mi ex me conoció cuando yo era modelo, sabía de mi trayectoria y mi trabajo, y en un primer momento pareció aceptarlo. Fue después, cuando nacieron los chicos, que empezó con esos arranques de celos que terminaron en un desborde de violencia desmedida. Hasta que me dijo puta. Ese día no hubo vuelta atrás para mí y tomé la decisión de separarme. Me costó mucho, los chicos eran chiquitos todavía, Ramiro no llegaba a los diez años, y sabía que no sería nada fácil. Pero con mi ex la relación ya no daba para más, y su falta de respeto era algo que no podía tolerar.

Ramiro había presenciado todo eso, las preguntas capciosas de su padre, las malas contestaciones, las pesquisas a mi teléfono celular. A medida que fue creciendo lo fui aleccionando para que fuera un buen novio el día de mañana, y por consiguiente buen marido. Lo mismo había hecho con Damián, aunque con él me costaba más, él había compartido más tiempo con mi ex y se había contagiado mucho de su machismo y la subestimación de la mujer. Yo no era feminista, las mujeres de mi generación estamos todavía atadas al patriarcado, aunque el hilo sea cada vez más débil y esté a punto de cortarse. Pero algún resabio tengo, y escuchar a Damián referirse a las mujeres muchas veces fue motivo de discusión. He llegado a dudar si lo decía en serio o eran bromas para hacerme enojar; fuera como fuese, no me gustaba.

Creí que con Ramiro había hecho un mejor trabajo, y lo tenía ahí, pichón de investigador, queriendo saber a dónde iba. No le di el gusto, agarré mi cartera, lo besé en la cabeza y me fui.

19

El restaurante estaba al nivel de Augusto Pérez Bulnes y de inmediato me arrepentí de no haberme cambiado. Las demás mujeres lucían elegantes y ahí estaba yo, con el jean que había usado durante todo el día y una camisa blanca; simple y sin accesorios.

Cuando él me vio se puso de pie y me saludó con un beso en la mejilla. Si le molestó mi atuendo no me lo hizo saber, después de todo era un caballero. Él sí se había arreglado, aunque no llevaba traje. Su perfume se me metió por las fosas nasales y quedó flotando en el ambiente. Me alegra que hayas venido, dijo, estoy cansado de cenar solo. No sabía nada de su vida privada, no me interesaba, pero por su comentario y la falta de alianza deduje que era soltero o separado. Pedí un vino tinto, espero que te guste, y si me permitís, te puedo sugerir un plato que aquí es excelente, dijo. Otro tipo que pretende dirigirme, pensé, pero acepté la sugerencia. Estaba cansada de comer siempre lo mismo, últimamente mi menú se limitaba a milanesas, hamburguesas, pizza y ensaladas. Incluso había bajado unos kilos desde lo de Damián. Esperó a que el mozo sirviera las copas para iniciar la conversación, que tomó el rumbo personal. No estoy acá para hablar de mi vida, Augusto, lo interrumpí, estoy acá por mi hijo. Bebió un sorbo y lo degustó en la boca, después apoyó la copa y me taladró con sus ojos oscuros donde brillaba una llama. Pensé que al menos podríamos disfrutar de la cena, Ada. Ya sé que estamos acá por un asunto meramente profesional. Acepté su propuesta y cuando sirvieron la comida me concentré en ella, mientras él hablaba de su yate y sus paseos de fin de semana. Si te animás, un día puedo llevarte a navegar, me dijo. Yo no dije nada. Tenía razón, la comida era exquisita, aunque sentí que mi estómago me reclamaría el exceso al día siguiente. ¿Qué

postre vas a elegir?, me extendió la carta, que rechacé. Bueno, entiendo, querés que hablemos del caso. Sí, respondí, quiero saber cuánto dinero en efectivo hace falta para que mi hijo salga, al igual que salió Manuel. Ya hablamos de la cifra esta tarde, Ada. No me entendés, incliné el cuerpo hacia adelante, no tengo esa suma. Puedo ofrecerte un departamento, un auto también, como pago de tus honorarios, podés ponerlos a la venta. Él se apoyó en el respaldo de la silla y me miró con los ojos entornados. Suspiré, me mataba esa espera. Respecto de los honorarios, dijo al fin, podemos negociarlos. El tema, Ada, es que para sacar al chico hay que aceitar el sistema, no sé si me explico. Sí, te explicás bien, le dije. ¿Eso quiere decir que la situación de mi hijo es grave? Era una pregunta que tenía miedo de formular. ¿No te dijo tu abogado? ¿Decirme qué? Tu hijo está muy involucrado, Ada, hay muchas pruebas en su contra. Me enderecé en la silla, eso no podía ser. El doctor Basualdo me dijo que impugnó varias de las pruebas, planteó nulidades… Sí, Ada, Basualdo podrá hacer todo lo que quiera, es un abogado que sigue el código, pero no es de los que llegan al final de la carrera victoriosos. Para lograr la victoria hay que mover otros resortes, que no son precisamente los que marca la ley. ¿Me entendés? Bajé la cabeza, no quería que él viera mis ojos a punto de llorar. Cuando me repuse, volví a mirarlo. Yo sé que mi hijo es inocente, Augusto, aunque todas las pruebas digan lo contrario. Creo en él. Y me parece perfecto que creas en tu hijo, dijo, pero hay que convencer a los jueces, Ada, y eso solo lo lograrán unos cuantos billetes. Decime cuánto, intentaré juntarlo. Me dijo la cifra, era alta, altísima. Pero era el precio de la libertad de mi hijo y lo iba a pagar. Dame unos días, le dije, lo voy a conseguir. Tenés que hablar con Basualdo, dijo, no voy a intervenir mientras él esté en el caso.

Quedamos en que por sus honorarios aceptaba el departamento que se había desocupado en esos días, el que me proporcionaba mis ingresos de temporada. Estaba sobre la costa, dos ambientes chicos, hermosa vista al mar de frente y contrafrente. Impecable. Después hablaría con mi ex para que él juntara la mayor cantidad de dinero en efectivo, y yo vendería el auto.

Me levanté de la mesa no bien terminamos la conversación y él me imitó. Esperá que pago y salimos juntos, me dijo; no le hice caso y me

perdí en la noche.

20

Al día siguiente esperé a que Ramiro se levantara para hablar con él. Estaba desesperada. Le había dicho que sí a todo lo que Pérez Bulnes me había pedido, pero no estaba segura de reunir el dinero en efectivo que necesitaba para aceitar el sistema.

Con mi ex no había obtenido demasiado, por el contrario, había recibido un balde de agua helada. Se había echado para atrás, no estaba dispuesto a vender su camioneta.

¡Pero vos me insististe para que contratáramos a Pérez Bulnes!, le dije, ¿ahora te vas a abrir? Mirá, Ada, no estoy tan seguro de que Damián no haya hecho nada, cada día aparecen más pruebas en su contra. ¿Qué querés decir? No me había enterado de nada nuevo y todas las pruebas presentadas por la querella ya habían sido atacadas por los artilugios procesales de Basualdo. Hay un audio, Ada, un audio donde se lo escucha a Damián instigando a matar a ese chico. Me quedé paralizada. No podía ser, era mentira, no era Damián, seguramente era algún otro con la voz parecida. Tienen que hacer las pericias todavía, siguió él, pero yo lo escuché y es la voz de Damián. No voy a seguir perdiendo mi patrimonio por él, Ada, ya perdimos la casa de fin de semana. Se acabó. Que lo defienda el defensor de pobres.

Corté y me quedé pensando en lo que me había dicho. Damián instigando a una muerte. Era imposible, Damián era un chico bueno, ni siquiera se había enganchado en ir a cazar con papá cuando estaba en sus mejores épocas. No, abuelo, yo no voy a matar ningún animal. Pero es para comer, Damián, no sabés lo ricas que son las perdices, le decía mi padre, pero él se negaba. Nunca había tirado con la honda que él les había hecho cuando eran chicos. Bueno, entonces, aunque

sea practicá puntería, le había dicho papá, y le había colocado varias latas en el patio para que ellos intentaran. Damián nunca se había entusiasmado con eso, en cambio Ramiro sí. Había sido él quien había acompañado a papá de cacería, hasta lo había ayudado a pelar las perdices que luego él mismo había cocinado en salsa. ¿Cómo iba Damián querer matar a alguien si ni siquiera le había tirado jamás a un pajarito? Era mentira, pruebas falsas, alguien con una voz similar, las grabaciones deforman las voces. Yo misma no reconozco mi voz en los audios, no creo tener esa voz chillona ni esa modulación. Los periodistas eran capaces de publicar cualquier cosa con tal de tener una primicia, incluso si era falsa.

Cuando Ramiro se levantó lo dejé desayunar tranquilo, no quería caerle con el pedido de sopetón. Recién cuando lo vi a punto de irse de la cocina le pedí que se quedara. Tenemos que hablar, le dije, y su rostro se puso serio. ¿Pasó algo nuevo con el caso? Ni siquiera nombraba a su hermano, como si no nombrarlo alejara de él los efectos de esa bomba expansiva. Nuevo no, pero vamos a cambiar de abogado, le dije.

¿Y eso por qué? Porque el otro es mejor, y ahora tu hermano necesita el mejor abogado. Pero ya le pagaron a Basualdo, ¿no? ¿Les va a devolver la casa? Había reproche en sus palabras y en sus ojos. Ramiro sabía que esa casa de fin de semana era para ellos, mitad para él y mitad para Damián, y nadie le había preguntado si estaba dispuesto a resignar su parte. No, hijo, no nos van a devolver la casa. Bajé la mirada, me avergonzaba lo que iba a pedirle. El tema es que ahora hay que pagarle al nuevo abogado. Se puso alerta, lo vi enderezar el cuerpo y tensar la mandíbula. ¿Qué le van a entregar ahora? ¿Esta casa? Había furia en sus palabras. No, no, esta casa no. El departamento que se acaba de desocupar. Apretó los puños, pero no dijo nada. Ya sé que es duro, Ramiro, pero es la libertad de tu hermano. Silencio. Pero además de eso, necesitamos efectivo. Efectivo para cubrir ciertos gastos. ¿Coimas?, dijo. Iba a negar, pero me interrumpió. No me mientas, mamá, que no soy boludo. Para que Damián salga tienen que pagar coimas, porque está hasta las manos. No digas eso, es tu hermano. Si vas a pedirme que venda el auto, estás loca, ya te digo que no. ¡No me hables así! ¡Soy tu madre! Y yo tu hijo,

y me rompí el lomo varios veranos para tener el auto. No voy a venderlo para sacar a tu hijito de la cárcel, que se haga cargo, mamá. Se levantó con tanto ímpetu que casi se le cayó la silla. Nunca se hizo cargo de nada, mamá, y ustedes lo dejaron. Ahora que se arregle. No cuenten conmigo. Dio un portazo y se fue.

Estaba sola.

21

Me di una ducha y me preparé para ir a la psicóloga. Después me quedaba una hora para ir a visitar a Damián. Necesitaba hablar con él, que me mirara a los ojos y me desmintiera eso del audio. Lo había escuchado, no había podido resistirme, estaba en todos los medios. No entendía cómo esas pruebas se filtraban a la prensa, pero cuando había dinero de por medio estaba visto que nada importaba.

La voz era muy parecida a la de Damián, y había más voces que instigaban a la golpiza. Vamos, que se muera el negro de mierda este, vamos, péguenle, decía esa voz tan parecida a la de Damián, tan familiar y a la vez tan ajena. Por detrás se escuchaban gritos y súplicas femeninas. El resto parecía una jauría de perros salvajes. Y los golpes. Me dieron ganas de vomitar.

Me asomé a la ventana para ver cómo estaba el clima y me decidí por un saco liviano. Ya había publicado el auto en venta en todas las páginas posibles, había preparado también un cartel para pegar en los vidrios. Agarré mi cartera, el paquete de cosas para Damián, la cinta y el cartel. Lo pegué en la luneta trasera y subí.

Mientras conducía pensé en que tendría que buscar un trabajo, cosa que a mi edad no era nada fácil. Ya me había resignado a cerrar la escuela, había discutido con el dueño de la propiedad porque no quería rescindir el contrato anticipadamente. Una ironía, era la única persona que quería seguir vinculada conmigo luego de lo de Damián. No tengo dinero para pagarle, le dije, prefiero entregarle las llaves a que tenga que desalojarme por falta de pago. Con eso lo había convencido, faltaba que acordáramos día y horario para finiquitar todo. Para compensarlo por la resolución anticipada había tenido que pedirles dinero a mis padres, a quienes había visitado el fin de semana.

Claro, Ada, podés contar con nosotros. No es mucho lo que tenemos ahorrado, pero a nuestra edad ya no tenemos proyectos, así que lo que hay es para remedios, bromeó mi padre. Le agradecí la predisposición y me dejé abrazar. Mamá estaba desmejorada, todo ese tema la había envejecido diez años y me quedé preocupada. Todo va a estar bien, mamá, le dije ya en la puerta, dentro de poco Damián va a estar de nuevo en casa. Pero ellos también veían las noticias.

Llegué a lo de la psicóloga y me anuncié. Ella estaba atendiendo, tuve que esperar, previo pago de la consulta, que era abultada. Todo era pagar en esos días. El dinero se iba como agua, y no ingresaba. Sí, tengo que buscar un trabajo, me repetí.

La psicóloga despidió a su paciente y me hizo pasar. Formal, distante como siempre, pero confiaba en ella. Ada, tanto tiempo, imagino por lo que venís. Asentí, así era ella, directa como una flecha. Vos lo conocés a Damián, le dije, aunque no lo trataste directamente lo viste una vez. Sí, me acuerdo, un chico algo rebelde, sonrió. Sí, siempre fue más contestatario que Ramiro. ¿Cómo anda Ramiro? Bien, bien, no iba a contarle que habíamos discutido esa misma mañana ni que estaba enojado con todo lo de su hermano. Pero ella fue al hueso. ¿Cómo está tomando todo esto? No es fácil, dije, pero no quería hablar de él, quería hablar de Damián. Estoy acá porque quiero entender. Ella frunció el entrecejo. ¿Entender qué, Ada? Cómo pueden ocurrir estas cosas, cómo chicos como Damián quedan involucrados en hechos así. Sé que Damián es inocente, le aclaré, pero necesito entender qué es lo que lleva a chicos buenos, de buenas familias, deportistas, a actuar de esa forma. Mirá, Ada, cada chico es un mundo, puedo hablarte desde lo general. Para saber bien qué fue lo que pudo haber pasado debería entrevistarlo, hacer algunos test. Igual con él no pasó nada, dije, él no tiene nada que ver. Vi su mirada, mezcla de condescendencia y profesionalismo que le impedía decir nada más. Una breve pausa y ella siguió. En psicología se lo llama efecto Bandwagon, subirse al carro quiere decir, o mentalidad rebaño. Es una teoría según la cual los individuos adoptan ideas o conductas por el mero hecho de que una gran mayoría de personas lo hacen, a pesar de que esas decisiones choquen con sus propias creencias o razonamientos. Este sesgo cognitivo lo podemos ver a diario en los comportamientos de

consumo, de moda e incluso de política, donde a último momento se cambia el voto al candidato electoral que puntúa más alto porque queremos estar del lado ganador. Y la adolescencia, Ada, es la edad de oro del efecto manada, por el miedo a quedar fuera. El grupo y el hecho de que pertenezcan a un equipo, por ejemplo —hacía referencia a los rugbiers—. Damián no tiene ningún equipo con ellos, interrumpí, solo estaba con uno de sus amigos, bueno, con dos. Lo sé, Ada, estoy generalizando. Como te decía, la pertenencia grupal otorga fortaleza, aires de superioridad. Además, no nos olvidemos de la edad. La adolescencia, que hoy se extiende mucho más allá de lo que era en nuestra época, es el momento en que las hormonas están en ebullición y los chicos se sienten con impunidad para hacer lo que quieren. En esa etapa creen que todo vale.

¿Todo vale?, dije, ¿matar a una persona también? A veces el alcohol y las drogas ayudan. No estaban tomados, refuté, y de pronto me di cuenta de que estaba defendiendo al grupo completo, a chicos que ni siquiera conocía. Como te decía, Ada, la masa potencia al individuo; si algo les molesta, atacan. Además, el estar en grupo genera también una sensación de impunidad, porque no se sabe quién fue el que dio el golpe final, no hay responsabilidad individual, y eso envalentona. Pero… un chico normal, educado en valores como Damián, ¿cómo puede terminar en algo así? No estoy diciendo que Damián haya tenido algo que ver, pero necesito entender. Como te dije, Ada, para eso tendría que hacerle varios test, estoy hablando de lo general. Evidentemente algo falló en la cadena de acontecimientos de la vida de esos chicos; falta de cuidado, desapego por la vida, algo que se quebró y que nadie advirtió. También está el tema racial. Tengo entendido que la víctima era paraguaya, quizás el color de su piel hizo que se ensañaran con él, porque era alguien que consideraban inferior. Empecé a temblar, había escuchado muchas veces a Damián vanagloriarse por su supuesta ascendencia aria. El rugby es una disciplina de contacto, Ada, por lo cual sus jugadores se sienten más fuertes que el resto de las personas. Damián no juega al rugby, él juega al básquet, dije. Similar, Ada, es juego de equipo, y aunque no tengan el famoso tercer tiempo hay un espíritu de grupo que se siente igual así sean dos los que están juntos. Pertenecen. Y es esa sensación de

pertenencia la que los hace fuertes. Más en chicos que tienen baja autoestima. Me acordé que una vez, años atrás, ella misma me había aconsejado para los chicos la práctica del deporte en equipo, porque luego del divorcio habían quedado con inseguridades y baja estima, en especial Ramiro, a quien la falta de una figura masculina en esos primeros años había afectado bastante. Es el efecto manada, siguió diciendo la psicóloga, existe un mecanismo que lleva a la necesidad de no ser rechazado socialmente. ¿Y para eso tienen que matar?, volví a interrumpir, y ella se encogió de hombros. Es un tema harto complejo, Ada. El miedo al rechazo social activa las mismas regiones neuronales que el dolor físico. En el momento en que suceden las cosas el individuo que está en grupo no puede ponerse en contra de los demás. Aunque haya uno que quiera detenerse y lo verbalice, por lo general el resto sigue a la manada. Y pueden hacer cosas que están más allá de su ética, porque son arrastrados por la emoción colectiva. ¿Incluso con cosas así? Incluso con cosas así, Ada. La agresividad es contagiosa. Por eso hoy se trabaja mucho en psicología en la prevención de las violencias invisibles. Las bandas o patotas, como se les decía antes, no soportan las diferencias, y no pueden reprimir las ganas de poner el cuerpo para ser valorados por sus pares. A veces los prejuicios vienen de la casa, del entorno familiar, y eso se traslada a los hijos, que lo evidencian con sus actitudes fuera del hogar. Pensé en mi ex y sus discursos nazis.

22

Salí del consultorio de la psicóloga aturdida, me dolía la cabeza y tenía ganas de llorar. Me negaba a entender lo del efecto manada y la teoría esa de subirse al carro. Recordé conversaciones con los chicos, cuando ellos querían hacer cosas como el resto de sus pares y yo les retrucaba, ¿si tu amigo se tira al río vos también te vas a tirar? Y ellos siempre me decían lo mismo: mamá, vos no entendés. Claro que no entendía. No podía entender que hubieran matado a otro chico. Aunque Damián fuera inocente alguien lo había hecho. Los demás lo habían hecho. Había una zapatilla que había dejado sus marcas en la cabeza del chico muerto.

Conduje hacia las afueras de la ciudad, ese camino que antes nunca hacía y que ahora conocía de memoria, cada lomo de burro, cada semáforo que se iba espaciando al dejar atrás el caserío. La construcción gris, enorme, con esa torre de vigilancia y el campo verde alrededor. Lugar que jamás hubiera pensado que iba a visitar.

Estacioné en el sitio para visitas, había varios autos ya. Agarré el paquete y fui hasta el ingreso. Al principio tenía vergüenza y me escudaba tras unos lentes oscuros, a esa altura ya no me importaba nada. Las demás estaban igual que yo, la mayoría eran mujeres.

Otra vez los mismos protocolos y la espera en el cuartito. La puerta se abrió y entró Damián, más alto, más flaco, más pálido. Noté cómo había ido perdiendo el color del verano, incluso su cabello estaba más oscuro. Lo abracé, estaba rígido como siempre, era imposible lograr que él me abrazara a mí. ¿Cómo estás? La estoy pasando bárbaro, me dijo con esa ironía que lo caracteriza. ¿Cuándo me van a sacar de acá? Pronto, hijito, pronto. Quise agarrarle las manos, vi que había vuelto a comerse las uñas, tenía todos los dedos lastimados, pero me contuve

de tocarlo y decirle nada. Cambiamos de abogado, ahora te va a defender el mismo que a Manuel. Era hora, me dijo. ¿Te tratan bien? Siempre me preguntás lo mismo, ya te dije que sí. Te traje chocolates que te manda la abuela, ellos preguntan siempre por vos. Nos quedamos callados, yo no sabía qué decir, y él no hablaba mucho conmigo. Otra vez sentí que éramos extraños. Ramiro te manda saludos, mentí, no puede venir porque en este horario está cursando. Damián movió la cabeza y frunció la boca, pero no dijo nada. La próxima vez nos vamos a encontrar afuera, vas a ver, le dije. El policía anunció que la visita se había terminado y sentí alivio. No sabía de qué manera llegar a mi hijo.

No sé cómo volví a casa, las lágrimas me nublaban la visión. Por suerte Ramiro no estaba, no quería que me viera así. Sabía que le hacía daño. Aunque habíamos discutido por lo del auto no le gustaba verme mal.

Fui a mi habitación y busqué en el placar. Tenía una caja donde guardaba mis alhajas. Unos aros de oro de cuando era chica y una cadena que me había dejado mi abuelo, a quien no había conocido porque murió meses antes de que yo naciera. Era hermosa, tenía una medalla con la imagen de Cristo. La había usado muy pocas veces, el día de mi casamiento, el bautismo de los chicos y algún que otro evento importante. No se podía andar por la calle con cosas de oro, era peligroso. También tenía dos cadenitas con crucecitas, habían sido regalos de comunión de los chicos, que tampoco habían usado nunca. En esa época los abuelos hacían ese tipo de regalos, después cuando los chicos fueron más grandes siempre quisieron plata. Ramiro porque ahorraba para un auto, Damián para sus accesorios de cada verano, tablas de surf, skate, patines. Al fondo y en una cajita aterciopelada estaba mi alianza. La abrí y la miré. Me la puse, me bailaba en el dedo. Me acordé del día de mi casamiento, estaba tan feliz, tan ilusionada. Me la saqué. Junté todo lo que había desparramado encima de la cama y lo metí en una bolsita.

Cuando llegó Ramiro me encontró preparando la cena. Me dio un beso en la mejilla y acepté la tregua. ¿Alguna novedad?, preguntó,

como si fuera un día normal. Nada nuevo, le dije. ¿Y vos? Y me contó de la facultad y la materia que había empezado a cursar. A un compañero mío le interesa tu auto, dijo de pronto, mañana lo va a venir a ver. Gracias, y le sonreí. ¿Le dijiste el precio? No, nunca te lo pregunté. Vamos a comer, mañana lo hablo con él.

23

Salí temprano, tenía que desocupar la escuela. Había quedado en encontrarme allá con la secretaria y las profesoras para finiquitar todo. No sabía con qué iba a pagarles la indemnización, había llevado los pocos pesos que tenía en casa, para que vieran que tenía la intención, aunque sabía que con eso no alcanzaba siquiera a una ínfima parte. Tenía la esperanza de que me tuvieran un poco de paciencia. Había sido correcta con ellas, siempre les había pagado el sueldo religiosamente y cuando me habían pedido días que no les correspondían nunca se los había descontado. Además de la ropa de canje de algunos desfiles que les había regalado.

Me dio infinita pena desarmar todo, ese había sido mi lugar durante los últimos años, el sitio donde me sentía plena, el que yo me había imaginado para una vejez reposada, mi seguro de retiro. Se desmoronaba.

Antes de que llegaran las chicas saqué las cortinas, guardé las cosas pequeñas en las cajas que había llevado, metí las plantas una por una en el auto y empecé a desenchufar la computadora y el teléfono. Había acordado con el dueño que los pocos muebles y la barra se los dejaba, y con eso disminuía, apenas, lo que le tenía que pagar.

Una vez que todo estuvo vacío di una recorrida y mis pasos retumbaron. Sentí una opresión en el pecho y me quemaron los ojos, pero no lloré. No quería que las chicas me vieran así, no me podían ver vencida.

Primero llegó la secretaria y me alegró la mañana diciéndome que había conseguido un trabajo. No sabés cuánto me alegro, le dije, siento menos culpa así. Ada, esto no es tu culpa, imagino por lo que estarás pasando, y me tocó la espalda. Estuve a punto de desmoronarme.

Gracias, mil gracias. Después llegaron las dos profesoras, pero ellas no tenían buenas noticias, no habían conseguido nada. Y era lógico, ¿quién iba a querer contratar una profesora de protocolo? Quizás en algún hotel, sugerí. La otra, la de maquillaje, tenía más opciones.

Usamos las sillas que habían quedado amontonadas en un rincón, porque todavía faltaba limpiar los pisos. Hice a un lado la vergüenza y les expliqué la situación. Entendieron, no les quedaba otra. Saqué de la cartera el dinero que tenía y lo repartí entre ellas. Les prometo que les voy a pagar, dije. Está bien, Ada, dijo la profesora de protocolo, la más difícil de las tres, pero hagamos un convenio en el Ministerio de Trabajo, así nos quedamos todas tranquilas. Es que no sé cuándo podré pagarles, puse en venta el auto. La profesora se incorporó. Te entiendo, Ada, pero yo también tengo mis problemas, sabés que tengo un hijo que mantener, no hace falta que te repita que mi ex no paga la cuota alimentaria, y ahora yo me quedo sin trabajo. Tampoco la apuremos así, dijo la secretaria, todas sabemos que Ada nos va a pagar. Tiene razón, interrumpí, vamos a firmar un convenio. Eso sí, les pido que se ocupen ustedes de todo eso, chicas, y me avisan cuando haya que ir a firmar.

Hice los recibos por lo que les había entregado, me ayudaron a subir el resto de las cosas al auto y nos despedimos. Después conduje hasta la casa del dueño del local. Lo había convencido para hacer la rescisión anticipada sin intervención de la inmobiliaria, así nos ahorrábamos los honorarios.

Le di todas las facturas pagas de luz, gas y agua y leyó en voz alta el documento que yo misma, apelando a los recuerdos de mi paso por la facultad de derecho, había redactado. Estuvo conforme, le di el dinero y firmamos. Qué pena todo esto, Ada, me dijo. Y sí, pero ya lo voy a resolver. Le dejé las llaves encima de la mesa y me fui con el auto lleno de cosas.

24

El amigo de Ramiro vino a ver el auto. Yo lo había llevado a lavar, como buen auto de mujer siempre estaba sucio y con muchas cosas tiradas en los asientos, pero tenía pocos kilómetros y estaba impecable. Regateó un poco el precio y como necesitaba la plata de manera urgente, acepté su oferta.

Esa misma tarde fuimos a una escribanía y le firmé el 08. Le pedí que se ocupara él de la verificación policial y grabado de cristales; accedió.

De un día para el otro me encontré sin lugar de trabajo y sin auto. La escuela de modelaje había sido mi gran ilusión y mi sostén después del divorcio, no solo económico sino en un sentido mucho más amplio. Allí había recuperado mi autoestima, esa que mi ex había dejado por el suelo.

Auto tenía desde los dieciocho, con los primeros desfiles había logrado unos ahorros y papá me había ayudado con el resto. No sabía lo que era andar en colectivo, ni siquiera tenía la tarjeta. Era como un volver a empezar en todo.

Tenía que buscar trabajo y no sabía cómo arrancar. En mis tiempos iba al diario, donde se colgaban las hojas de los avisos, y ahí tomaba nota de las ofertas de empleo. Pero eso había quedado atrás, casi no se consumían diarios en papel, todo era digital.

Si Ramiro notó mi tristeza lo disimuló, y agradecí que no me compadeciera. Cuando lo sentí irse agarré la tablet y empecé a incursionar en las páginas de empleo. Me registré, había que subir un currículum, que no tenía. ¿Qué iba a poner? ¿Ex modelo? Caí en la cuenta de la edad que tenía y nada que me sostuviera detrás. Hubiera seguido estudiando derecho y al menos tendría un título y una

profesión que ejercer.

En casos como el mío era mejor el boca a boca, pero ¿quién querría contratar a la madre de un chico sospechado de ser un asesino? No, no, un chico detenido por un error, tenía que internalizar eso.

Pasé dos horas redactando un currículum aceptable y otro tanto para subirlo a las páginas de empleo. Al finalizar me dolía la cabeza.

Comí algo liviano y busqué la bolsita con las alhajas. Las volví a sacar, las miré y me despedí de ellas. Nunca antes había vendido nada, pero sabía que frente al casino había muchas casas de empeño, joyerías y negocios que compraban celulares.

Metí todo otra vez en la bolsita y la guardé en la cartera. Salí a la calle dispuesta a ir al centro, pero mi auto no estaba. Claro, lo había vendido. ¿Le habría sacado todas las cosas que una mujer guarda en el auto? Ni siquiera me acordaba si había vaciado la guantera. Bueno, es amigo de Ramiro, en todo caso volverá y me traerá lo que haya encontrado.

Me sentí perdida. Sin auto por primera vez en muchos años no supe qué hacer. Taxi no, no estaba en condiciones de gastar. Colectivo, no sabría cómo pagar. Decidí caminar, me haría bien.

Llegué al centro luego de más de media hora de caminata. Entré en la primera joyería que encontré, tenía una amplia vidriera y varias cosas en exhibición, algunas nuevas, otras se notaban usadas. Desparramé sobre el vidrio mi pequeño tesoro y el hombre detrás del mostrador empezó a revisar las piezas una por una. Lo que más llamó su atención fue la medalla de mi abuelo, con el Cristo tallado. Esto sí que es bueno, me dijo, ya no se hacen así. Me dio tristeza, era lo único que tenía de él, ni siquiera una sonrisa le había conocido. Estuve a punto de meterla en la cartera, pero los ojitos inocentes de Damián se interpusieron. Después miró los aros y me los devolvió. Son enchapados, me dijo, no valen nada. Le pedí que me los comprara igual, aunque fuera a precio bajo, pero no hubo caso. Cuando finalizó su evaluación sacó una balanza de debajo del mostrador y puso allí mis joyas. Lo que me ofreció no era mucho, intenté que aumentara su oferta, no lo logré.

Salí de ahí con unos pocos billetes en la cartera y la sensación de que me habían estafado. Llamé a Basualdo, todavía no le había

avisado que del caso se iba a ocupar otro abogado. Mi ex se había abierto del tema, no confiaba en la inocencia de Damián. Todo mi resentimiento renació.

Basualdo no se sorprendió ante mi noticia, creo que lo sabía. En el ambiente todo se sabe, me había dicho Augusto Pérez Bulnes una vez, se sabe quién tiene la cola limpia y quién juega con cartas marcadas. Creo que para Basualdo fue un alivio quedar fuera del caso. Además, él ya había cobrado, y bien cobrado.

25

Volví caminando, me haría bien despejarme un poco. Había perdido el verano, pero el aire otoñal era tibio todavía. La tarde estaba en su plenitud, sentí que había sido un día por demás largo.

La casa estaba vacía, y la comparé conmigo. Ramiro se lo pasaba todo el tiempo afuera, entre la facultad, básquet y sus amigos. Nos habíamos desmembrado, podía sentir la brecha entre nosotros. Me dolía que no estuviera del lado de su hermano. De su padre era de esperar, pero de él… Los había criado para que fueran unidos, me había cansado de repetirles los versos del *Martín Fierro*, y nos estaban devorando los de afuera.

Llamé a Augusto y le dije que ya tenía algo de dinero para entregarle. Algo no, Ada, necesito todo, imaginate que es una maquinaria grande la que hay que aceitar. Dame unos días para que consiga el resto, le dije. Puedo prestarte, Ada, dijo para mi sorpresa, pero no va a ser gratis. ¿Qué querés decir? Vos sabés, Ada. Y me cortó.

Me quedé paralizada. ¿Había entendido bien? ¿Qué era lo que quería? Me llené de furia y estuve tentada de darles el dinero de las joyas a las chicas, a mis empleadas, pero no podía bajar los brazos. Damián, Damián preso, era lo único que tenía que importarme. Mi hijo tenía que salir de ahí.

Volví a llamar a Augusto. ¿Vos me estás diciendo que querés que me acueste con vos para prestarme dinero? Ni siquiera hola le dije. Tampoco lo digas así, Ada, suena horrible. Pero es eso, ¿no? ¿Es eso? Yo pensaba en una cena romántica, una salida. Me dio vergüenza, había sido una bruta. ¿Augusto Pérez Bulnes jugando al novio? Perdoname, le dije, estoy muy nerviosa. Te va a hacer bien relajarte, dijo con voz que quiso ser sensual y que a mí me pareció de

degenerado. ¿Te paso a buscar a las nueve? Está bien.

Corté, estaba agotada, había sido un día larguísimo, ni siquiera recordaba cómo lo había empezado. Me tiré sobre la cama y me dormí. Mamá, despertate, te buscan. Ramiro me tocaba el hombro. Mamá, está el abogado de la tele afuera. Abrí los ojos, no entendía dónde estaba. ¿El abogado? ¿Qué pasó? No sé, mamá, está el tipo ahí. Desperté. Augusto. Miré los ojos de mi hijo, había reproche, sabía lo que estaba pensando. Su hermano preso y yo a punto de salir con un hombre. No es lo que vos pensás, le dije. Yo no pienso nada, y salió de mi habitación.

Me senté en la cama y le mandé un mensaje a Augusto. "Enseguida salgo". Agarré ropa limpia y me metí en el baño. El agua tibia terminó de despertarme, me vestí y salí sin siquiera maquillarme.

Ramiro estaba viendo un partido de básquet. Tenés una tarta en la heladera, le dije.

Lo besé en la cabeza, él murmuró pasalo bien y me fui.

Augusto estaba parado en la vereda, fumaba. Me sonrió y me abrió la puerta del auto. Estás muy… casual, como dicen ahora. No le dije nada. Él, como siempre, estaba bien vestido. Me llevó a un restaurante caro, de los que yo no estaba acostumbrada a frecuentar. Hacía años que no me daba ese tipo de gustos. Había reservado una mesa y lo saludaron como si fuera cliente frecuente, y claro, con lo que cobraba… Eligió un vino de esos que tienen pinta de costosos y un plato extravagante, o al menos el nombre que dijo así me lo pareció. Yo elegí pastas, algo simple y liviano, mi estómago era un nudo. ¿Por qué no probás la carne?, sugirió, acá la sirven a punto. Quiero pastas.

Mientras comíamos me contó de su último divorcio, de sus hijos y de sus viajes. Insistió con que algún día podría acompañarlo a navegar en su velero. Apoyé los cubiertos a un lado del plato y lo miré con cansancio. Sabés que estoy acá por mi hijo, Augusto, no me lo pongas más difícil. Solo intento ser agradable y sacarte un poco de ese tema. Ese tema es el único que tengo en la cabeza. Ada, echó el cuerpo hacia adelante y habló en voz baja, si vos querés, mañana mismo tu hijo puede estar en tu casa. No creo que dependa solo de mi voluntad, le contesté. Vos podés hacer que suceda, Ada, solo tenés que venir un rato a mi casa.

26

Me levanté con dolor de cabeza y no era a causa del vino. Mis nervios no daban más, no quería seguir tomando pastillas. Tenía que estar bien para recibir a mi hijo. Augusto me había prometido que a media tarde Damián estaría en casa. Vos quédate tranquila, me había dicho cuando me llevaba, mañana mismo consigo la domiciliaria. Me había explicado, mientras nos vestíamos, que con las últimas pruebas reunidas en la causa era imposible obtener para mi hijo una excarcelación, que de momento le iban a dar la prisión domiciliaria. Pero al menos estará en tu casa, Ada, después voy a trabajar para anular las últimas pruebas, esa grabación que anda por todos los medios es prueba contaminada.

Mientras desayunaba traté de confiar. ¿Y si había sido todo un engaño? ¿Y si mi sacrificio no valía la pena? Me fue imposible ahuyentar las imágenes de la noche anterior, Augusto desnudo sobre mi cuerpo muerto, su boca babosa en mi piel. Quiso hacerse el romántico y darme un beso, no se lo permití. Eso no, le dije. Se rio, dijo algo sobre *Mujer Bonita*, la película de Julia Roberts, no lo entendí, quería que acabara rápido. Y por suerte fue rápido, aunque yo no colaboré en nada. Todo el tiempo estuve con los puños apretados y solo me sostenía la imagen de Damián. Damián y sus ojitos claros, Damián en casa.

Preparate porque se va a armar un lío bárbaro, me había dicho ya en la puerta. La familia de la víctima no se va a quedar quieta y los medios van a hacer dulce con esto.

¿Querés decir que Damián puede volver a la cárcel? Yo te aseguro que no, sea como sea lo voy a dejar fuera de esto. Me había tomado la mano y volvió a la carga con darme un beso, que de nuevo le negué.

Además, se van a venir los juicios civiles, dijo. ¿Juicios civiles? Sí, Ada, indemnización de daños y esas cosas. No hay plata que repare la pérdida de un hijo, dije más para mí que para él, pero él escuchó. Ya lo sé, pero lo van a hacer igual, y lo van a ganar. Ya no tengo nada que me puedan sacar, dije. Bueno, vos sabrás, pero si tenés algo a tu nombre te sugiero que vayas pensando en ponerlo a nombre de otra persona, tu hijo mayor, por ejemplo, o tus padres, así luego vuelve a vos.

Su mente de abogado era increíble, siempre estaba un paso más allá. Por eso había triunfado. Pensé en mí, yo no habría llegado lejos como abogada.

Al mediodía apareció Ramiro y su cara me advirtió que algo pasaba. ¿Así que va a salir?, me dijo. ¿Y vos cómo sabés? Lo dicen en todas las radios, había enojo en su voz. Escuchame, Ramiro, es tu hermano, ¿no estás contento de que salga? Mirá, mamá, yo sé que es tu hijo y entiendo que vas a hacer todo lo que sea para que él esté bien, pero no se lo merece. ¡Hay un chico muerto, mamá! ¡Pensá si a mí me hubiera pasado algo así! ¿Querrías libre a mi asesino? No, no digas eso, Damián no es un asesino… ¡Basta, mamá! No te engañes más, pensá en esa madre. No, no, no quería pensar en esa madre, en ese momento la única madre que importaba era yo.

Llamó mamá, ella también se había enterado. ¿Es cierto que Damián sale? ¡Viste, yo sabía que era inocente, Ada! Avisanos cuando esté en casa, así vamos. No me esforcé en explicarles que saldría con prisión domiciliaria, no tenía sentido. Sí, mamá, yo les aviso.

Ramiro escuchaba la conversación y meneaba la cabeza. Comimos en silencio, ni siquiera nos miramos. Cuando terminó me dio la estocada final: si Damián viene me voy a vivir con papá.

27

La calle se llenó de periodistas. Y gente, mucha gente con pancartas, gente alterada. Amenazas, gritos, pedradas. Me rompieron algunos vidrios, tuve que cerrar todo. Llamé a Augusto, no sabía a quién más recurrir. No te preocupes, ya mismo mando un móvil policial, así no hay tanto disturbio, pero se van a quedar ahí para custodiar a tu hijo. Tengo miedo de salir, le dije, y enseguida me arrepentí, no era mi amigo. Yo te lo llevo, no te preocupes. Me habló de llevarme a mi hijo como si fuera un paquete, una cosa. Después me explicó lo del geolocalizador. Le van a poner una tobillera electrónica, Ada, sabés que no puede salir de tu casa, ¿está claro? No esperó a que le contestara. Estate preparada porque en cualquier momento llegan a instalar la unidad fija en tu casa.

¿Qué unidad fija? La del geolocalizador, así lo pueden ubicar desde el Centro de Monitoreo. Y cortó. ¿Sería peligroso eso para Damián? Siempre le tuve miedo a la electricidad. ¿Cómo haría para bañarse? Tendría que preguntar todo eso cuando vinieran con el aparato, lo imaginaba como una especie de central de alarma. Una vez había tenido un auto con un sistema de alarma parecido; si no tenía cerca el dispositivo, el coche se paraba a unos metros. Más de una vez me lo había olvidado en algún saco o cartera y tenía que volver a casa caminando a buscar el aparatito para encender el auto. Un incordio.

Encendí la radio y puse música, quería tapar todo lo que venía de afuera, aunque dentro de casa tenía un huracán. Ramiro estaba insoportable, él también quería salir y todo ese despliegue le molestaba. Me puse en su lugar, joven, toda la vida por delante y escrachado por los medios. Él tenía derecho al anonimato.

Lo sentí protestar y fui hasta su cuarto, estaba armando un bolso.

Me senté en su cama y acaricié el acolchado. ¿Te vas a ir?, pregunté casi en llanto. Me miró, debí darle pena. Se sentó al lado mío. Va a ser lo mejor, ma. Me hizo bien que me dijera ma. No vamos a estar bien los tres acá. No podría estar con él. ¿No creés en él?, pregunté. Eso no importa. Entiendo que es tu hijo, pero yo no puedo con esto. Te voy a extrañar, siempre estuvimos juntos. Él nunca había ido a vivir con el padre, como sí había hecho Damián en los primeros tiempos del divorcio. La relación de Ramiro con mi ex siempre había sido mala, pero en ese momento a Ramiro debió parecerle mejor irse con el padre. Ahora lo vas a tener a él, dijo, y sonó a reproche.

Por suerte no metió muchas cosas en el bolso, señal de que no se iba de manera definitiva. ¿Vas a salir ahora?, pregunté. Sí, salgo directo desde el garaje. Desde que no estaba mi auto él guardaba el suyo ahí, teníamos portón corredizo y eléctrico, lo cual le facilitaría la salida.

Lo seguí hasta el comedor. Dejó el bolso en el suelo y me abrazó. Todo va a estar bien, me dijo, y lo sentí como un premio consuelo. Después salió para el garaje y sentí que lo perdía.

Me desplomé en el sillón a esperar. Las horas pasaron lento, la luz del día fue disminuyendo, pero no encendí ninguna lámpara; quizá si veían todo oscuro los de afuera se irían y me dejarían en paz para recibir a mi hijo.

Sonó el teléfono, era Augusto. Estoy llegando con tu hijo, me dijo, y el corazón se me salió del pecho. Voy con custodia, solo tenés que abrir la puerta cuando te vuelva a llamar.

Tenía que encender las luces, no quería que Damián saliera de un pozo para meterse en otro. Caí en la cuenta de que no le había preparado nada para comer, pobrecito, seguramente vendría con hambre. Corrí hacia la heladera, no había mucho; pediría algo rico por *delivery* y al día siguiente me ocuparía de las compras.

Estaba nerviosa, como si fuera una primera cita. Fui hasta el baño y me miré en el espejo, quería que mi hijo me viera bien.

El teléfono volvió a sonar, hora de abrir la puerta.

MAGDA

28

Damián, Damián, cómo me gusta. Quizás hoy se me dé, aunque creo que él me tiene en categoría amigos, y cuando una entra en esa categoría, chau, te ve como un pibe más, como si tuvieras bigotes. A veces me confunde, es tan simpático conmigo, me llama para cualquier cosa que necesita, aunque vamos a distintos colegios y él hace la técnica, siempre me llama a mí cuando no entiende algo. En Lengua es un desastre, le tengo que hacer la tarea o los resúmenes. Incluso en el año de la pandemia le tuve que hacer los exámenes. Me gusta que venga a casa seguido, y eso que no estamos cerca, pero él se sube a la bici y viene. Yo creo que le gusto, si no por qué tanta cosa conmigo.

Hoy vamos a ir al boliche, aunque somos menores sabemos cómo hacer. A mí me presta el documento mi prima, él tenía problemas con el hermano, siempre dice que Ramiro es re ortiva, pero de algún lado va a sacar un DNI, Damián siempre consigue lo que quiere.

Mamá me dejó hacer la previa en casa, ella cree que después vamos a un cumpleaños. Preparé pizzas, a Damián le gustan mis pizzas, la vez que nos juntamos en lo de Manu él me ayudó a amasarlas y después dijo que eran las mejores que había comido en la vida. Exageraba igual, a veces es muy exagerado, pero una vez mamá le dijo a una amiga que al hombre se lo conquistaba en la cocina y en la cama. Yo todavía en la cama no, quiero estar segura de que él tiene onda conmigo.

Mis amigas también están alrededor de él, porque es el más lindo del grupo. Te mira con esos ojazos y se te cae la baba. Una vez Lupe me dijo que si le daba bola ella le re daba. Yo me hice la tonta, como que no me importaba, pero después me arrepentí, a ver si todavía me lo saca.

—¡Magda! —Mamá me llama desde la cocina—, los bollos de pizza ya están listos.

—Voy. —Hace como una hora que los dejé levando, me re olvidé buscando la ropa para la noche.

Lupe quiso venir a ayudarme, pero le dije que no, porque después va a andar diciendo que la pizza la hizo ella y no quiero que me afane el mérito. Hice más de diez bollos, los chicos comen bastante, y son cuatro. Manu es lindo también, más tierno que Damián, o más tímido, siempre tiene esa cara de perro asustado que lo hace querible, pero él gusta de otra chica, una de la playa que no le da bola. Pedro no me cae bien, es muy creído porque tiene plata, él no es lindo, pero se cree que porque su papá le compra todo lo que quiere es superior a nosotros. No sé por qué Damián se lleva tan bien con él, no me gusta que se le pegue tanto, además Pedro ya es mayor de edad, y parece que no, pero tiene otras libertades, y le gusta mucho la cerveza. Acá con los chicos no tomamos tanto, por ahí un fernet, pero una botella dura dos juntadas. Además, mi mamá siempre está vigilando que no tomen mucho, no quiere hacerse responsable de menores en casa, y yo entiendo que me quiera cuidar. Al principio no le gustaba que me juntara con chicos que no eran de mi colegio, siempre con el mismo discurso, ¿por qué no te juntás con chicos de tu escuela? Al final entendió que eran chicos buenos, de colegios como la gente.

Suena el timbre, ya están acá, se me fue la hora, y yo ni arreglada. Mamá, deciles que ya voy, le grito. Ahora me visto así, casual, después me cambio para el boliche.

Escucho voces, se acercan y la puerta se abre. Es Lupe. Mamá nos deja solas.

29

Damián y Manu llegan juntos, después aparece Pedro, y el último en caer es Matías. A él no lo conozco tanto, lo vi un par de veces en la playa, habla poco pero cuando lo hace es mortal, irónico, a veces hasta un poco agresivo para mi gusto. No soy de entender los chistes y a veces me tomo en serio lo que dicen. Lupe siempre me reta por eso, me dice que soy demasiado susceptible, pero hay bromas y bromas. Por ejemplo, no me gusta cuando se burlan de algún defecto físico, como de los narigones, los demasiado altos, los que tienen problema con la erre o los negros. Esa costumbre de decir a todos negro de mierda, como si el color determinara algo. Claro, ellos porque son todos rubios y la mayoría tiene ojos claros, aunque Damián también tiene un amigo morochito, siempre me habla de él, pero nunca lo trajo a las reuniones. Parece que el chico es testigo de Jehová y ellos no festejan nada. Pobre, qué embole.

Damián me dice que las pizzas están riquísimas, que tengo una mano especial. Después la caga cuando dice que las mujeres nacimos para vivir en la cocina y empieza con esos chistes que hacen que deje de gustarme por un rato. ¿Por qué la mujer no va a la Luna?, pregunta, y todos festejan de antemano la pavada que va a decir. Porque no terminó de limpiar la tierra. No me hace gracia. Lo odio cuando se quiere hacer el machito frente a los amigos, debería contar que durante todo el año de cuarentena me hizo videollamadas para que cocináramos tortas juntos, pero me hago la tonta, como siempre.

Se comen todo, no queda ni una pizza. Magda, ¿cuánto gastaste?, así ponemos, dice Damián, y con eso ya se me olvida todo el enojo. No, yo invito, digo. No, no, si no tu vieja se va a calentar. Y ponen a ojo un poco cada uno.

Esta vez no hubo tanto alcohol, apenas tomaron una cerveza y Lupe y yo un poquito de fernet. En una de mis pasadas a la cocina mamá me pregunta por qué siempre hay más chicos que chicas. ¿Y tus amigas, Magda? Lupe es mi amiga, ma, las demás están de vacaciones, le digo, y aunque sé que no se conforma, sigo de largo.

Vamos a cambiarnos, aviso a los chicos, y ellos se ponen con los celulares. Lupe y yo entramos a mi pieza y empezamos a vestirnos para el boliche. Yo ya tengo todo elegido, pero Lupe me pide que le preste algo, ella no tiene tanta ropa como yo y la dejo revolver mis cajones. Nos vestimos y nos pintamos, y empezamos la sesión de *selfies* para Instagram. Cuando nos sentimos diosas salimos.

Aparecemos en el quincho, tengo la ilusión de que Damián me dedique una mirada especial, pero nada. Para quedar bien los chicos juntaron todo y dejaron los vasos y los platos limpios sobre la mesada. Les doy las gracias.

Pidamos un auto, dice Pedro. Mejor dos, dice Damián, no nos van a subir a todos en uno. Bromean como siempre con el tamaño de Lupe, que es bajita, pavadas como que la metemos en el baúl o en algún bolsillo. Nosotras no nos reímos. Ok, llamemos dos, dice Pedro.

Cuando sentimos los motores nos asomamos a la ventana del comedor, donde todos estamos esperando. Chau, ma, nos vamos al cumple, le digo y le doy un beso. No vuelvas tarde, y ya sabés, llaman un taxi desde la casa y se vienen directo para acá. Me repite la empresa que ya tengo agendada y me da un beso a mí y otro a Lupe. A los chicos los saluda con la mano.

30

En la puerta del boliche hay cola y empujones. Es la segunda vez que vengo a un boliche, la primera fue el mes pasado, no bien arrancó el verano, una fiesta de apertura. Ahí teníamos entradas que nos había conseguido un chico que hacía la promoción, amigo de Manuel. Pasé unos nervios tremendos cuando me pidieron el documento y miraron la foto. Con mi prima somos parecidas, aunque ella tiene rulos y yo no, pero no iban a preguntarme si me había planchado el pelo, hoy todas nos planchamos. Esta vez estoy más tranquila, aunque no tenemos entradas. Pedro dijo que tenía un conocido en la puerta que nos iba a hacer pasar dos por uno, aunque no creo, porque es pleno verano y hay mucha gente. Pero bueno, ellos se encargan. Manuel se quedó con nosotras un poco más atrás, así no nos empujan tanto, y los demás se fueron a ver cómo entrar rápido.

A mí lo único que me interesa es que Damián me dé bola, esto de venir al boliche no me entusiasma mucho, estos empujones, me da un poco de miedo. Además, hay gente más grande, y aunque nosotros siempre nos creemos grandes, ahora mirando bien, se nota la diferencia. A veces por mis comentarios Damián me dice que parezco la abuela del grupo, pero hay cosas que no me parece que estén bien, como esto de venir con documento falso. ¿Y si nos agarran? Yo creo que los del boliche se hacen los tontos, ellos saben lo que hacen los menores, alguien debe decirles, todo el mundo sabe. Además, hay unas caritas… nadie se come que esa de allá tenga dieciocho. Le digo a Lupe, ella mira y dice que no tiene más de quince. ¿También habrá engañado a su mamá? Me da una especie de culpa, mamá es buena conmigo, si se llegara a enterar, con lo que me cuida… Va a ser la última vez.

Viene Damián y nos apura, vamos, vamos, que podemos pasar, conseguimos el 2x1 dice. Él se pone adelante del grupo, nosotras en el medio y Manuel cierra la fila. Me gusta que nos cuiden. Me siento importante cuando atravesamos esa marea humana que empuja para entrar y aprieto el documento de mi prima que tengo en el bolsillo. Yo te lo presto, pero si lo perdés te mato, me dijo, mirá que para sacarlo de nuevo tengo que hacer un tramiterío bárbaro y no puedo. Mi prima empezó a trabajar por la temporada, no podía hacerle eso.

Una vez en el boliche veo que hay poca gente todavía, es temprano parece, aunque ya son más de las dos. Hacemos una especie de ronda, los chicos hablan entre ellos y nosotras nos sacamos los abrigos que metemos hechos un bollo en mi mochilita. Espero que Damián me mire, me puse un top color rojo que me queda re lindo, pero él no me mira y se ríe con sus amigos. Ya me vio en malla infinidad de veces, aunque una cosa es estar en la playa y otra en un boliche, pintada y perfumada, aunque él ni se entera.

31

El boliche empieza a llenarse y la ronda se achica. Busco acercarme a Damián y con la excusa de decirle algo a Manuel quedo al lado de él. Entre el apretuje nos rozamos y me gusta. La música que estaba bajita empieza a subir y como en trance todos empezamos a movernos, nuestras voces se pierden, solo bailamos.

El grupo dura poco, los chicos se van tras sus presas, no lo dicen, pero me doy cuenta. Punto de encuentro acá, dice Damián, y sé lo que significa; no nos darán bola en toda la noche, nos juntaremos para irnos. Alzo los hombros y con Lupe nos resignamos, sé que ella también tenía esperanzas con Damián.

Damos una vuelta por el boliche y cuando nos gusta algún tema nos ponemos a bailar. Se nos pegan tres chicos y bailan al lado nuestro, uno me mira a mí, otro a Lupe y el tercero queda perdido y boyando, hasta que se va. Hablamos un rato, pavadas que no nos entendemos porque la música está fuerte. Me quiere llevar a un rincón y cuando le digo que no, se borra.

Sé lo que pasa en los boliches, por una bebida gratis las chicas hacen cualquier cosa, pero yo no. Con mamá no hablamos de sexo y esas cosas, pero una vez me dijo como al pasar que ella se había casado virgen. No creo que pretenda eso de mí ahora, pero tampoco me voy a acostar con cualquiera y menos acá. Me quiero un poco más que para eso. Igual muchas veces me imaginé que Damián me lo pedía en un boliche y ahí no estaba tan segura, me gusta tanto… No, no creo que Damián haga algo así conmigo, a no ser que estuviera en pedo. Pero Damián casi no toma, al menos es sano en eso, tampoco fuma ni se da con nada. Mamá siempre me dijo que los chicos que hacían deportes eran los más sanos, y Damián hace deportes, incluso en verano sigue

entrenando con su equipo de básquet. Y además hace surf, por eso tiene esa espalda.

Con Lupe damos una vuelta y vemos a los chicos bailando con unas Milipilis. Rubias, lacias, bronceadas, con ropa de marca de última moda. Seguro que juegan al hockey. Me da bronca, Lupe me hace un gesto de perdedoras y seguimos girando.

Bailamos otro rato, otros chicos, otras vueltas y así se pasa la noche. Cero contacto con Damián. Cuando la cosa está por terminar nos juntamos en el punto de encuentro, los chicos están alterados. ¿Qué pasó?, pregunto. Un negro de mierda, dice Damián, y lo veo nervioso. Pero qué pasó, repito. Nada, nada, minimiza Manuel, empujamos sin querer a la minita que estaba con él y quería que le pidiéramos disculpas. Un boludo, agrega Pedro. Bueno, ya está, digo, pero los chicos están inquietos, como los perros cuando sienten un gato en el techo o pasa otro perro por la vereda.

La música ya se apagó y se encendieron las luces, nos ponemos en la cola para salir, otra vez amontonados. Veo chicas con el maquillaje corrido, despeinadas, no quiero pensar que yo me veo igual. Con Lupe nos decimos cosas con solo mirarnos, nos entendemos y nos reímos.

Logramos salir, ya es de día. El ruido del mar y el sol sobre el agua. Miro hacia la costa, parece una postal. A la luz del día parecemos zombis recién salidos de una película. Las chicas perdieron el brillo y los chicos están sudorosos y arrugados. Me pregunto si el resto me verá tan mal a mí también.

Enfilamos juntos para la zona de taxis y ahí empieza todo.

32

Ahí está el pollerudo, dice Pedro casi a los gritos, y señala a un chico que sale del boliche con una chica de la mano. Vamos, le dice Matías, ya fue. Pero Pedro está excitado y se separa del grupo. Camina hacia el chico, que se detiene y echa para atrás a la chica, una rubia, linda, ella no parece Milipili.

Los chicos van detrás de Pedro y nosotras tras ellos. Me palpita el pecho, tengo una fea sensación. Vamos, le digo a Damián y lo agarro del brazo. No voy a dejar a Pedro solo, y se suelta de un tirón.

¡Pelea, pelea! Se arma un grupo alrededor de ellos, todos empiezan a alentar y algunos más se meten dentro de la rueda. Gritan. Con Lupe también gritamos y tratamos de sacar a los chicos de ahí, pero la manada nos va dejando a un costado. Se cierran y escucho golpes. ¡Basta, basta!, grito desde afuera del círculo. Son como una jauría, y el chico está solo.

La rubia que estaba con él se larga a llorar, unas chicas la rodean y le dicen algo. Otra sale corriendo en dirección al boliche, seguro que va a pedir ayuda. Miro la escena, pero no puedo ver nada, solo esa rueda hermética que parece tener vida propia, que se cierra cada vez más.

A mi lado Lupe no sabe qué hacer, nos miramos, ella también tiene lágrimas en los ojos. Tengo miedo, me dice. A mí no me salen las palabras.

De repente algo cambia, los gritos se acaban y se escucha el ruido del mar. El círculo se abre y todos corren, escapan en distintas direcciones. El chico queda solo, en el suelo. No se mueve.

Mis amigos pasan al lado nuestro, están cegados, no nos ven. Pedro tiene sangre en la ropa. Damián es el único que se detiene, está sin

remera. Tomá, me dice, y me da el celular, sucio. Tiene sangre en las manos y los ojos perdidos. Por favor, guardámelo, me pide, no se lo des a nadie, pase lo que pase. Y se va corriendo con la jauría, como un cobarde.

La rubia se acerca el chico que está en el suelo, se arrodilla y lo toca. Hay sangre alrededor del cuerpo. La chica se rompe. Llora. Corro hacia ella y no me gusta lo que veo. Escucho las sirenas.

Vamos, me dice Lupe con los ojos mojados, y me agarra del brazo. Vamos, repite, y yo no puedo moverme. Ese chico… me doblo y vomito. ¡Qué hacés, boluda! ¡Me ensuciaste!, me grita Lupe, tan nerviosa como yo.

Las sirenas están más cerca y me castigo porque no se me ocurrió llamar antes. Me alejo unos pasos, no quiero dejar a la chica rubia sola. Le doy una última mirada, me mareo un poco por la sangre, vuelvo a vomitar.

33

Todos corren, nadie se queda a esperar a la policía, nadie se queda con la chica rubia. No la podemos dejar sola, le digo a Lupe, mirá cómo llora. ¿Qué decís, boluda? Si nos agarran acá nos van a llevar presas. ¿Cómo le explico esto a mi mamá? Me agarra de la mano y empieza a correr, me dejo llevar. Nos alejamos de la zona del boliche, mejor llamamos al taxi lejos de ahí, no vaya a ser que el taxista nos pregunte algo.

Subimos la loma y vemos que todos siguen corriendo en distintas direcciones. Miro hacia abajo, ni siquiera veo el mar, solo me concentro en los patrulleros que van llegando al lugar de la pelea. Y atrás una ambulancia. Por favor, Jesusito, que esté bien ese chico, por favor, por favor, repito en silencio, y empiezo a rezar. Vamos, insiste Lupe, y saca su teléfono para pedir el taxi.

Hacemos el viaje en silencio, estamos las dos muy nerviosas. Yo además estoy triste. No me gustó lo que hicieron los chicos. El chico del boliche se iba tranquilo con la chica rubia, no sé por qué Pedro se puso así.

Llegamos a casa y entramos casi sin hacer ruido, son más de las siete. Si mamá se entera me va a prohibir unas cuantas salidas. Caminamos en puntitas de pie y cuando estamos a punto de entrar a mi pieza se abre la puerta de la de ella. ¿Te parece que son horas de llegar?, me dice, y me mira con los ojos como huevos fritos, se nota que está despierta hace rato. No, ma, es que se nos fue la hora jugando a las cartas… ¡No me mientas, Magdalena!, que yo también fui joven. Decime de dónde vienen. La miro a Lupe, ella baja la cabeza y me deja toda la responsabilidad a mí. Decido contarle la verdad, a medias, porque a la larga se va a enterar. Fuimos a una fiesta, mamá, el

cumpleaños era en un boliche, y estuvo tan divertido que se nos fue la hora. ¿Y por eso tenés esa cara? No parece que te hayas divertido tanto, ironiza. Además, vos sos menor, ¿qué clase de boliche es ese que dejan pasar a menores? Burlaste mi confianza, Magda, estás castigada. Mira a Lupe y dice: mañana voy a hablar con tu mamá, para que sepa que me mintieron. ¡Lo único que falta es que ahora tenga problemas con tu mamá!

Se va a su pieza y cierra con un portazo. Sé que mañana va a ser un día duro. Entramos en mi cuarto y nos sacamos la ropa que cambiamos por pijamas. Después vamos las dos hasta el baño y nos quitamos el maquillaje. Estamos preocupadas, pero no decimos nada.

Deslizo el catre que está debajo de mi cama y le pongo las sábanas a Lupe. Dejá, yo la termino, me dice, y me saca las cosas de la mano.

Vacío mi mochila, dejo el documento de mi prima en el cajón de la mesita de luz, tengo que devolvérselo cuanto antes, no puedo comprometerla a ella también. Meto la mano de nuevo para sacar el desodorante y toco el celular. Me había olvidado. Saco la mano como si me hubiera quemado. Lupe está en el baño, aprovecho para agarrarlo otra vez. Está prendido, pero no quiero verlo. Lo apago y lo guardo bien al fondo en mi cajón de la ropa interior.

Vamos a dormir, me dice Lupe de vuelta en la pieza. Nos acostamos y ella se duerme enseguida, la escucho respirar pesado. No entiendo cómo puede dormirse después de lo que pasó, porque tengo el presentimiento de que pasó algo horrible.

34

Mamá me despierta a los sacudones. Decime que no estabas ahí, Magda, decime que no estabas ahí. No entiendo nada, me dormí re tarde, y me cuesta saber de qué habla. También la despierta a Lupe, mamá está enojada, o nerviosa, no sé bien qué le pasa, pero grita y grita. Después se pone a llorar, se le cae la cabeza hacia el pecho, y tiene que usar la silla que está frente a mi escritorio. Me siento en la cama, Lupe tiene los ojos medio pegados todavía, no se sacó bien la pintura y tiene manchas negras. Mamá, qué pasa, le digo, pero ella sigue llorando. Me asusto y repto sobre mi cama hasta bajar por el lado de los pies. Me paro al lado y la acaricio. Ella se abraza a mi cintura, me moja el pijama de tanto que llora. Lupe me mira, no sabe qué hacer. Se levanta y se va al baño, creerá que es algo de familia y pienso en mis abuelos. ¿Le pasó algo al abuelo? Mi abuelo es viejito, tiene más de ochenta, y si bien pasó una neumonía cuando fue lo de la pandemia, quizás ahora le dio otra cosa. Mamá niega con la cabeza, incapaz de hablar.

Cuando se tranquiliza, Lupe ya está vestida y sentada en el catre, muda. Mamá levanta la cabeza y nos mira con los ojos rojos e hinchados. Díganme que no estaban ahí. Esa frase me da miedo, y no quiero que sea lo que estoy pensando. Ma, no sé de qué hablás. Quiero que sea una pesadilla, una mentira, un mal sueño. Quiero que anoche no hubiera existido. Mamá toma aire, le cuesta decirnos lo que sé que nos va a decir. Anoche mataron a un chico a la salida de un boliche. Al fin lo suelta y mi peor miedo se concreta. Mataron a un chico. Díganme que no estaban en ese boliche. Con Lupe nos miramos, no habíamos armado una versión común para contar. Mamá se da cuenta y se levanta de golpe. ¡Estuvieron ahí! ¡Por el amor de Dios! ¡Qué

horror, qué horror! ¡Miren si les pasaba algo a ustedes! ¿Qué le digo yo a tu mamá, Lupe?

Da unas vueltas por la pieza, se agarra la cabeza y se detiene. Nos mira con ojos de furia. ¿Vieron algo? ¿Saben lo que pasó? No, mamá, no sabemos nada, digo antes de que Lupe meta la pata. Ya tomé una decisión, ya sé qué vamos a decir.

Es horrible, mataron a patadas a un chico de dieciocho años, sigue mamá, un chico que estaba con la novia, pobrecita, habrá sido un horror para ella. Me quedo solo con una palabra: mataron. El chico está muerto. Muerto a manos de otros chicos como él. Y me vienen las dudas. Mis amigos estaban ahí, los que cenaron anoche en casa. No quiero creer que ellos hicieron algo, no, Damián no. No quiero pensar por qué estaba sin remera. Tampoco en por qué me dio su celular. Quiero llamarlo, pero no tengo a dónde. Quiero que mamá se vaya para contactar a Damián. Mamá sigue hablando, ya no la escucho. Me dan ganas de vomitar otra vez y corro hacia el baño. Mamá me sigue, pero le cierro la puerta en la cara. Tengo que mentir, tengo que mentir, me repito. ¿Estás bien?, me grita mamá desde afuera. Sí, sí, es que me hacía pis. Siento que sus pasos vuelven a la habitación, tengo que salir rápido, tenemos que armar un discurso igual con Lupe.

Cuando regreso Lupe está sola en mi pieza, ya deshizo la cama y guardó el catre. Lupe, tenemos que tener las dos la misma versión, le digo. Ya sé, es horrible, Magda, es horrible esto, y se le caen las lágrimas. Vamos a decir que en el boliche nos separamos de los chicos, que no los vimos más. Que nos fuimos antes de la pelea, a desayunar a un McDonald’s. Hay uno por la costa que está abierto toda la noche. Lupe asiente. Nos abrazamos y lloramos juntas.

35

El verano se acabó. Sigue, en el calendario sigue, y hay un calor pesado, pero para mí se acabó. Mamá me tiene castigada por lo del boliche y a Lupe la madre también le tiene prohibido salir. Pero después la cosa se puso peor, porque mis amigos están detenidos. Son sospechosos de haber matado al chico. Pusieron sus fotos por todos los noticieros y programas de la tarde, sin respeto a las familias ni a la edad, porque la mayoría, como Damián, son menores.

Mamá se puso como loca, nunca más viene nadie a casa, nunca más, me dijo. Aunque ya sé que esos "nunca más" de mamá son pasajeros, después se olvida y me levanta los castigos. Pero esto es grave, a mí me sacó las ganas de todo. Y tengo miedo por Damián.

Mamá no me deja ni ir a la playa, y no es que me muera de ganas de ir, porque sin Damián y el grupo me aburro, además estoy triste. Yo no hice nada, Damián tampoco hizo nada, bueno, quizás alentar un poco la pelea, pero todos alentaron. No quiero pensar en eso, porque yo sigo enamorada de Damián. ¿Cómo estará, lo tratarán bien? A veces tengo miedo de que le hagan cosas en la cárcel, en las películas siempre es así, los agarran en las duchas y… mejor no pienso en eso, pero no creo que acá sea igual.

Damián es un chico, por ahí se equivocó, pero no es un asesino, y Manuel tampoco. Pedro estaba muy excitado, no sé, a él no lo conozco tanto. ¿Habrían tomado y yo no me di cuenta?

Mamá también parece castigada, tampoco va a la playa, creo que tiene vergüenza por sus amigas de la carpa. Es como si fuera algo contagioso, como el virus, pero nosotros no tenemos nada que ver. El otro día la escuché hablar con mi tía, que también la retó a mi prima, porque se enteró de lo del documento, así que caímos las dos en el

castigo, y eso que ella es mayor de edad, pero se la banca; la tía solo la deja salir para que vaya a trabajar.

Mamá le decía que no sabía si tenía que buscar un abogado, para cuando me llamaran como testigo. ¿Testigo? Paré la oreja, yo no quiero ser testigo de nada. Hasta ese día no había querido ver más la tele porque en todos los programas hablaban de “la manada asesina”, y no me gustaba eso, porque no era así, los ponía a la altura de animales. Pero después de la conversación de mamá con la tía volví al caso, y ahí me enteré de que buscaban testigos, gente que hubiera pasado por ahí esa madrugada, y en especial a todos los que habían estado en el boliche. Ya tenían varias pruebas, hablaban de las cámaras de afuera, de varios testigos y de los celulares de los detenidos, aunque hacían hincapié en que faltaba uno. Pedían que si alguien lo había encontrado lo llevara. Ese alguien era yo, pero por nada del mundo iba a traicionar la confianza de Damián.

Papá me llama por teléfono casi todos los días, él parece preocupado, pero no enojado, y eso me da un poco de respiro, porque vivir con mamá es como vivir con un rottweiler, por todo me ladra. Si papá estuviera cerca me iría unos días con él. De haber aceptado pasar las vacaciones allá todo esto no habría pasado. Como un efecto dominó, si no hubieran venido a comer a casa todo lo que pasó después no existiría. Pero ya está, no quise ir, y todo por Damián, para no dejar de verlo, para poder disfrutar los días de playa y bicicleta.

Me llamó la mamá, no sé cómo consiguió mi número, estaba desesperada. Es re linda la mamá de Damián, él salió a ella, que fue modelo. Quería saber qué habíamos hecho, le repetí la misma historia que ya había contado.

36

Los chicos están imputados ahora. No entiendo bien qué quiere decir, pero parece que es importante porque todos los noticieros hablan de eso. Por suerte mamá no me quitó el teléfono ni me sacó los datos, al menos puedo estar conectada. Se me está yendo el color en la cara, ahora sí tengo ganas de ir a la playa, salir un poco de casa. Me parece que mamá también se está cansando de estar encerrada, es como que se castigó ella misma y no entiendo por qué.

Busco en Google qué quiere decir imputado. "*Imputado, imputada. Adjetivo · nombre masculino y femenino [persona]. Que ha sido acusado de un delito*". Eso ya lo sé, desde el principio que se los acusa de un delito. Sigo metiéndome en las páginas, entro en una de derecho penal y me sigo sumergiendo en un mundo de leyes y normas que no entiendo. Habla de la Constitución, sí, la estudiamos en tercero, o segundo, no le di mucha bola, ahora veo que es importante. Hay muchos derechos ahí, la Carta Magna, y me encuentro leyendo sobre las garantías de los imputados. Damián tiene derechos, ¿se los estarán cumpliendo?

Al principio nadie podía visitar a los chicos, después mostraron imágenes de cuando los padres iban a verlos. Me dio pena ver a la mamá de Damián, estaba destruida, no parecía ella.

A Lupe ya le levantaron el castigo y ella empezó a ir a la playa, conoció chicos nuevos, de la Capital, y eso que ya está por terminar el verano. Me manda fotos con ellos, son lindos, pero ninguno como Damián. Con ella no volvimos a tocar el tema, y menos por teléfono. Ella parece que está bien, yo sigo preocupada.

Lo único que hago es estar en la compu, busco en las redes los perfiles de los otros detenidos, los otros que se metieron en la pelea y que no conozco más que por los nombres que vi en la tele.

En uno dice: "*No crean todo lo que ven en las noticias, solo los que estuvimos ahí sabemos lo que realmente pasó. No hagan caso a las redes. Soy la novia de Santi y él es inocente*".

Santi, uno bajito con cara de nada. Hago memoria y vuelvo a esa madrugada. Antes de que el círculo se cerrara del todo lo vi pegarle al chico. Al igual que Pedro. Sé que tendría que ir a declarar, pero si voy me van a preguntar por Damián. Y yo no vi nada. La rueda después se cerró y no sé lo que pasó ahí adentro.

Busco a otro, no está en las redes y me parece raro, todos usamos redes. Me queda uno, lo encuentro en Instagram, lo último que tiene es del día de la pelea. "*No entiendo a la gente. Me llenan de mensajes deseándome la muerte y que me violen, pero no estuvieron ahí. Me culpan por no haber parado la pelea como si eso fuera fácil. Si yo decido tomar la decisión de suicidarme y luego se demuestra mi inocencia, todos ustedes serán culpables del mismo delito que me acusan*". Me quedo pensando en qué habrá querido decir.

Los días siguen uno igual al otro y la noticia del caso de "la manada" va perdiendo fuerza en los medios; el divorcio de una de las parejas más famosas de la temporada está ahora en todos los programas. Mejor, ya no quiero ver más la cara de la mamá del chico muerto pidiendo justicia.

Cuando quedan apenas unos días de carpa paga, mamá me levanta el castigo y me deja ir a la playa. Me saco el pijama que se me hizo carne hace casi ya dos meses y me pongo la malla, tengo que atarla más apretada, parece que adelgacé. Vamos juntas, me dice mamá, ella también está pálida. ¿Puedo avisarle a Lupe?, le pregunto. Está bien, dice sin estar demasiado convencida. Antes de salir le mando un mensaje. Te veo allá, me contesta.

En la carpa estamos solas. Mamá se debe haber asegurado de que las amigas no iban, no entiendo por qué no quiere verlas, yo extraño mucho a Lupe. Aunque a ella también le gusta Damián, es mi mejor amiga, como mi hermana, aunque no sé lo que es tener una hermana, porque mi hermanito vive lejos y es apenas un bebé.

Le pido permiso a mamá para ir al balneario de al lado a buscar a Lupe, dice que sí. Hago unos pasos y me dice que tengo que comer más.

Camino por los pasillos y me siento extraña, como si todos me miraran, pero nadie me mira. ¿Alguien se acordará de haberme visto con Damián?

Cuando veo a Lupe nos abrazamos y de nuevo me siento segura. Boluda, estás re flaca, me dice, pasame la receta, y se ríe. Yo apenas hago una mueca.

37

Estoy en la compu viendo tutoriales para hacer uñas esmaltadas. Papá me preguntó qué quiero para mi cumple y le pedí una cabinita de secado. Lo que yo quiero de verdad es que salga Damián, que venga a casa y me abrace, al menos por mi cumpleaños. El año pasado, que hacía poco que nos conocíamos, me dio vergüenza invitarlo, pero ahora podría. Igual no creo que haga nada, no me da para festejar. Pero lo de las uñas me entusiasma, si aprendo bien puedo trabajar de eso y juntar plata para el viaje de egresados. Por suerte ya lo están pagando, porque con todo lo que pasó tuve miedo de que mamá también me castigara con eso.

Menos mal que a mamá se le pasó la locura de denunciar al boliche. ¿Cómo hay tan poco control en la entrada de un lugar para adultos? ¿Es que no se dan cuenta de que les muestran documentos falsos? No son falsos, mamá, los documentos son verdaderos. Bueno, vos entendés lo que te digo. Por suerte la convencí de que no hiciera nada, porque la podía perjudicar a mi prima. Mamá, ella es mayor y me lo prestó, ¿y si la que después va presa es ella? Eso la frenó. Ahora sí que nunca más a un boliche, hasta que no tenga veinte no me va a dejar salir. Igual me daría miedo ir de nuevo.

Videollamada. Es Lupe. ¿Te enteraste, boluda?, me dice antes de decirme hola. Mamá se queja de que Lupe es mal hablada, y sí, un poco sí. Yo a veces cuando estamos con los chicos largo alguna, pero no me gusta. Lo hago porque todos lo hacen, porque si no me dicen que hablo como una señora. Tampoco está mal ser una señora, digo. ¿Qué pasó?, le pregunto. Nena, ¿vivís en un taper? Le cuento lo de las uñas y se entusiasma con la idea. Yo también le voy a pedir una a mi papá, me dice, y eso no me gusta, es mi negocio, no el de ella. Tengo

que aprender a callarme, porque, aunque ella es mi mejor amiga, a veces siento que quiere todo lo que yo tengo, que se copia. Bueno, decime, ¿de qué me tenía que enterar? ¡Salió Manuel! ¿Manuel?, repito como una boba. Sí, boluda, Manuel, lo dejaron ir a la casa. Parece que el abogado presentó unos papeles, no sé bien, pero salió. El corazón me late fuerte, es buena noticia, si salió Manuel va a salir Damián. ¿Y Damián?, le pregunto mientras saco el tutorial y busco noticias. Veo fotos de Manuel, sé que es Manuel, aunque tiene la cara borrosa. Ahora ponen filtro en las imágenes cuando se cansaron de mostrar fotos por todos lados. Atrás van los papás, la madre tiene anteojos negros. Sigo buscando en las distintas páginas, pero es la misma imagen, aunque de otros medios o ángulos. ¿Y Damián?, repito. No sé, boluda, pero por ahí podemos hablar con Manu, me dice.

Corto y me quedo pensando. Tengo que hablar con Manuel, es el único que me puede decir cómo está Damián. Le mandé varios mensajes a su hermano, por Instagram, pero Damián tenía razón, Ramiro es un ortiva, solo me contestó una vez y me dijo que él no sabía nada. ¿Cómo no sabía nada de su hermano? No quise molestar a la madre, aunque ella me había llamado a mí.

Si Manuel no me dice nada la voy a llamar a ella. ¿Querrá hablar Manuel? No somos tan amigos, siempre la amistad fue por Damián, pero yo creo que me va a dar bola. Empiezo a mandarle un mensaje y me doy cuenta de que no tiene celular; se los sacaron a todos. Me acuerdo del teléfono de Damián que está durmiendo en mi cajón.

No me animo a prenderlo por miedo a lo que hay ahí guardado. Además, como pasa en las películas, capaz que lo puedan localizar y después quedo enganchada yo. Y yo no tengo nada que ver, solo se lo estoy guardando para cuando salga.

Le mando a Manuel un mensaje por Instagram, seguro que en algún momento se conecta y me contesta.

38

Espero dos días, pero Manuel no ve el mensaje. Supongo que los padres le prohibieron las redes, castigo extra. Yo si mi hijo está preso cuando vuelve a casa trataría de mimarlo, de darle todo en vez de castigarlo. Bastante habrá sufrido en la cárcel. ¿Y si voy hasta la casa? La madre parecía buena onda, no sé, ¿me dejarán verlo?

No le digo nada a Lupe, por las dudas, tampoco le aviso a mamá, que está trabajando, hace unos días se le acabó la licencia y ahora está haciendo horas extras, así que estoy mucho tiempo sola.

La casa de Manuel está cerca, fui algunas veces en bicicleta, siempre con Damián, pero la bici está desinflada, o pinchada, mejor camino.

Todos se borraron, el grupo que tenía Damián desapareció, nadie quiere quedar pegado. ¿Qué clase de amigos son que ante el menor problema se borran? En los primeros días de enero éramos como diez, y cuando pasó todo se fueron bajando del grupo de WhatsApp hasta que quedé sola. Sola con Lupe.

Toco timbre, al ratito una cortina se mueve y veo una sombra. La puerta se abre, es la mamá de Manuel. Magda, ¿no?, me dice. Hola, sí, vengo a ver a Manuel, si se puede. Sonríe, pero los ojos los tiene tristes. Me deja pasar y nos quedamos las dos en medio del comedor. Gracias por venir, ahora lo llamo.

Desaparece por un pasillo y empiezo a transpirar. Me pone nerviosa la situación y quiero irme. Escucho voces que se acercan, primero aparece el perrito, un caniche gris que salta a mi alrededor. Atrás viene Manuel, aunque no parece él. Está gris, como el perro, y muy flaco. También tiene la mirada triste. El único contento en esa casa es el caniche.

Los dejo hablar, dice la mamá, y se va a la cocina. Hola, dice

Manuel, y ni siquiera su voz es la misma. Me asusta, ¿estará igual Damián? Hola, le digo. Y nos quedamos ahí parados sin saber qué hacer, hasta que Manuel da unos pasos y se sienta en el sillón. Me siento frente a él, me retuerzo las manos. Quería saber cómo estabas, le digo. Levanta los hombros. Bueno, pero ya estás en tu casa, digo para romper el hielo. Quiero decir tantas cosas y no me sale ninguna. Lo veo tan mal que me da pena preguntar por Damián. ¿Te trataron bien ahí? Ni siquiera menciono la palabra cárcel. Sí, eso sí, me dice, y me tranquiliza.

La mamá aparece con una gaseosa y dos vasos. ¿Quieren galletitas? Como él no contesta le digo que no. Se va de nuevo, el caniche que se había acostado al lado de Manuel la sigue.

¿Y Damián?, me animo. Vuelve a levantar los hombros. Se hace difícil conversar con él. ¿Está bien? Nadie puede estar bien encerrado, dice, y noto un cambio de actitud. Quizá le molesta que pregunte por su amigo, se da cuenta de que estoy ahí por Damián y no por él.

Me levanto. No quiero molestarte, le digo, solo quería saber cómo estabas. Hago unos pasos y lo escucho: quedate. Hace una pausa. Sos la única que vino, todos se borraron. No sé qué decirle. ¿Vos también creés que soy un asesino? No, Manuel, si pensara así no estaría acá. Creo que fue un accidente, le digo, aunque no estoy muy segura.

Me cuenta la rutina de la cárcel en un pabellón especial, separado del resto de los presos. Al principio nos insultaban, dice, nos amenazaban. Nos pusieron psicólogos, pero yo no dije nada, no creo en ellos. Me dice que él compartía celda con Matías, a Damián le tocó con Pedro. Cuando salíamos al patio siempre íbamos en grupo, teníamos miedo, agrega. Después se queda en silencio, como recordando algo. Espero.

Damián empezó a leer, ¿podés creer?, me dice, y nos reímos. Sacó de la biblioteca un libro de King. ¿De King? Stephen King, el del terror. Le pregunto si podían comunicarse con el exterior y me dice que tenían un teléfono para los cuatro, habilitado solo para comunicarse con la familia. Nada más. Me quedo con las ganas de pedirle el número.

Escucho el ruido de la puerta de calle y enseguida aparece el padre. Manuel se pone nervioso. Me levanto. Me tengo que ir, le digo. El

padre mira, saluda y sigue para la cocina.

Manuel me acompaña hasta la puerta y ahí me dice: gracias por venir.

39

Empiezan las clases y el primer día es raro. Varias de las chicas del grupo viajaron por el verano, por eso no nos vimos, pero el reencuentro no es como todos los años. Me doy cuenta de que me evitan, me miran raro. Solo Lupe está conmigo. A ella también la dejan de lado.

En la segunda hora aparece la directora, faltó la profesora de geografía y nos da una charla sobre violencia. Sé que la charla no es casual y me siento incómoda. No menciona específicamente el episodio, pero yo siento que nos mira a Lupe y a mí. Quiero que se termine rápido. Un chico saca el caso del boliche y plantea el tema de la lealtad a los amigos frente a la verdad. Interesante tema, dice la directora. Y hace una pregunta hipotética: si ustedes presenciaran un asesinato en el cual el agresor es un amigo, ¿declararían como testigos? Siento que todas las palabras están dirigidas a mí, como si todos supieran que yo estuve ahí y que tengo un teléfono guardado que podría tener pruebas. Que tiene pruebas, cada día estoy más segura. De otra forma, ¿por qué Damián me lo dio? Hasta ese momento estuve contenta de que hubiera confiado en mí, me había dado su teléfono a mí, pero ahora siento que me hizo cómplice.

Se arma el debate y las opiniones están divididas. Algunos sobrevaloran la amistad, otros pelean por la verdad. Yo me quedo callada, siento los ojos de la directora que me insta a hablar, pero me hago la tonta y no digo nada. Por suerte suena el timbre y todos salen apurados.

Manuel me escribe por Instagram, él no puede salir para ir al colegio, menciona la tobillera. No me di cuenta el día que fui a verlo, seguro que la tenía tapada. Me pregunta si voy a volver a visitarlo, le

digo que sí, pero tardo unos días en volver.

Cuando voy está solo. Lo veo mejor, menos gris y con el cuerpo como antes. Está más animado también, porque su abogado planteó unas nulidades en unas pruebas y su condición en el expediente cambió. Me explica que aprendió mucho de derecho penal, que por ahí cuando termine se anota en abogacía. Mi papá no quiere saber nada, dice que me pagó una técnica para que sea ingeniero, me cuenta, pero a mí no me interesa.

Además, con todo lo que aprendí de mi abogado, creo que sería un buen "cuervo", y se ríe.

Quiero preguntarle, pero tengo miedo de su reacción. Él se da cuenta y se levanta. Llama al perro, lo hace jugar un rato. Manuel… no te ofendas, pero… ¿vos tuviste algo que ver? Listo, ya está, lo dije. Me mira serio. Estaba ahí, me dice. Ya sé, pero digo… ¿vos le pegaste? Se va hacia la ventana, se toca el pelo como cuando está nervioso. Vuelve. No hice nada para que no le pegaran, dice. Pero… ¿lo tocaste? Niega. ¿Y Damián? No quiero hablar de eso, Magda, mejor andate. Perdoname, le digo. Me levanto. Me acompaña hasta la puerta.

Camino hacia casa y tengo la esperanza de que Damián tampoco lo haya tocado. Ya me parecía a mí que Manuel no le había pegado a ese chico, Manuel no tiene la onda de pegar. Damián por ahí sí, es más canchero y hace muchas bromas racistas, pero no creo que lo haya hecho.

Una vez en la playa se agarró a las piñas con uno de la Capital, fue por una pavada, pero como estábamos las chicas no quiso quedar como un cagón. El otro lo provocó, eso me quedó claro, y Damián se enganchó enseguida en la pelea. Le partió el labio y lo tumbó en la arena. Si no era por Matías que lo paró creo que le seguía dando, y eso que el chico se había rendido. No sé, no quiero acordarme de eso.

Hasta ahora las pruebas lo tienen como partícipe necesario, eso me lo explicó Manuel, quiere decir que no es el principal sospechoso. La peor parte se la lleva Pedro, él sí está complicado, con esa prueba de nombre raro. No me afecta, Pedro no me cae bien. Pero Manuel, pobre Manuel. Me está gustando un poco Manuel, tiene esa cara de triste, de bueno, aunque no tiene los ojos de Damián, los de él son comunes, marrones, pero mira lindo igual.

Al final no le pedí a Manuel el número de teléfono que tienen en la cárcel para llamar, me dijo que era solo para la familia. La próxima vez que vaya se lo pido.

Llego a casa y me encuentro con la noticia. Mamá está pegada al televisor, hay una placa fija con un título que no me gusta. Son los audios de grabaciones del día de la muerte del chico. Y escucho la voz de Damián. Damián gritando. Damián alentando. Me acerco y me siento al lado de mamá. Los subtítulos ponen el nombre de Damián, me da escalofrío. Aparece un fiscal y empieza a hablar, pero ya no lo escucho.

Me voy a mi habitación, mamá me sigue. Me tiro en la cama, mamá se sienta al borde, me acaricia la cabeza. Lloro. Por primera vez me permito llorar delante de ella.

40

La causa avanza. Pedro y otro de los chicos están imputados como coautores del crimen, ahora sí me animo a decir que fue un crimen. Los otros siguen como partícipes necesarios. Algunos fueron trasladados de cárcel, ahora ya no están todos juntos. Me agarra miedo otra vez por Damián, si queda solo le pueden hacer cualquier cosa. Y en esa cualquier cosa me imagino que lo violan. No me animo a preguntarle a Manuel directamente sobre el tema, obvio que lo va a negar, no me va a contar que le hicieron eso.

Siguen apareciendo pruebas, videos y mensajes de WhatsApp que muestran un poco mejor el rol de cada uno. Aunque de Damián, más que el audio que ya dio vueltas por todos lados, no hay nada. Ninguna cámara lo enfoca. Me aferro a eso, si ninguna cámara lo grabó es porque no tuvo nada que ver. En algunas filmaciones se lo ve a Manuel, parado ahí en medio sin hacer nada, ni siquiera mueve los brazos, está como paralizado. Me da pena, Manuel siempre me pareció débil. Me costó ver los videos, me daba miedo lo que iba a encontrar. Ya no pensaba en el chico muerto, solo en Damián. No quería verlo ahí, pegándole a alguien indefenso, porque por más que el chico se defendiera, estaba solo. Y los otros eran muchos.

Pasé mi cumple. Fue un cumple raro, no vino casi nadie, solo mi familia, mis primas y Lupe. Las demás chicas pusieron excusas. Le pedí a mamá cambiar de colegio, no me siento cómoda, aunque nadie me dice nada, está el vacío.

Papá me compró la cabinita de uñas y con la plata que junté voy a pagar el curso, así puedo trabajar después. Eso me entusiasma. Además, no pienso tanto.

Con Manuel nos escribimos por Instagram, está entusiasmado con

que dentro de poco va a quedar fuera del caso, el abogado le dijo que lo van a sobreseer. No sé bien qué es eso, pero él dice que va a quedar libre y que va a poder sacarse la tobillera. Debe ser re incómodo estar con eso todo el tiempo, ¿cómo hará para bañarse? No me animo a preguntarle.

A veces le pregunto por Damián, pero me dice que no sabe nada. Me suena raro porque tienen el mismo abogado, pero se ve que él no le pregunta. Por ahí se pelearon, me daría pena que se peleen, eran re buenos amigos.

Llega el día del curso. Por suerte a Lupe le fue mal en una materia y no le compraron la cabinita. No quiero que haga lo mismo que yo, a veces siento que me copia todo, como cuando me compré los patines.

Voy caminando, es cerca, para el lado del centro. No me doy cuenta de que es el día de la marcha. Nunca fui a una marcha, pero las veo en la televisión. Siempre pensé que debía ser muy fuerte participar de algo así. Pero esta marcha es especial, es por la muerte del chico del boliche y no sé por qué, cuando los veo venir, me siento culpable.

Me paro en la esquina, vienen directo hacia donde estoy yo. Son un bloque de gente, pero yo veo primero a la madre. No es lo mismo verla en la tele que estar ahí. Se me para el corazón, me duele, siento una puntada. Es la culpa. Pienso en ese teléfono que tengo escondido en el fondo de un cajón. ¿Por qué me lo dio Damián? ¿Qué hay ahí? Miro otra vez a la mamá. Ya no llora. Ahora tiene otra foto del hijo, más grande, en color, pero yo la veo gris. Al lado está el padre, sostiene una de las puntas del cartel de tela donde reclama justicia. “Justicia por Francisco”. Del otro lado está la chica rubia, la novia. Ella tampoco llora, se cortó el pelo a lo varón, en una declaración dijo que hizo una promesa. Sin pensar me llevo la mano al pelo, no sé si sería capaz de cortármelo por una promesa. Debió amarlo mucho, y pienso en esas novelas tristes de amores trágicos.

Me quedo paralizada. La marcha avanza, pasa por la calle, son muchos. Cientos de fotos y carteles. Muchos rostros, muchos nombres. No es solo por el chico muerto en el boliche, hay otros muertos, otros padres, otras novias y amigos. Víctimas de la violencia.

La manifestación sigue pasando, parece no terminar más, cuadras y cuadras de gente que pide justicia. Qué es la justicia, me pregunto,

cuando tenés un amigo muerto, un novio muerto. Por más que los culpables vayan presos nadie te devuelve a esa persona, nadie te saca ese dolor.

Ya no tengo ganas de ir al curso, pienso en la superficialidad de las uñas, y aunque sé que después me voy a arrepentir, me sumo a la marcha y me siento distinta. Me mezclo entre la gente y de la nada empiezo a llorar. Lloro como si a mí se me hubiera muerto alguien. Una desconocida me agarra del brazo y me da un pañuelo descartable. Me limpio los mocos, pero no puedo dejar de llorar. La mujer que está al lado mío me dice algo, no la escucho.

La procesión no se detiene, ya no lloro. Alguien me puso en las manos un cartel que llevo en alto. Ni siquiera lo miro, pero creo que es la cara de una chica. Nos detenemos en la municipalidad y alguien empieza a hablar por un megáfono.

41

Mamá me pregunta cómo me fue en el curso, le digo que la clase se suspendió porque la profesora estaba enferma. No quiero mentirle, pero sé que no le va a gustar enterarse de que fui a una marcha. A ella no le gustan los amontonamientos de gente y menos que me involucre en cosas raras. Creo que tiene miedo por cuestiones del pasado, sé que mi abuelo estuvo detenido en la dictadura, después lo soltaron, pero de eso no se habla mucho.

Llamo a la academia y pido disculpas. Me dicen que la primera clase es fundamental, que van a tratar de ponerme al día en la segunda, pero que no se puede retrasar al grupo. Reitero las disculpas e invento un velorio en la familia. Ah, perdón, lo siento, me dice la secretaria, le voy a pedir a la profesora que te reciba un ratito antes. Gracias, muchas gracias, le digo. Me estoy volviendo una mentirosa, no me gusta, pero a veces no queda opción.

Lupe anda borrada, no sé qué le pasa, me parece que los padres saben que yo visito a Manuel y tienen dudas. Creo que la cosa viene por ahí. Nos mandamos mensajes de vez en cuando, pero ya no es lo mismo. Quiero cambiarme de colegio, me siento sola de amigas, pero recién arranca el año y es difícil. Con mi prima me llevo re bien, pero ella empezó la facultad y no tiene mucho tiempo. Quiero que venga el invierno, porque con los días lindos dan más ganas de salir y no tengo con quién.

Manu tiene un nuevo celular, me manda un mensaje. *Freedom*, dice. Mi inglés no es muy bueno, pero sé lo que eso significa. ¿Es lo que yo creo?, le escribo. Sí, sobreseído, contesta. Qué bueno, me alegro de verdad, le digo. Y se me llenan los ojos de lágrimas. Me cuenta que su papá lo deja estudiar abogacía, pero que no tiene que llevarse ninguna

materia. Le pregunto qué onda con sus amigos y tarda un rato en contestar. Cuando lo hace me dice que se borraron todos, que el único que le manda mensajes de vez en cuando es “El Pitu”, pero que como se cambió de colegio ya no tienen mucho en común. Se fue a una escuela normal, me dice, y entiendo que se refiere a una que no es técnica. ¿Y por qué no te cambiás vos también? Le cuento que yo quiero empezar en otro lado porque las chicas me hacen el vacío. No bien termino me arrepiento, a él le va a pasar igual, o peor, porque estuvo preso.

Cuando termino de mensajearme con él entro a Google, quiero saber qué dice en relación a la libertad de Manuel. Él me dijo que era definitiva, pero quiero conocer el motivo. Quiero saber si Manuel es de verdad inocente.

En todos los portales de noticias hablan de lo mismo y la información es similar: falta de pruebas. En una parte hay una copia de un expediente donde el juez de garantías dice: “Si bien se ha acreditado que el co-encausado estuvo con los demás esa noche, hasta la actualidad se han llevado a cabo innumerables medidas de investigación que no han permitido vincularlo a la muerte de Francisco”.

Sigo buscando, y la noticia se repite. Ni en las ruedas de reconocimiento, ni en los seguimientos de las cámaras de seguridad o pericias a los celulares aparece intervención de Manuel en la pelea. Pelea le digo yo, porque en las noticias hablan de ataque, de golpiza.

Ningún testigo dijo que Manuel había golpeado al chico que murió, y testigos había muchos. Eso me tranquiliza. ¿Y Damián? Sigo pensando en Damián, a quien miro en las fotos que tengo guardadas en el celular.

Por primera vez en todo ese tiempo se habla del después. Del momento en que los detuvieron. Quizá se habló antes y yo no lo vi, mis entradas a Google para buscar siempre fueron dirigidas a algo concreto, en especial para saber sobre Damián. Ahora me entero de cómo fueron interceptados por la policía cuando escapaban. Todos huyeron menos Manuel, que detuvo su carrera enloquecida cuando subieron la loma de la costa. Y se quedó ahí, al menos eso dice la nota. A los demás los detuvieron después, se habían separado. Pedro tenía

las manos lastimadas y sangre en la ropa. Damián iba desnudo de la cintura para arriba, y también tenía sangre en las manos. No quiero leer eso, mejor cierro las páginas. Me quedo con la imagen limpia de Manuel.

42

El curso de esmaltado me encanta. Ya aprendí a cuidar la uña, remover las cutículas, y papá me mandó plata para que compre los esmaltes, porque todo eso es caro. Para la tercera clase tuve que llevar una modelo y fui con mi prima, le pinté las uñas con esmalte común. El último día será el esmaltado semipermanente, que se lo voy a hacer a mamá.

Con Manuel salimos el otro día a andar en bicicleta, aprovechando que quedan pocos días de calor. Cada vez me gusta más, incluso con ese aire de tristeza que tiene encima. Creo que también le gusto, pero es tímido y sé que no va a dar ningún paso.

Mamá no sabe que lo estoy viendo, sé que por más que haya sido sobreseído a ella no le va a gustar. Es como que ya está manchado. Yo le creo. Porque cada día Manuel se va abriendo un poco y me cuenta. Hasta ahora no mencionamos a Damián, aunque yo siento que está entre nosotros.

Me entra un mensaje, es de Lupe. Me parece raro porque hace días que no nos comunicamos. Ella se alejó de mí. ¿Te enteraste, boluda?, leo, y una alarma se dispara en mi cabeza. ¿De qué?, el pecho me late fuerte. Salió Damián. La llamo, pero no me atiende. ¿Cómo que salió? Mientras vuelvo a llamarla enciendo la compu y busco en Google. Pongo un noticiero en directo y ahí está el móvil, frente a la casa de Damián, llena de gente con carteles. Gente que grita y tira piedras. Pienso en la madre, estará feliz, aunque le quede la casa toda rota.

Lupe no me atiende. Le mando mensaje a Manuel. Salió Damián, escribo. Me clava el visto, pero nada. Necesito hablar con alguien, pero nadie quiere hablar conmigo. Tiro el celular en la cama y me concentro en las noticias. La situación de Damián no es como la de

Manuel, por lo que entiendo él no está en libertad, sino que está preso en su casa. Prisión domiciliaria, como arrancó Manuel. Me da esperanzas. Seguro que en unos días le dan el sobreseimiento también. Tienen el mismo abogado, ese con doble apellido que aparece en todos los canales. Ya lo había visto antes, en el caso del corredor de autos que atropelló al nene. Un caso horrible también, porque el nenito no quedó bien. Y el corredor salió libre.

No sé si quiero que Manuel sea abogado, tienen que trabajar con cosas espantosas.

¿Y si lo contrata un violador? ¿Qué piensan los abogados que defienden a los asesinos y violadores?

Pienso en las pruebas. No son las mismas que tenían en contra de Manuel. Hay audios con la voz de Damián que alienta la pelea, hay videos que lo sitúan dentro del círculo, aunque no se lo ve golpeando. En una de las entrevistas su abogado dijo que la sangre que tenía en las manos era porque había querido ayudar al chico que estaba en el suelo.

Tengo que ir a verlo, quiero verlo, quiero que me cuente qué pasó. Qué pasó dentro de esa rueda humana que me dejó fuera y que terminó con un chico de nuestra edad muerto. Necesito saber si está todo bien y por qué tengo ese teléfono guardado.

¿Por qué me dio su teléfono? ¿Por qué estaba sin la remera? ¿Qué hizo con ella? Tantas preguntas sin respuestas que solo él me puede dar.

Dos horas después Manuel me contesta. Ya sé, me dice, nada más. Presiento que esa amistad está quebrada, como la mía con Lupe. Será que todos los que estuvimos ahí esa noche tenemos culpa. O vergüenza. O ambas cosas.

Quiero que pase el día, no puedo caer en casa de Damián ahora. Supongo que la madre está tan ansiosa como yo para verlo, para abrazarlo y tenerlo al fin con ella. Las pocas veces que la vi en fotos luego de aquello parece otra. Sé que tuvo que cerrar la escuela de modelos, pobre mina. A mí me hubiera gustado ser su alumna, ojalá que cuando todo esto termine la pueda abrir de nuevo.

43

Ya pasó una semana de que salió Damián. Le mandé mensaje por Instagram, pero nada. Le pregunto a Manuel si lo fue a ver, me dice que no, que los padres prefieren que tome distancia, de él y de todos. Lo entiendo. Mamá se enteró de que me junté con Manu algunas veces y se puso loca. Por eso no le digo nada y salgo para la casa de Damián. Necesito hablar con él.

Me visto linda y me pongo un poco de rímel, y también perfume. Abro el cajón donde tengo el celular escondido y lo saco. Se lo tengo que devolver, pero a último momento me arrepiento. Lo guardo de nuevo al fondo del cajón, entre mis bombachas y jabones perfumados.

Mientras camino me doy cuenta de que es día de marcha, la marcha de las víctimas del dolor. No quiero cruzarla, no quiero sumarme esta vez. Ya fui a tres, creo que de alguna manera me saca la culpa que siento. Pero hoy no quiero. No quiero que Damián me vea con los ojos hinchados, bastante mal la debe haber pasado él.

Ensayo el discurso que voy a decirle, pero cuando llego ya se me olvidó todo. Me paro frente a la casa, todavía tiene las pintadas y marcas de piedras en las maderas. Toco el timbre y se asoma la madre por la ventanita de la puerta. Me abre y me sonríe. ¿Venís a ver a Damián?, pasá, se va a poner contento.

La miro, sigue siendo re linda pero está más arrugada, como si se le hubiera caído la cara. Ahora lo llamo, está en su cuarto. Me deja sola. Estoy nerviosa, me sube un calor por los cachetes y me tiemblan las piernas.

Lo oigo venir, escucho sus pasos. Me mira expectante, no dice nada. Y yo me quedo dura. Está igual de lindo que siempre, más alto, o más flaco. Hola, le digo. Hola. Me alegra que estés en tu casa. Y a mí más,

dice, con su ironía de siempre. Sonrío y la tensión se afloja. No me llamaste para hacer galletitas, bromea, y me sorprendo de que en un momento como ese pueda hacer chistes. Me tranquiliza que todo siga igual, aunque yo no me siento igual. Entonces pienso que no le hicieron nada en la cárcel, nada de eso que yo me imagino que les hacen a los presos. Estaba jugando al Lol, me dice, mis abuelos me arreglaron la compu para que no me aburra, porque estaba tan vieja que ya no servía. Sabés que no puedo salir de la casa, ¿no?, se levanta el pantalón y me muestra la tobillera. Es re buchona, *ja, ja,* no puedo alejarme del control de mando, y señala hacia la pared. Bueno, pero será por poco tiempo, a Manuel lo sobreseyeron, digo, aunque él ya lo sabe. Se levanta de hombros. Lo mío es más difícil, dice, y me entra un frío tremendo.

Camina hacia la cocina y lo sigo. Pone la pava en la hornalla. Damián, ¿qué pasó?, pregunto bajito, porque la mamá anda cerca. Vos sabés lo que pasó, estabas ahí. No, yo no vi nada, estaba fuera de la ronda esa. ¿Mi celular?, pregunta y me clava esos ojos tan lindos que tiene. ¿Qué hiciste con mi teléfono? Nada, le digo. ¿Cómo que nada? ¿No lo viste? No, Damián, es tuyo, ¿cómo lo iba a mirar? Prepara el mate y mueve la cabeza. Sos de no creer, y después dicen que las minas son chusmas.

Nos sentamos y se sirve un mate. ¿Te trataron bien?, le pregunto. Sí, al menos no nos cagaron a palos. La comida era una bosta, pero no había otra cosa. Por suerte mi vieja me llevaba cosas ricas. Me da un mate. Pensé que me ibas a mandar unas de tus galletitas. No se me ocurrió, le digo.

Tengo miedo de sacar el tema, pero siento que debo hacerlo. ¿Pensás en el chico ese?, largo de golpe. Se hace un silencio pesado, lo veo morderse el interior del cachete, gesto que hace cuando está nervioso. A veces, me dice, pero él se lo buscó. ¿Cómo podés decir eso? ¡Estábamos todos de joda! Y el boludo se quiso meter con nosotros para hacerse el machito delante de la novia. Pero eso no justifica lo que pasó, Damián. Ya lo sé, pero el pibe caducó.

Lo escucho decir eso y el mate se me atraganta. Le digo que me tengo que ir. Se da cuenta de que se zarpó, pero Damián nunca da la razón. Me acompaña hasta la puerta y desde ahí me dice: traeme el

celular.

44

Me voy a casa con una sensación fea. No me gusta lo que hablé con Damián. Esperaba verlo triste, preocupado, y no con esa ironía y autosuficiencia que antes me gustaban.

Me tiro sobre la cama y lloro. Pienso en la chica rubia y en la carta que escribió para el cumple del chico muerto. Francisco. Hace unos días fue su cumpleaños, o debiera haber sido. Fue horrible. Las imágenes de la madre en las redes, llorando y pidiendo justicia, la abuela que apareció por primera vez y se puso a gritar frente a la cámara que le habían arrebatado a su nieto mayor, la novia y sus sueños rotos, y el mensaje de los amigos. Horrible todo. Y Damián me dice simplemente que el chico se lo buscó.

Mamá se da cuenta de que algo me pasa cuando nos sentamos a cenar. Le digo que me duele la cabeza. Apenas como y ella se preocupa. Magda, estás cada vez más flaca, tenés que comer. Sé que bajé unos cuantos kilos, pero hace un tiempo ya que todo lo que como me cae mal y lo termino vomitando. Mamá no sabe, cada vez espero que sea la última, pero me parece que voy a tener que ir al médico, porque ahora la panza me duele.

Cuando mamá se acuesta me encierro en la pieza. Pongo llave, por las dudas que se le ocurra venir a decirme algo. Como si fuera a sacar un arma, abro el cajón y busco entre mi ropa interior. Allá al fondo, perfumado entre los jabones, está el celular.

Lo agarro y lo apoyo sobre la cama. Respiro hondo y trato de encenderlo, obvio que no tiene batería. Busco mi cargador y lo enchufo. La ansiedad me mata, ahora tengo que esperar un rato para poder ver qué hay ahí.

Mientras espero enciendo la compu y pongo una serie, así la cabeza

no me va a mil. No logro concentrarme. Entro en Instagram y veo que Damián abrió una nueva cuenta a la que le puso Ave Fénix. Pienso en Francisco, él no va a volver, y me da bronca que haya elegido ese nombre. No lo sigo.

Mi cargador es carga rápida, pero parece que el teléfono no carga más. Ni ganas de pintarme las uñas, y eso que tengo todos los materiales para empezar.

Me tiro en la cama y espero, controlando a cada rato que se llene la batería. A la mitad no aguando más y lo desenchufo. Lo enciendo y parece tardar más de lo normal. Conozco la clave para desbloquearlo, en eso Damián es abierto, tanto yo como Manuel la sabemos. Yo no soy tan confiada, nadie tiene mi clave, y menos los chicos. En mi celu están todos mis secretos, y aunque borro las conversaciones, en "Notas" llevo una especie de diario.

Entro. No sé por dónde empezar. Abro el WhatsApp, tiene pocos chats, él también borra todo. Nada interesante, la última conversación fue en el grupo, y todos se borraron. Un mensaje de la madre que nunca contestó. El teléfono vibra y llegan SMS de llamadas perdidas mientras estuvo apagado. Todas de la mamá.

Voy a fotos. Hay dos videos. Tengo miedo de abrirlos.

45

Me pasé toda la noche vomitando, ahora estoy mejor. Dormí poco, el dolor de panza me despertaba a cada rato. Mientras desayunamos mamá me mira como si quisiera traspasarme el cerebro. ¿Estás bien, Magda? Te noto pálida. Es que se me fue el color del verano, ma'. Comé un poco más, si seguís así te voy a llevar a una nutricionista, no podés seguir bajando de peso.

Intento tragar la tostada con queso cargada de mermelada, como si fuera una nena mamá se empeña en hacerme el desayuno el fin de semana. Es sábado y sé que se me va a hacer largo. Mamá no trabaja y va a estar todo el día mirándome, me conoce y sabe que estoy rara.

¿Y Lupe? ¿Se pelearon?, interrumpe mis pensamientos. No, no, digo, y no sé qué más decir, porque pelea no hubo, pero sí estamos cortadas. Ah, como antes venía tan seguido, pensé que se habían peleado. Me quedo callada. ¿Y con la cabinita cómo vas? Se mira las manos que le hice en la última clase, le quedaron re lindas. Sonríe. Sos buena para esto, dice. ¿No ibas a dedicarte a hacer uñas? Mamá tiene ganas de hablar y yo quiero desaparecer. Necesito estar sola, pensar. Vuelvo a mentir. Sí, justo hoy a la tarde le voy a hacer las manos a una compañera. ¡Qué bueno!, así vas ganando experiencia.

Juntamos todo y mamá se pone a lavar ropa y airear la casa. Me escapo a mi pieza. Tirada en la cama buceo en las redes, me llegan noticias que tienen que ver con el caso de Francisco, como si un enano dentro del teléfono se encaprichara con el tema. No quiero saber más nada, pero ahí está otra vez la novia con sus declaraciones que cada vez me duelen más. Tiene apenas dos años más que yo y ya tiene la vida rota. ¿Se habrían casado? ¿Seguirían juntos luego del verano o sería un amor pasajero? Por lo que sé llevaban tres años de novios,

una relación estable. No la quiero ver más.

Me llama papá, como todos los sábados. También le miento. Me pone en cámara a mi hermanito, me dice que me va a mandar pasajes para que vaya en las vacaciones de invierno. Así vamos a esquiar, dice. No me gusta el frío, menos la nieve, pero papá no me conoce, los padres nunca conocen a sus hijos.

A la hora del almuerzo mamá tiene el televisor prendido en un canal de noticias. Raro, porque a ella no le gusta comer viendo todo lo malo que pasa en el país. Termina la propaganda y aparece el cartel de "Último Momento", en letras blancas sobre fondo rojo y la clásica musiquita. "Un vuelco en el caso de La manada".

Lo poco que logré tragar se me hace piedra. Otra vez con esto, dice mamá, y agarra el control para cambiar. Dejalo, le digo en un impulso. Nos miramos, me interroga con los ojos y me da el control a mí.

"El fiscal del caso presentó, el viernes pasado, un dictamen ante el juez de garantías solicitando el sobreseimiento definitivo de Damián Meyer al demostrarse la adulteración de los audios aportados a la causa y ante insuficiencia de pruebas en su contra".

¿Meyer es tu amigo?, pregunta mamá. Apenas puedo asentir.

En pantalla, triunfal, aparece el abogado de la familia y dice que el juez dictó el sobreseimiento.

"Damián está definitivamente fuera de la causa. Todas las pruebas aportadas en su momento son falsas, con la única finalidad de embarrar la investigación e inculpar a mi cliente."

Agrega que ahora vendrán los juicios civiles por daños y perjuicios contra todos aquellos que lo acusaron injustamente.

"Así como hay una familia destrozada por un horrendo asesinato, hay otras que sufrieron los daños colaterales por erróneas detenciones."

Bueno, después de todo tus amigos resultaron inocentes, dice mamá. No parecés muy contenta, Magda, ¿qué te pasa? Nada, es que estoy shockeada con todo esto. Los chicos la pasaron mal, digo para que se quede conforme.

Me voy a la pieza y me tiro en la cama.

46

Videollamada. Es Manuel. ¿Te enteraste?, dice. Sí, obvio, le digo de mal modo.

¿Qué te pasa? Nada, sorry. No me la quiero agarrar con Manuel, menos ahora que tenemos onda. ¿Es por Damián?, insiste. Mirá, Magda, a mí decime las cosas claras. Si le tenés ganas a él me lo decís y listo. No, nada que ver, eso ya fue. Es verdad, Damián ya fue, pero no quiero hablar de eso con Manuel. ¿Nos vemos?, me dice. Dale. Paso con la bici.

Corto y me cambio para estar más cómoda. ¿No ibas a hacer unas manos?, pregunta mamá cuando me ve ir a buscar la bicicleta. Sí, pero me canceló. Voy a salir con Manuel. De ahora en más, basta de mentiras. Me interroga con los ojos, mamá tiene esa costumbre de hablar con la mirada. Es un amigo, ma, nada más.

Manuel está en la vereda ya, parece que vino volando. Vamos hacia la costa, hay viento y cuesta llegar. Dejamos las bicis acostadas en la loma donde hay un poco de pasto y nos sentamos. Justo debajo de las rocas está el boliche donde pasó todo. No sé por qué caímos ahí, la costa es larga.

Nos quedamos mirando el mar, no sabemos qué decir. Creo que es la primera vez que estamos solos de verdad, sin la mamá dando vueltas por la casa, sin el resto del grupo, sin Damián. Así y todo, Damián está entre nosotros.

¿Hablaste con él?, me pregunta. Niego. Pero te llamó. Sí. En mi celular tengo varias llamadas perdidas de él y algunos mensajes. Debe estar desesperado. Me llamó a mí también. ¿Qué le dijiste? No lo atendí tampoco, ya sé lo que quiere.

Otra vez nos quedamos en silencio. Los dos sabemos lo que quiere.

¿Qué vas a hacer?, me dice. ¿Vos qué harías? Deberías saber lo que haría, me contesta. Siento más culpa. Lo viste, ¿no? Sí, lo vi. Entonces sabés lo que tenés que hacer. Se levanta y agarra la bici. ¿Ya no vas a ser su amigo? ¿Y a vos qué te parece, Magda? Ahora que estoy sentada lo veo gigante.

Se aleja con la bici y siento el vacío. ¡Esperame!, le grito, y pedaleo para alcanzarlo, no quiero que se aleje.

Bajamos la loma a toda velocidad, el viento frío me entra por la garganta, pero tengo el corazón tibio. Llegamos a la esquina de casa y Manuel se para. Me mira y por primera vez me sonrojo frente a él. Es un chico bueno, ahora lo sé. Está tan nervioso como yo cuando me da un beso. Nunca me saluda con un beso, entre nosotros no hacemos eso. Con las chicas nos abrazamos, pero con los varones no. Sé que si no lo hago yo él no va a dar nunca el primer paso. Le doy un pico. Y ahí se prende.

ADA y MAGDA

47

La casa ya no es la familia. Desde que Ramiro se fue con el padre y volvió Damián, nada es igual. Ada siente que no conoce a ese hijo que vive con ella. Ese hijo que puede pasar horas jugando frente a una pantalla, interactuando con chicos que están al otro lado del mundo.

Desde que llegó no lo vio triste nunca. Ni preocupado. Y no es que esperara que su hijo estuviera deprimido, pero al menos le hubiera gustado que mostrara otra actitud, no de arrepentimiento, porque ella sabe que es inocente, pero sí de respeto o comprensión por todo lo que la familia del chico muerto está pasando. Incluso empatía por lo que le pasa a ella. En ningún momento Damián le preguntó cómo se sentía por el hecho de haber vendido casi todo, tampoco le dijo alguna palabra de apoyo porque tuvo que cerrar la escuela de modelaje, tan importante en su vida. Si bien para Damián todas las modelos son tontas, excepto su madre, claro, Ada esperó un mínimo de acompañamiento. En lugar de eso, Damián se preocupaba por aumentar su puntaje en ese juego de computadora.

Ada siente vergüenza frente a sus padres. No bien Damián estuvo en la casa se aparecieron sin avisar. Su madre lloraba y su padre estaba emocionado. Lo abrazaron y llenaron de besos que Damián recibió duro como un poste. Nunca fue cariñoso, pero al menos un gesto de afecto les hubiera hecho bien a los viejos.

Por suerte Damián se quedó para merendar con ellos, porque tuvo la intención de irse para la habitación. Ada se la adivinó en los gestos y lo fulminó con los ojos. Se entendieron.

Las demás veces que fueron los abuelos a verlo casi no salió del cuarto, y Ada tuvo que dar excusas por él. Está todo el día con el celular, jugando a no sé qué jueguito, porque la computadora se

rompió y ahora no puedo comprar otra.

A la siguiente visita los abuelos llevaron a un técnico, también sin avisar, que le convirtió la vieja PC en una súper moderna. Papá, yo no puedo pagar eso ahora, dijo Ada. No te preocupes, es un regalo para los chicos.

Los chicos, pensó Ada, y los ojos se le aguaron. Ya no había chicos, hacía rato que ambos habían dejado de serlo.

La fractura familiar es una llaga en el alma de Ada. Siente que tuvo que elegir entre sus hijos, y a ella le duelen los dos por igual. Extraña a Ramiro, con quien solo se comunica por mensajes y alguna que otra llamada. Ramiro no quiere volver a la casa. Ramiro no quiere ver a Damián. Pero es tu hermano, Rami, no sabés todo lo que pasó. Pero no hay caso, él no quiere. Está enojado y Ada no entiende.

A veces piensa que eligió mal, aunque una madre no puede elegir entre dos hijos. Mira hacia atrás y los ve, chiquitos, torpes, tan parecidos físicamente y tan distintos en carácter.

Ramiro siempre esforzándose, inteligente, pero, sobre todo, perseverante. Orgulloso también, quería lograr las cosas por mérito propio. Y serio. Casi no tuvo infancia, el divorcio de los padres lo obligó a crecer de golpe.

Damián en cambio siempre fue más volátil, acomodadizo, todo lo tuvo fácil. Y cuando le tocó elegir, él eligió al padre. Incluso si el padre insultaba a la madre, él optó por ponerse de su lado.

Ramiro nunca le perdonó eso y la brecha entre los dos se fue haciendo cada día más profunda. Ada no la vio, o no la quiso ver. Eran sus hijos. Los amaba a ambos.

Ahora tiene que asumir las consecuencias de su elección, porque Ramiro no fue el elegido y se siente traicionado. Mamá debió quedarse con él, mamá no debió perder todo por alguien que no vale la pena. Pero el hijo calla, no quiere sumarle más dolores a la madre, porque a pesar de todo él la quiere bien, y sabe que tiene que estar fuerte para cuando ella caiga.

48

Magda no puede dormir de noche y deambula en las redes hasta que se hace de día. Apenas come, cada día vomita más, aunque no tiene casi nada que vomitar.

La madre ve su decadencia y no sabe qué hacer. Nada le interesa, dejó de ir a la escuela y no hay castigo ni amenaza que surta efecto. Llama al padre, él no puede viajar ahora, pero manda dinero, como si con eso solucionara algo. Magda no necesita dinero, necesita paz.

La madre llama a una psicóloga, pero la hija no quiere hablar con ella. Tampoco con la prima, con quien eran tan amigas. Lupe hace rato que no aparece, seguro que se pelearon.

Desesperada, la mujer le saca el celular, lo único que no le quitó todavía, pero no puede acceder a él, no conoce la clave. Solo puede deslizar la pantalla hacia abajo, y ve varias llamadas perdidas de Damián. Aunque el chico está libre a ella sigue sin gustarle que se trate con él. Mejor que no lo atendió. Le extraña que no haya ninguna de Manuel, se habían hecho buenos amigos. Intuye que también pasó algo con él. No es normal que Magda se pelee con todos, no es normal que no coma y que haya perdido interés en lo que antes le gustaba. Ni siquiera usa la cabinita de uñas.

Entra en la habitación, la hija tiene las ventanas cerradas y es pleno mediodía. Vamos, Magda, basta, le grita. No podés seguir así, te estás enfermando. Decime qué tengo que hacer, decime qué te pasa. La madre se quiebra y llora.

La chica la mira y siente pena. Piensa en todo lo que le dijo Manuel. No quiero verte más, Magda. Ella sabe por qué. No lo hablaron, pero ella sabe. Manuel quiere la verdad, esa verdad que a ella la ahoga, la inunda por dentro y le quita las ganas de todo.

Manuel es bueno, y está bien que no la quiera si ella no hace lo que tiene que hacer. Lo que debió hacer cuando encendió el teléfono de Damián.

Pero tiene miedo, porque Damián la persigue incluso en sueños. Quiero lo que es mío, repite, no me hagas ir a buscarlo. Lo tiene bloqueado, pero él se las ingenia para reclamarle el celular por otros canales. Todo entre líneas, nunca lo dice abiertamente, pero ella no es tan tonta y sabe leer.

Decime qué te pasa, hija, por Dios, pide la madre. Y Magda se quiebra también y se larga a llorar. Vacías, se abrazan. Magda ya sabe qué tiene que hacer.

49

Ada consiguió trabajo. No es un trabajo formal, pero algo es algo. Se lo consiguió Augusto Pérez Bulnes, después de todo el abogado no se portó tan mal con ella. Desde la distancia de los hechos Ada lo siente así. Le salió caro, pero tiene a su hijo en casa, absuelto.

Atiende el teléfono en una pesquera, es una especie de secretaria y cadete, pero no le importa. Tiene dinero para pagar los servicios y la comida. Y lo hace con la frente alta. Ya no le importa haber sido reina de belleza ni modelo, nadie la reconoce detrás de las arrugas que aparecieron de golpe en su cara, como las canas que de un día para el otro se adueñaron de su cabeza.

Sigue anudada, la contractura que se le hizo cuando empezó todo no se le fue nunca, pero ya no puede pagar a la masajista. A veces se hace ella misma unos masajes, pero no logra desatar los nudos. Los nudos de la tristeza.

Ramiro sigue con el padre, le va bien en la facultad. Se ven poco, casi nada. Ada se las ingenia para aparecerse en La Pausa entre clase y clase y compartir un café con él. Al principio a Ramiro no le gustaba esa invasión a su espacio, después se acostumbró.

Damián se queda solo en la casa, jugando a esos juegos que le tienen la cabeza ocupada. Perdió el año escolar, pero a él no le importa, dice que tiene toda la vida por delante, y cuando dice eso a Ada se le viene a la mente el chico muerto. Él no tiene más vida por delante, y la que dejó atrás fue bien corta.

Las marchas por la justicia siguen, así como los casos de violencia. Ahora la que va al frente es la madre de Lucía, una chica violada en grupo por los “hijos de” de la ciudad, que terminó muerta porque la pasaron de drogas.

Ada no entiende qué pasa con la sociedad, no comprende por qué tanta violencia y tan poco respeto por la vida. Por suerte sus hijos están sanos, y más allá de las peleas le salieron buenos después de todo. Toda esa pesadilla quedó atrás y sabe que a la larga Ramiro va a volver a casa. Quiere creer que todo estará bien en el corto plazo, aunque algo en el fondo no la deja dormir tranquila. Se despierta dos o tres veces por las noches, como si algo estuviera allí, agazapado. El instinto le dice que ese delicado equilibrio que logró está por quebrarse. Por eso cuando recibe la llamada de Magda se altera.

Necesito verla, Ada, le dice la chica, y la nota nerviosa. Piensa que se confunde y le pregunta. ¿A mí? Es una pregunta refleja, porque la chica dijo su nombre.

Quedan luego de su trabajo, Ada sale al mediodía. Está inquieta, porque hace días que viene pensando en que era raro que Magda no fuera a ver a Damián, y ahora, como si la hubiera llamado con la mente, ella se aparece y dice que la quiere ver. A ella.

Llega al café en que se citaron y pide un tostado. Tiene hambre, de a poco va recuperando el apetito que perdió en todos esos meses. Mira por la ventana, le gusta sentarse cerca de las ventanas para ver la calle y la gente que pasa. Antes solía ir seguido a tomar café, no por el café, sino para ver la gente pasar. Le gusta observar. Ahora que anda justa de dinero no lo hace. Le dijo a Magda que fuera para la casa, pero la chica no quiso. Es claro que no quiere ver a Damián.

La ve venir, no está sola. La mujer debe ser la madre, son parecidas. Entran al café, miran hasta encontrarla y van hacia ella. Se presentan las madres, se saludan. Las recién llegadas están nerviosas, Magda tiene la mirada huidiza. Y está en los huesos. Ada se pregunta si la chica estará enferma.

El mozo impide que empiecen a hablar, piden por pedir, porque ninguna va a tomar ni a comer nada. Ni siquiera Ada va a comer el tostado que se enfría en el plato.

Es la madre de Magda la que empieza a hablar. Y a las primeras palabras Ada sabe que no le va a gustar lo que fueron a contarle. Más que contarle, mostrarle, porque a un gesto de la madre, la chica saca un celular. Un celular que Ada reconoce de inmediato. Es el celular que ella le compró a Damián. Lo conoce porque tiene la pantalla del

vidrio templado partida, además de la funda con esa calavera tan fea que él se empeñó en ponerle.

Hablamos mucho con Magda antes de llamarte, dice la madre, pero como mamá creo que tenés derecho a saber. ¿Saber qué?, pregunta Ada, y la voz le sale aflautada, casi un silbido de aire; ellas entienden. Saber lo que vamos a hacer, dice la otra madre, que sufre por esa mujer a quien solo conoce por las revistas y a la que ve destruida. ¿Por qué tenés el teléfono de Damián? Ada se recupera y se infla un poco. ¿Se lo robaste? De inmediato se arrepiente, de nada sirve atacar, se sabe vencida. Magda quiere responder, pero la madre le hace un gesto con la mano. Entendemos que estás nerviosa, le dice, pero mi hija no puede más con esto.

Magda empieza a hablar. Le cuenta de esa madrugada cuando Damián vino corriendo y le dio el celular. Me pidió que se lo guardara y que no se lo diera a nadie, dice, y ella también tiene la voz débil, porque le duele traicionar a un amigo. No lo miré hasta que Damián salió y me lo pidió. Y me arrepiento de haberlo mirado.

¿Qué tiene el teléfono?, pregunta Ada por preguntar, conoce la respuesta. La conoce incluso antes de que se pusieran en contacto con ella. Una madre presiente la mentira, y aunque le cueste reconocer que sus hijos no son como ella cree, sabe cuándo debajo de una mirada clara se esconde un monstruo.

¿Estás segura de que querés verlo?, le dice la otra madre. Tengo que verlo. Magda se lo alcanza y se lo desbloquea, se lo deja justo en la galería. A Ada le tiemblan las manos.

No termina de verlo, el vómito le mancha las botas y parte del pantalón a Magda.

El camarero atina a ayudar, pero la otra madre lo rechaza. Estamos bien, le dice.

Se quedan las tres en silencio un buen rato. Ada no llora, eso las sorprende. Y más las sorprende lo que les pide. Madre e hija se miran antes de decidir. Es la chica la que resuelve y se levanta. No hay despedida, no hay saludos, simplemente se van.

Ada se queda con el celular entre las manos. Sabe lo que tiene que hacer.

FIN

Agradecimientos

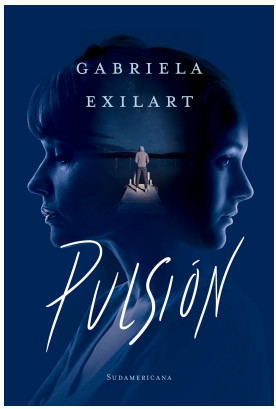
Escribir esta novela fue un gran desafío, y la única manera que encontré para poder leer o escuchar noticias de este tipo sin quebrarme del todo. Cada vez que un hecho de similares características llega a mis oídos, una parte de mí se quiebra.

Agradezco a mi agente, Bárbara Graham, la primera lectora de esta historia, por apoyarme en este proyecto.

A Florencia Cambariere, que confió nuevamente en mí, y por darme la oportunidad de mostrar otra parte de mi obra. A mi editora Fernanda Mainelli, por su ojo atento a cada detalle en el trabajo de edición. A Mariana Creo, por sus sugerencias y profesionalismo; un lujo tenerla como correctora. A Lucrecia Rampoldi y su equipo, que siempre diseñan unas tapas espectaculares que captan la esencia de la historia.

Y al hermoso grupo de Penguin Random House que, como siempre, trabajó en conjunto para que el resultado fuera excelente.

A mis hijos, por estar siempre, y en esta novela especialmente a mi hijo Alejo, a quien más de una vez recurrí con preguntas sobre boliches, vocabulario, costumbres y demás cuestiones que me son lejanas.



¿Qué harías si sospecharas que tu hijo es un asesino? ¿Hasta dónde llegarías para defenderlo?

Cuando Ada amanece ese domingo y se da cuenta de que sus hijos no están en la casa le parece lo más normal. Le habían dicho que dormirían en casa de amigos. Prepara el mate y enciende el televisor. La brutal noticia termina de despertarla: mataron a un adolescente a la salida del boliche. El cuerpo tapado con una tela blanca ocupa casi toda la pantalla. Piensa en la madre de la víctima, apaga el aparato y llora.

La noche anterior Magda se preparó para salir a bailar, ilusionada por el encuentro con Damián. La previa, un lugar repleto de menores excitados, música, amigos, alcohol. Todo puede salirse de control.

El relato de *Pulsión* es de una brutal vigencia: la violencia entre jóvenes, que sigue patrones reiterativos de odio y machismo. La vida de un chico se trunca de pronto, en una sucesión inesperada de instantes fatales, pero en lo profundo de la historia de esta desgracia se aloja otra: la de una madre enfrentada a sus propias contradicciones.

Un drama social que se acrecienta en la actualidad, un pacto de silencio, un secreto de amor.

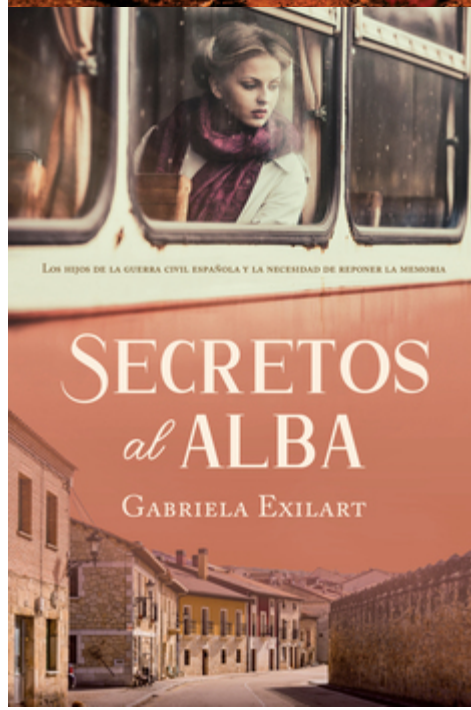
GABRIELA EXILART

Es marplatense, abogada y escritora. También, docente de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP) y del Taller de Escritura Creativa del Programa de Adultos Mayores de la Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social de la misma universidad. Coordina talleres de escritura creativa y de novela. Es autora de novelas con ambientación histórica como *Renacer de los escombros, Napalpí. Atrapada en el viento, En la arena de Gijón, Secretos al alba, El susurro de las mujeres*, entre otras. Recibió distinciones como el Premio Alfonsina (2018), Premio Universum Donna 2ª Edición (2019), Premio Lobo de Mar al Deporte y la Cultura (2019) y una Primera Mención por su cuento “La bicicleta roja” (2020).

© Alejandra López

Gabriela Exilart
NAPALPÍ
ATRAPADA
en el VIENTO

Renacer
de los
escombros
Lazos de amor tras el terremoto de San Juan de 1944
GABRIELA EXILART
"El corazón y la tierra se desgarraron al mismo instante.
Y las grietas del suelo vieron nacer nuevos vínculos
forjados por el desamparo."

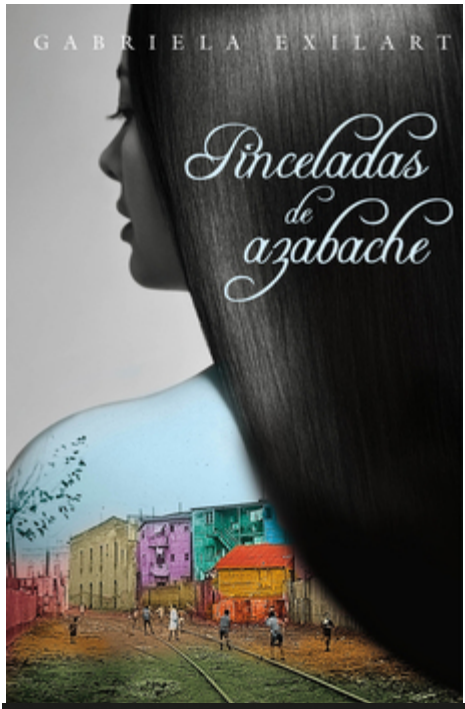

Los hijos de la guerra civil española y la necesidad de reponer la memoria
SECRETOS
al ALBA
Gabriela Exilart

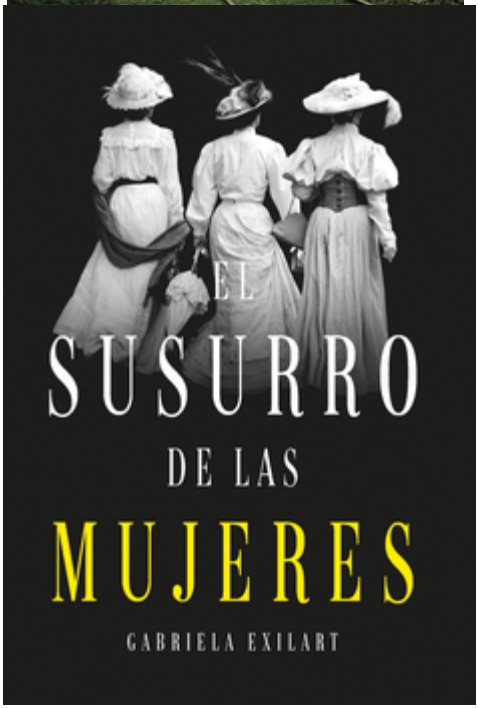
GABRIELA EXILART
Con el corazón al sur

Por la SANGRE DERRAMADA
Corazones desgarrados en la Patagonia Trágica
GABRIELA EXILART

GABRIELA EXILART
EN LA
ARENA
DE GIJÓN
Entre la lealtad, el amor y la guerra

GABRIELA EXILART
Tormentas del pasado
AMOR Y PASIÓN
EN LA REVOLUCIÓN
DEL PARQUE


GABRIELA EXILART
Pinceladas de azabache


EL
SUSURRO
DE LAS
MUJERES
GABRIELA EXILART

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Exilart, Gabriela
Pulsión / Gabriela Exilart. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2022.
(Narrativas)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6829-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2022, Gabriela Exilart
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Edición en formato digital: diciembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6829-0

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Pulsión
Dedicatoria
Ada
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27
Magda
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
Ada y Magda
47
48
49
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos